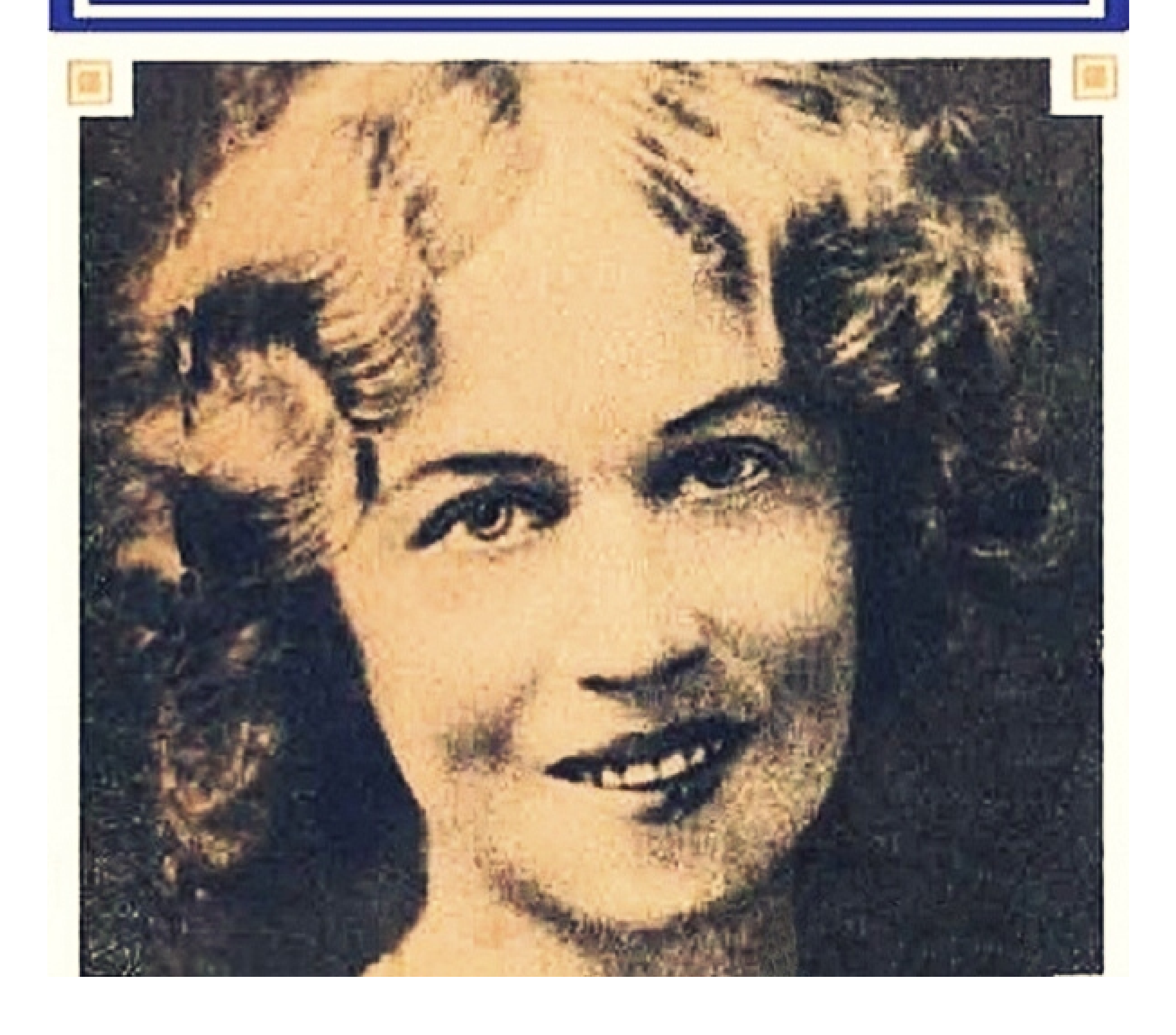
Alexandra Kollontai

Autobiografía de una mujer emancipada



Alexandra Kollontai

Autobiografía de una mujer emancipada






«Aún creía que habría de venir un tiempo en que la mujer sería juzgada con las mismas medidas morales que el hombre. Pues no es su virtud específicamente femenina lo que le confiere un puesto de honor en la sociedad, sino el valor del trabajo útil que haya desempeñado, el valor de su personalidad como ser humano, como ciudadana, como pensadora, como luchadora… este motivo ha constituido la fuerza directriz de toda mi vida y obra. Seguir mi camino, trabajar, luchar, crear lado a lado con los hombres y aspirar a un objetivo universal humano, construyendo al mismo tiempo mi vida personal e íntima como mujer, según mi propia voluntad y las leyes innatas de mi naturaleza: tales son los postulados que han condicionado mi ideario». —A. K.



Aleksandra Kollontai

Autobiografía de una mujer emancipada

ePub r1.0
Titivillus 10.01.18

Título original: *Autobiographie einer sexuell emanzipierten Kommunistin*
Aleksandra Kollontai, 1922
Traducción: Elena Herrero y Juan del Solar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



ÍNDICE

NOTA EDITORIAL

La obra escrita de Alexandra Kollontai es muy diversa, tanto en la temática como en los géneros literarios empicados, abarcando desde el tema del amor hasta el del poder obrero y desde la novela hasta el informe político. Hemos procurado, en este volumen, no tanto realizar una antología representativa de toda su obra como ofrecer, en un solo bloque que consideramos coherente, aquellas de sus obras que constituyen documentos de primer orden para la historia de la Revolución rusa, y que a la vez representan y sintetizan los dos vértices principales de la actividad intelectual y política de la autora: su Autobiografía, y la Plataforma de la Oposición Obrera. A título de muestra del conjunto de sus obras menores, se han añadido dos textos sobre el tema de la mujer que, a pesar de serias debilidades teóricas, podrán contribuir al cuestionamiento de una de las principales acusaciones de las que tradicionalmente ha sido objeto Kollontai: la de una excesiva simplificación en el enfoque del tema de la sexualidad.

Kollontai escribió su autobiografía en 1926. Al reeditarse, años más tarde, y como resultado sin duda del endurecimiento de la censura política, realizó en el texto numerosas modificaciones, la mayoría de detalle o de matiz, pero significativas, estando orientadas, en gran parte, a difuminar, mediante ambigüedades o pequeñas omisiones, su pasado menchevique. Ofrecemos aquí la traducción del texto de la redacción original. Aparecen en cursiva los pasajes que sufrieron posteriores modificaciones de la autora, indicándose, en nota a pie de página, el texto o el carácter de la corrección. Se ha omitido tan sólo señalizar las simples correcciones de vocabulario que perdían todo sentido en la traducción.

Para los textos titulados «La juventud y la moral sexual» y «El comunismo y la familia», se ha utilizado la traducción publicada en 1937 por el Secretariado Femenino del POUM. La calidad del texto empleado ha hecho sólo necesarias una modernización ortográfica y una ligera agilización de la puntuación.

La dificultad de localizar el original ruso de la Plataforma de la Oposición Obrera nos ha obligado a recurrir, para el establecimiento del texto, a diversas ediciones francesas, inglesas y castellanas. Entre ellas, ha servido de texto base, por su precisión, el contenido como apéndice en la obra de Jules Humbert-Droz *De Lénine à Staline* (Éditions La Baconnière, Neuchâtel). Creemos que, al haberse establecido en cada punto la convergencia del sentido de los diversos textos disponibles, habiéndose también limado la ambigüedad en los puntos que admitían mayores posibilidades de duda mediante el análisis del contexto histórico en que se redactó la Plataforma —el X Congreso del Partido Comunista ruso, el texto que incluimos refleja fielmente el contenido del original.

La introducción biográfica y el índice exhaustivo de conceptos y nombres propios incluido al final de volumen están concebidos en base al convencimiento de que esta edición, aun no teniendo, como queda dicho, el carácter de unas obras escogidas, puede servir de base para una aproximación, incompleta pero no fragmentaria, a la personalidad de Alexandra Kollontai.

FONTAMARA

INTRODUCCIÓN

KOLLONTAI: APROXIMACIÓN HISTÓRICA

INTRODUCCIÓN

FORMACIÓN Y JUVENTUD

Durante la segunda mitad del siglo XIX, en Rusia se produjeron transformaciones económicas que, pese a su lentitud, fueron lo suficientemente importantes para modificar de forma esencial las bases de la sociedad rusa, la cual, bajo el régimen autocrático del Zar Alejandro II. mantenía todavía en el campo, tanto en los modos de producción coexistentes, como en las formas sociales, unas características precapitalistas e incluso, en gran medida, feudales. En 1861, el Zar decretó la abolición de la servidumbre de los campesinos y con ello la reforma agraria. De esta manera 23 millones de personas, de una población total de 67 millones, dejaron de estar sometidas a la voluntad de 103.000 latifundistas. En esas mismas fechas se combate en EE. UU. por la libertad de los esclavos, que se obtendrá en el curso de la guerra de Secesión.

Aunque el desarrollo económico y social de estos dos países está a niveles muy distintos, estas medidas responden en el fondo a una misma necesidad: la de liberar, con destino a la incipiente industria, mano de obra excedente en el campo.

A partir de 1840, se hace sentir en Rusia la necesidad de grandes transformaciones económicas: la producción agrícola es muy pobre, con lo que las exportaciones tradicionales de cereales a Europa se hacen insuficientes, siendo sus causas el arcaico sistema de tenencia de la tierra, que no permite que se cultive gran parte de la misma, y las técnicas rudimentarias que hacen poco rentable el trabajo del campesino, relegado

durante siglos a una condición infrahumana. La burguesía siente la necesidad de una reforma agraria que, a la manera «prusiana», vaya transformando gradualmente, con el apoyo y control del Estado, las estructuras precapitalistas en capitalistas. Las manufacturas se desarrollan muy lentamente a causa tanto de la ausencia de capital —que va consiguiéndose a base de inversiones y empréstitos extranjeros—, como de la falta de mano de obra. En definitiva, la autocracia y la servidumbre obstaculizan el desarrollo del capitalismo.

Desde 1848, la influencia del movimiento obrero europeo se hace sentir en Rusia, no en el proletariado (casi inexistente), sino entre los intelectuales, jóvenes de la burguesía y de la nobleza, que, profundamente idealistas, creen ver en la comuna rural rusa (*la obschina*) la base estructural posible para un socialismo ruso campesino[1]. Estos primeros revolucionarios, «narodnikis»[*]. dieron a conocer en Rusia a Marx y Engels[2].

Con la abolición de la servidumbre se inicia un gran cambio en la economía rusa: la producción agrícola aumenta inmediatamente, en consecuencia también lo hace la exportación cerealícola (en 1857-59 se exportaron 8.750.000 quarters; en 1875-72, tan sólo 10 años después de la reforma, se exportaron ya 21.080.000 quarters, aumento de un 150 % aproximadamente). Este desarrollo no comporta, sin embargo, ninguna mejora para el campesino: las tierras que desde 1861 han sido puestas a su disposición, ya sea mediante compra o mediante arriendo, fueron evaluadas en el doble de su valor real (de 180.000.000 de rublos en que eran tasadas se pasó a 342.000.000 de rublos en el momento de la Reforma); el campesino, para poder adquirirlas o arrendarlas, tuvo que endeudarse ron sus antiguos señores. El aumento del precio del trigo en los mercados europeos no le benefició a él, sino a los intermediarios exportadores. Por otra parte, el crecimiento de la población es tal que, si en teoría a cada campesino le correspondían, en 1861. 5 Ha de tierra, en 1900 ya no le corresponden sino un poco más de 2 Ha. Así, la brusca bajada del precio de los cereales en Europa, en 1870, ocasionó la ruina de millones de campesinos, que ya no pudieron seguir manteniendo la propiedad, o el arrendamiento, de la poca tierra que tenían. Diez millones de campesinos

quedaron en paro. De ellos un gran porcentaje fueron a engrosar el proletariado industrial.

La crisis en el campo fue tan grande que la miseria llegó a extremos pocas veces alcanzados. La agricultura, pese a la Reforma, no se desarrollaba técnicamente. Pese a la utilización de una mayor extensión de superficie de cultivo, y al empleo de una gran cantidad de mano de obra, los rendimientos agrícolas bajaron, de 1861 a 1900, entre un 60 y un 80 %[3].

Lo que produjo tanta miseria y hambre en el campo ruso originó, en contrapartida, el despegue de la industrialización. La inversión extranjera aumentó considerablemente, a pesar del creciente malestar social y del terrorismo revolucionario cada vez mayor. En comparación a sus propios países, era más seguro y productivo para el capitalista europeo, sobre todo el francés, invertir en Rusia, donde la mano de obra era más barata y el movimiento obrero apenas naciente (recuérdese que en 1871 aparece en Francia, en la Comuna de París, el primer gobierno obrero de la Historia). Las inversiones extranjeras aumentan. La población industria] crece considerablemente; el proletariado metalúrgico se incrementa, de 1887 a 1897, en 50.000 hombres, y el textil en 340.000 hombres. Toda esta población se concentra sobre todo en las grandes ciudades (Moscú, Petersburgo, Odesa, Bakú. Kiev), y en grandes unidades de producción. La producción industrial global da un gran salto: en 1877 tiene un valor total de 541.000.000 de rublos, y veinte años después de 1.816.000.000[4].

A partir de la década 1870-80, las transformaciones económicas y sociales permitieron el nacimiento de los primeros núcleos organizados del movimiento obrero, y los primeros grupos revolucionarios socialistas de importancia. Las condiciones de vida y de trabajo de los obreros eran terribles: trabajaban 14 horas diarias, carecían de viviendas (ni siquiera una habitación por familia), al extremo que a veces el obrero tenía que quedarse en la fabrica. No existía el derecho de asociación, ni el de huelga, ni el de expresión. Sin embargo no era tan sólo esto lo que estaba en desfase con el nivel de desarrollo alcanzado, sino también la situación de la burguesía, que todavía no había alcanzado la igualdad de derechos civiles y políticos con respecto a la nobleza. Rusia no había realizado su revolución democrático-burguesa ni en 1861, ni en la década de 1870. Existía un desarrollo parcial e

incipiente, en la industria casi exclusivamente, aunque con un elevado ritmo de crecimiento, hasta que en la década de los 80 la intensificación en la construcción de la red ferroviaria (se pasó de 3.800 km. en 1865 a 51.000 en 1900) dio el último impulso a la gran industria, las sociedades anónimas y la banca[5]. Con ello, el desarrollo en Rusia del modo de producción capitalista se pudo dar por casi acabado, por casi total; la burguesía iba ganando posiciones económicas. Pero la forma de gobierno seguía siendo una autocracia cuya cabeza era el zar y la nobleza; en consecuencia, se agudizó el desfase ya existente entre el modo de producción capitalista, y el régimen político, que no reflejaba la importancia ascendente de la burguesía. La causa fundamental de este desfase era que muchas de las transformaciones económicas habían sido producto de la acción del Estado, administrado por un funcionariado noble. La obtención por el Estado de empréstitos en el extranjero, y la inversión en la industria de gran parte de los impuestos a los campesinos, no hacían la acción de la burguesía tan básica como en otros países. Las relaciones sociales y jurídicas habían cambiado muy poco (todavía en 1878 se aplicaban castigos corporales a los plebeyos y la nobleza conservaba sus privilegios de casta). La burguesía nacional, débil, se tenía que apoyar en la pequeña burguesía y aun en organizaciones socialistas (como después, en 1904, hizo con los «marxistas legales»), en contra de la nobleza y los terratenientes. Precisamente de la burguesía y pequeña burguesía, incluso de la nobleza, procedían los jóvenes intelectuales que, arrebatados por una admiración idealizada hacia el pueblo, hacia el campesinado sobre todo, constituyeron círculos de rebeldes que se agrupaban bajo un nombre y una idea común y ambigua: «Yendo al pueblo». Formaron pequeños grupos que luchaban por un programa político-social poco definido pero que, en esencia, reclamaba la tierra para el campesino, la fábrica para el obrero, la convocatoria de la Asamblea Constituyente y una República (en estos últimos dos puntos había diferencias entre reformistas y revolucionarios). Este movimiento, de principios de la década de los 70, dio origen a los narodnikis. Las formas de lucha que utilizaban contra el zarismo se basaban en la violencia terrorista. Pero sobre ellos fue haciendo mella la influencia de la teoría marxista —

que muchos conocieron directamente al ser expulsados o tener que huir a Europa— y de ahí surgieron los primeros grupos marxistas.

En 1877 el grupo «Tierra y Libertad» abarca a gran número de estos revolucionarios, escindiéndose en 1878 en dos sociedades secretas: «Herencia (o reparto) Negra» y «Voluntad del Pueblo». En esta última militaba Plejanov, que se convirtió más tarde en uno de los fundadores del grupo «Emancipación del Trabajo», y en el teórico marxista ruso más importante de su época, maestro de toda una ¡oven generación de revolucionarios como Lenin. Estas sociedades secretas llevaron a cabo una gran actividad terrorista, la mayor de todo el siglo en la década 1872-82; se contaron por decenas los atentados contra cluso realizaron cuatro atentados, el último de ellos con éxito (1881), contra el zar Alejandro II. Treinta y uno de estos revolucionarios fueron ahorcados o fusilados.

En esta precisa coyuntura, en el año 1872, nació en la ciudad de San Petersburgo Alejandra M. Domontovitch, conocida luego por Kollontai, el apellido de su marido. Era hija de una familia de la nobleza terrateniente, siendo su padre un general ruso de origen ucraniano[6], y su madre finlandesa de origen campesino. Los acontecimientos que se estaban produciendo en Rusia, el tipo de educación que recibió, la familia que tuvo, así como la ciudad donde nació, condicionaron su formación y su posterior desarrollo.

Vivir en San Petersburgo en las últimas décadas del pasado siglo, significaba vivir en uno de los centros industriales más importantes de Rusia, superior a Kiev, Odesa y Moscú. La industria pesada más importante del país radicaba allí, donde pronto se constituyó, a medida que iba creciendo la industria y la concentración obrera, uno de los focos más importantes del movimiento obrero ruso. La primera manifestación obrera de toda Rusia, organizada por los socialistas del grupo de Plejanov «Tierra y Libertad», se produjo en 1876 en San Petersburgo. Esta era la ciudad con mayor relación política y cultural con el resto de Europa, y por tanto aquella a la que con mayor rapidez llegaban todas las influencias del movimiento obrero europeo y la propaganda política revolucionaria. Se transformó en el polo de atracción más importante y primero de la propaganda socialdemócrata rusa. El primer grupo marxista de San Petersburgo se

formó en 1885, dirigido por N. V. Vodovozov, pero tuvo una existencia muy breve. En 1886, otro grupo marxista, formado por Tochissky, trabajaba junto con los de Blagocv, que publicaba la revista «Raboschy», y de Brusnev, que se relacionaba con el grupo «Emancipación del Trabajo», constituido por Plejanov y dirigido por el desde 1883 en Suiza.

Los primeros años de A. Kollontai transcurren entre San Petersburgo y Finlandia. De las estancias en Finlandia, en la finca de su abuelo, conservará muchos recuerdos, y a través de sus vivencias allí conocerá el problema y las luchas del pueblo finlandés contra la autocracia zarista.

En su adolescencia, a partir de 1881. Rusia entera entra en un período de fuerte reacción en el que casi se llega al restablecimiento de hecho de la servidumbre. Después de la muerte de Alejandro II como consecuencia de un atentado terrorista, su heredero Alejandro III creó la policía política, la Ojrana, y restableció la censura previa para los periódicos opositores al régimen. Estas medidas se tomaron, también, a consecuencia de la creciente movilización de la clase obrera y de la proliferación de los grupos revolucionarios marxistas. Durante la década 1881-1890, la nobleza vuelve a adquirir derechos que le habían sido limitados por la Reforma: sólo la clase di rigente tiene derecho a la enseñanza superior, los jefes de las comunas rurales son elegidos, a propuestas de los propietarios rurales, entre la nobleza, con amplios poderes sobre los miembros de la comuna, lo que devuelve al campesino, prácticamente, a una situación de servidumbre. La represión no sólo alcanzará al campesino, al proletariado, y a los revolucionarios, sino incluso a los estudiantes, a quienes se somete a una gran vigilancia, obligándoseles a llevar un uniforme distintivo, y limitándoseles, según su procedencia social, a un grado de enseñanza determinado, existiendo, por ejemplo, un cupo de plazas para los estudiantes judíos en la enseñanza media y superior.

A. Kollontai nunca fue a un Instituto, porque sus padres tenían miedo de que allí conociese las corrientes ideológicas revolucionarias a través de sus compañeros de estudios[7]. Pero el ambiente de la ciudad no podía pasarle desapercibido, los grandes problemas sociales le eran conocidos desde su adolescencia. Como ella misma dice: «Tempranamente adquirí clara conciencia de las injusticias sociales que imperaban en Rusia»[8]. Sus

maestros influyeron en gran manera tanto en el desarrollo de su espíritu crítico como en la aproximación hacia los problemas de la sociedad rusa. María Strachova, que fue una de sus profesoras más queridas, colaboraba con un grupo de jóvenes revolucionarios de San Petersburgo. Por ella Alejandra empezó a tener contacto con las teorías narodnikis. Años más tarde formará parte de un grupo de jóvenes revolucionarios de ideología populista, entre los cuales estará también M. Strachova. Otro de sus maestros fue Piotr Pctrovitch Ostrogorski[9], célebre historiador de la Literatura, quien dirigió el gusto que A. Kollontai sentía por ella hacia el periodismo, iniciándola así en el campo donde tanta actividad habría de realizar años más tarde. Ostrogorski dirigió a fines del siglo la revista pedagógica «Obrazovanie», posteriormente transformada en uno de los órganos legales del marxismo. Sus profesores, pues, influyeron decisivamente en su formación. Aunque todavía no conocía el marxismo, había hecho crítico su pensamiento.

Los padres de A. Kollontai tenían una mentalidad bastante progresista para la época, como lo demuestra el hecho de que permitieran a su hija tener acceso al máximo de cultura posible, sin hacer distinción, en este sentido, por el hecho de que fuese mujer. Aunque originaria del campo, la familia estaba arraigada en la ciudad, donde vivía los progresos económicos, el ingente proceso de industrialización, y conocía otros países europeos, teniendo elementos comparativos que el permitía ver con un cierto sentido crítico la situación del país. Quizá sus intereses estuvieran al lado de la débil burguesía nacional, que luchaba por alcanzar los derechos políticos. Respecto a esto no existen referencias concretas sino que puede deducirse de las alusiones de Kollontai a su progresismo. Por otra parte, el sometimiento de Finlandia al gobierno zarista era vivido en la familia de una manera crítica, por el hecho de ser la familia materna finlandesa, y esta crítica de la política zarista les daba conciencia de la necesidad de cambios políticos en Rusia. No obstante, su progresismo era limitado. La familia seguía siendo la misma familia conservadora, tradicional, de la sociedad rusa. El atraso económico y político, y el aislamiento de la sociedad rusa con relación a los países industrializados de Europa y América, había condicionado la pervivencia de unas costumbres, unas tradiciones, y una

forma de pensar, que estaban todavía enraizadas en la cultura europea oriental precapitalista.

La familia, y también la comuna rural, eran los núcleos sociales donde se mantenían en su forma más pura las tradiciones. La sociedad rusa tenía características de patriarcado. El hombre, el padre, era el agente activo que decidía y controlaba, desde los núcleos más pequeños como la familia, hasta los más grandes como el aparato estatal y económico. La mujer estaba relegada a un segundo puesto. En el campo, su trabajo no era tan importante como el del hombre (la mano de obra era abundante, sobraba) y su misión consistía en la crianza de los hijos y el cuidado de la casa; las pequeñas labores artesanales o agrícolas que desempeñaba no tenían un valor fundamental. La mujer no se había incorporado aún al trabajo industrial. En un país donde existía tanta miseria y la mano de obra masculina era sobrante y baratísima, no se valoraba apenas la mano de obra femenina; la mujer obrera fue socialmente casi inexistente, y su incorporación a los movimientos sociales emancipadores fue mucho más tardía que en otros países europeos. La mujer de la burguesía, igual que la de las restantes clases sociales, también tenía un papel secundario: su misión consistía en criar hijos y constituir un objeto de adorno en el hogar. Sin embargo, para cumplir este último objetivo, debía recibir una educación que, aunque superficial, poco a poco fue introduciendo unos conocimientos, una relación con los movimientos literarios y filosóficos coetáneos, que subvertían los esquemas del pensamiento tradicional. De esta clase social surgieron en Rusia las primeras mujeres rebeldes que, o bien constituyeron los primeros movimientos sufragistas femeninos rusos, o, profundizando más en el análisis de las causas, tanto de la explotación femenina como de la de los obreros y campesinos de su país, se adhirieron a los movimientos revolucionarios marxistas o narodnikis. Aun así el movimiento sufragista fue en Rusia muy superior a los del resto de Europa, de la misma manera como lo fue el desarrollo de su industrialización y el del movimiento obrero y revolucionario. Tal retraso le dio una serie de características propias, al igual que a los partidos políticos.

Kollontai empezó su vida de adolescente destinada a ser un «buen partido»; de ella (como de cualquier hija de la burguesía) se esperaba un

comportamiento social «adecuado», es decir, una vida social entre su clase, un carácter sumiso, y la obediencia a sus padres, que velaban y dirigían su vida. Debía ser la continuación de las normas tradicionales de pensamiento, el lazo de unión y transmisión de la moral y el pensamiento burgués a través de su futura función de madre. Pero su formación había sentado las bases de un inconformismo que iba a destruir tal posibilidad. Una joven que leía en la novelística romántica francesa e inglesa del siglo XIX los amores apasionados e inconformistas de sus protagonistas femeninos, no podrá menos que rebelarse frente a las imposiciones paternas; la boda de su hermana con un hombre de sesenta años le afectó enormemente[10]. Su rebeldía se empezó a manifestar de forma positiva, transformada en hechos, ante dos situaciones: ante la injusticia social que padecían las clases desposeídas, y frente a su condición de mujer, en una sociedad que no le otorgaba siquiera la personalidad civil.

Alejandra Kollontai fue una de las primeras mujeres rusas que lucharon por la emancipación de la mujer, y una de las primeras organizadoras del movimiento obrero femenino. Su boda, en 1888, marca el primer paso de su vida autónoma, constituye el primer enfrentamiento contra las normas sociales de la época. El simple hecho de querer casarse «por amor, movida por una gran pasión»[11], implica un acto de rebeldía, primero, porque es negarse a obedecer a su padre, que es quien debe decidir sobre su matrimonio, y además, porque el amor entendido de esta forma apasionada e irracional no contempla las conveniencias de tipo económico[12] que son la base real del matrimonio burgués. A pesar de que en su forma ideal el matrimonio burgués se concebía como «la sana atracción carnal entre los sexos y la afinidad psíquica»[13], la práctica contradecía esta idea, que era una simple justificación[14].

El movimiento emancipador femenino ya hacía varias décadas que había comenzado en Francia, Inglaterra, Estados Unidos, etc. La lucha por la igualdad de derechos políticos y civiles de las mujeres había comenzado a tener miles de partidarias en aquellos países donde existía el sufragio, aunque fuera censitario, allí donde la burguesía había llevado adelante su revolución liberal. Todavía en 1878, en el I Congreso Feminista Internacional de París, las mujeres no se atreven a abordar el problema del

sufragio femenino. Frente a esta organización burguesa que, en este período de reflujo de las luchas obreras, no es demasiado atrevida, una mujer, también de la burguesía, Hubertine Aullert, crea la sociedad de «Los Derechos de las Mujeres» en 1876, y luego «El sufragio de las Mujeres» en 1883. Pero aún en el II Congreso Feminista Internacional de 1900-1901, no se plantea el problema de los derechos políticos de la mujer.

En Inglaterra, el movimiento feminista, conducido por las mujeres de la pequeña y mediana burguesía, obtuvo en 1869, con la ayuda de John Stuart Mill, un gran triunfo: el acceso de las mujeres al sufragio municipal, Pero sólo a comienzos del s. XX Mrs. Pankhurst creó la sociedad feminista «Women's Social and Political Union», que, cansada ya de una lucha larga e infructuosa, y ante la creciente violencia con que su movimiento era reprimido por el gobierno, propugnó, en 1912, la «acción directa»: violencia, manifestaciones, huelgas de hambre, terrorismo. A pesar de todo ello no se consiguió el derecho al voto sino casi al finalizar la I Gran Guerra, en 1917.

En EE. UU., la I Convención Nacional de Mujeres, en 1837, apoyó la lucha contra la esclavitud de los negros. Sin embargo, en el Congreso Antiesclavista de Londres (1840), sólo se les permitió estar «presentes» detrás de una cortina[15]. Después de la Guerra de Secesión y de la liberación de los esclavos, la mujer sigue siendo un ciudadano de segunda clase, sin derecho a voto y discriminada frente al hombre en el trabajo. Pero poco más tarde el movimiento feminista estadounidense cambió —como el inglés— formas pacifistas por oirás cada vez más agresivas y violentas (manifestaciones, intentos de votar a la fuerza, etc.). Por fin, después de Wyoming (que fue el primer Estado de la Unión que, 1869, concedió el derecho al voto femenino), las diversas legislaciones norteamericanas fueron reconociendo a las mujeres el litigado derecho, hasta que en 1910 lograron votar en la capital de la nación (Washington). La lucha continuó hasta el reconocimiento nacional del derecho al voto de las mujeres, en 1920.

Tales movimientos feministas, produjéranse donde se produjeran, tenían dos características fundamentales: 1) estar formados por mujeres de la «clase media» (pequeña y mediana burguesía) y de la alta burguesía, con

una escasa participación de mujeres proletarias; 2) su objetivo central se cifraba en el derecho al voto. Por lo tanto, requisito *sine qua non* para su desarrollo y existencia, era el siguiente: un desarrollo económico capitalista que hubiese potenciado ya la hegemonía de la burguesía y la plasmación constitucional de las consecuencias políticas de tal hegemonía. Ahora bien en la misma medida en que el movimiento sufragista iba alcanzando sus objetivos, el sufragismo iba perdiendo su sentido y las mujeres volvían a cumplir su tradicional función dentro de la familia y la sociedad. Fue muy significativa, a este respecto, la orientación del voto femenino en las primeras elecciones en las que participaron masivamente: sus votos fueron a parar, tanto en Inglaterra como en otros países, a los sectores más conservadores del espectro electoral.

El nacimiento de las luchas reivindicativas de las mujeres proletarias tuvo un sentido distinto. Las mujeres proletarias y las socialistas, en consecuencia, eran conscientes de la *doble explotación* a que estaban sometidas: como mujeres, frente al hombre, y como obreras. Su despertar e incorporación a la lucha del movimiento obrero fue lenta, pero su aportación a las luchas sociales fue mucho más valiosa que la de las sufragistas. Desde fines del siglo XIX hubo ya mujeres que lucharon por la igualdad de In mujer desde la perspectiva de la clase obrera. Las mujeres socialistas, que lucharon encuadradas dentro de un partido, de un sindicato, junto con los hombres, empezaron a organizarse en asociaciones especificas que tenían objetivos propios: igual salario por igual trabajo, tanto para la mujer como para el hombre; igualdad de oportunidades, guarderías infantiles para los hijos de las obreras, protección social a la madre y al hijo proletarios…

En 1892, Clara Zetkin, en Alemania, formaba parte de los órganos dirigentes del Partido Socialdemócrata Alemán; junto con Rosa Luxemburg organizó las primeras asociaciones obreras femeninas y uniones de mujeres socialistas, que se agruparían en un organismo federal. Desde dos años antes (1890), Zetkin dirigía la revista «Igualdad» (Gleichheit), órgano del movimiento femenino proletario.

En Rusia, social mente mucho más atrasada que Alemania o cualquier otro país europeo, la situación de la mujer se correspondía con el estado

general del país. El movimiento sufragista femenino también tuvo sus representantes entre algunas mujeres de la burguesía, pero fue un movimiento tardío y poco numeroso, que jamás llegó a impactar a la mujer. Más de un 70% de la población, a fines de siglo, era campesina; un 80%, era analfabeta y creta en toda clase de supersticiones. El clero rural, también ignorante y oscurantista, contribuía al atraso cultural de la población campesina. El obrero, que constituía un sector social en permanente tránsito entre campo y la ciudad, y que formaba parte de esa enorme masa humana que no lograba obtener un trabajo estable y fijo, tenía casi la misma mentalidad y el mismo nivel cultural del campesino. Si el mujik y el obrero estaban sumidos en una gran ignorancia y atraso, con mayor razón lo estarían las mujeres, quienes además jugaban un limitadísimo o casi nulo papel en la producción. Y así como las avanzadillas del movimiento obrero en general surgieron de los grupos revolucionarios formados por jóvenes de la pequeña y la gran burguesía, también las primeras mujeres que luchaban por la emancipación de la mujer obrera tenían ese origen social.

Kollontai, que al poco tiempo de casada se siente ya frustrada por su vida de «esposa y madre», empieza a tener una relación cada vez mis intensa con los grupos de jóvenes revolucionarios de Petersburgo, Su actividad en el seno de tales grupos, le está haciendo dar un gran salto cualitativo, pues empieza a unir de forma progresiva su lucha íntima, personal, de mujer relegada a un segundo plano social con la lucha y la defensa de los intereses del obrero, explotado y relegado por esta misma sociedad. De esta manera Kollontai conecta su lucha «personal» con la de la obrera, que acumula sobre sí todas las injusticias, toda la explotación posible. Pero éste es un proceso largo, que culmina cuando en años inmediatamente posteriores reconoce al marxismo como método de análisis, interpretación y lucha social[16].

En 1891, después de separarse de su marido, comienza para ella una breve etapa en la que colabora con las sociedades de difusión cultural que, en realidad, servían de pantalla a diversas organizaciones clandestinas, En estos años el marxismo le es todavía extraño y su ideario político se encuentra cerca del de los narodnikis.

Aquel mismo año el hambre se cierne sobre toda Rusia, no recordándose crisis semejante en todo lo que iba de siglo. La miseria que atraviesa el país, en este año y los siguientes, acrecienta el desarrollo de las organiza» iones revolucionarias clandestinas, que gozan de una relativa libertad de movimientos (al menos, mayor que la de la década anterior). Son años determinantes para muchos de los revolucionarios del futuro. Así, Lenin se convierte a la socialdemocracia gracias a las obras de Plejanov, las cuales estudiaba concienzudamente. En 1894 Lenin funda, en San Petersburgo, el grupo «Liga para la lucha por la Emancipación de los Trabajadores», al que se unieron Martov y N. Krupskaia. En permanente contacto con Plejanov, la Liga inicia y desarrolla sus actividades, sin que se sepa que haya mantenido contacto con Kollontai.

Por esas mismas fechas (1896), Lenin y Plejanov realizan una dura lucha ideológica contra los narodnikis, que continúan gozando del apoyo de importantes sectores de la juventud estudiosa. Lenin escribe «¿Quiénes son los Amigos del Pueblo?», oponiendo, a la admiración por el campesinado y el *mir*, que los narodnikis profesan, la concepción marxista del papel revolucionario del proletariado. El tema central de los debates de la época, entre los sectores revolucionarios, es el de la naturaleza y futuro del capitalismo ruso. Los marxistas, constituidos ya en una de las más importantes corrientes del movimiento revolucionario, afirmaban que el desarrollo capitalista ruso era un proceso irreversible y que, por tanto, era en base a esa incuestionable realidad que los revolucionarios debían levantar una estrategia de lucha. Por su parte, los populistas (que continuaban sosteniendo el objetivo de un socialismo rural «sui generis») afirmaban que el capitalismo ruso era artificial, y carente de bases objetivas; negaban toda posibilidad de futuro al desarrollo del capitalismo, sosteniendo, por ello, que la estrategia de los revolucionarios debería erigirse a partir de las formas más arcaicas de la sociedad agraria y del grado de desarrollo de la mentalidad del campesinado ruso[17].

En medio de tales ludias entre marxistas y populistas, el movimiento obrero de Petersburgo irrumpió con un reguero de huelgas que arrastró a más de 36.000 obreros textiles, en 1896. Kollontai quedó fuertemente impresionada por el movimiento huelguístico, y por una visita a la fábrica

de Kremgolmskaia, en Narva, donde pudo ver el modo de vida y de trabajo de 12.000 obreros y obreras. Ella misma declara: «1896 fue un año decisivo en mi vida»[18].

En las huelgas textiles que se produjeron ese año las organizaciones marxistas clandestinas se hicieron notoria mente presentes. El conjunto de estos hechos, a la par que la labor docente de Kollontai en la «Biblioteca itinerante de asistencia escolar y material didáctico» (sociedad de difusión cultural que servía de fachada a diversas organizaciones clandestinas)[19]. la fueron acercando al marxismo. Ese mismo año aparecieron las dos primeras revistas marxistas legales: «Natchalo» y «Novoe Slovo», que abrieron una nueva perspectiva revolucionaria, lejos ya del populismo, a Kollontai y al grupo de sus camaradas. Pese a ello se consideró aún poco preparada para integrarse a algún grupo marxista[20]. Fue en 1898, el mismo año del Congreso fundacional social demócrata de Minsk, cuando publicó su primer trabajo periodístico («Bases de la educación según Dobroliubov»), en «Obrazovanie», la revista dirigida por su ex-maestro Ostrogorski

PRIMEROS VIAJES A EUROPA. PRIMEROS AÑOS EN EL PARTIDO SOCIALDEMÓCRATA RUSO

Al Congreso de Minsk asistieron nueve delegados. Lenin estaba en el destierro siberiano. Pedro Struve redactó el manifiesto del Partido. Plejanov continuaba en el exilio y tampoco asistió. Kollontai decide salir al extranjero para estudiar ciencias económicas y sociales, con el objeto de profundizar sus conocimientos teóricos marxistas. Al llegar a Zuric h entra en conocimiento del debate que se está desarrollando en el seno de la Segunda Internacional.

En 1899, Bernstein publica su obra «Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia»[21], que constituía un intento de sistematización teórica para la revisión de la estrategia del movimiento obrero. Según Bernstein, la teoría del catastrofismo se había revelado falsa. Para él, la evolución del capitalismo, desde la Primera Internacional hasta finales del siglo, ponía de manifiesto que el capitalismo tenía más recursos

de los que habían podido imaginar Marx y Engels, recursos que le habían permitido ir superando una y otra vez las crisis sucesivas. De ahí dedujo la obsolencia del aparato metodológico del materialismo histórico, afirmando que la lucha de clases sólo se mantendrá en los países de débil desarrollo industrial: en contrapartida, en los países más evolucionados la lucha de clases tendía a amortiguarse. Para todo ello tuvo que revisar la teoría marxista de la plusvalía, de la concentración y la acumulación capitalista. Bernstein preconizaba, por tanto, un socialismo basado en la posibilidad evolutiva del capitalismo, sosteniendo que la estrategia del movimiento obrero debería sustentarse en la alianza con las capas y clases «progresistas» de la sociedad, hasta alcanzar, de forma gradual, la transformación de la sociedad capitalista en socialista, después de una larga lucha *desde dentro del sistema*.

Contra el reformismo de Bernstein se erigieron fundamentalmente dos posiciones distintas, que tenían en común la defensa del marxismo «ortodoxo». Kautsky, desde una posición centrista, responde que la coyuntura que atravesaba el movimiento obrero reflejaba únicamente una crisis de crecimiento. Para él, la aparición del imperialismo comportaría una agravación de los antagonismos de clase[22].

Desde la izquierda, Rosa Luxemburg hace la critica radical de las posiciones bernsteinianas[23] propugnando una estrategia revolucionaria de lucha contra el capitalismo y las tentaciones reformistas.

La polémica continuó durante bastante tiempo. El Congreso de la Segunda Internacional, celebrado en París (1900), estudió la táctica a seguir con los partidos burgueses, pero la resolución adoptaba al respecto fue de gran ambigüedad, dejando en libertad a sus secciones para practicar o no alianzas con los partidos no proletarios. En el Congreso de Amsterdam (1904) se impusieron las posiciones contrarias a Bernstein —condena de las tácticas no basadas en la lucha de clases—, pero la cuestión de las alianzas continuó sin clarificarse. De hecho, la polémica dividió a la clase obrera, sembrando la discordia entre las distintas secciones y en el seno de ellas mismas.

En relación con la polémica. Alejandra Kollontai tomó posición por Kautsky, por quien sentía gran admiración. Pero la lectura de *Reforma o*

Revolución y de los artículos escritos por R. Luxemburg en «Neue Zeit» la entusiasmaron y apasionaron, mostrándose entonces decidida partidaria de las tesis antiintegracionistas. Su posición antireformista se vio fortalecida después de su viaje a Inglaterra, donde conoció a Sidney y Beatrice Webb[24], con quienes sostuvo conversaciones en torno a la estrategia tradeunionista del movimiento obrero inglés, mostrándose en abierto desacuerdo con tal estrategia para el movimiento revolucionario proletario.

Al regresar a Rusia, un año después, sus padres habían muerto. Después de romper definitivamente con su marido, se dedicó totalmente al trabajo político. Su experiencia europea la ayudó a tomar la decisión de afiliarse al Partido Socialdemócrata ruso, cosa que hizo inmediatamente, encontrándose con que la lucha contra los narodnikis había dejado paso a nuevas polémicas, esta vez contra los marxistas legales[25] y el economismo[26].

Bajo el impulso del desarrollo económico, la situación política del país ha sido cambiada. La industria ha recibido el espaldarazo de la inversión extranjera, pero el proceso de industrialización seguía tropezando con la estrechez del mercado interno. Mientras los inversores extranjeros se ven atraídos por la oferta de una mano de obra barata y las posibilidades objetivas del desarrollo industrial, la burguesía nacional no lograba imponer a la clase gobernante (nobleza terrateniente y cortesana) un régimen político liberal, pese al apoyo que encontraba para tal proyecto en algunos sectores socialistas, tales como los *marxistas legales*. En efecto, las escasas medidas «liberales» que se ve obligado a tomar el régimen zarista responden a la presión de los intermitentes estallidos de violencia campesina y obrera. Y es que en el campo aún se producen hambres que todavía tienen las mismas causas que en la Edad Media: climatología adversa, técnicas rudimentarias de explotación, etc.; el campesinado medio ve como sus ilusiones en torno a una reforma agraria que se hace cada vez más imperiosa y necesaria, chocan y se esfuman ante los privilegios de la nobleza terrateniente. Ninguna clase social, salvo la misma autocracia, estaba conforme con el régimen.

En medio de tal situación, el Partido Socialdemócrata, al que Kollontai ya pertenece, se presenta ante los ojos del zarismo como más moderado que

los socialrevolucionarios[27]. pues se opone resueltamente a la acción terrorista. Debido a ello disfrutó, durante unos cuantos años, de cierta libertad de acción, conservando sus órganos legales. Tal experiencia, unida a la influencia de la polémica Bernstein-Kautsky en el seno de la Internacional, favoreció la formación de un ala derecha que abogaba por la utilización de las oportunidades que facilitaba el Estado burgués, al tiempo que, olvidando el objetive final de la lucha revolucionaria, defendía la necesidad de apoyar e impulsar el desarrollo del capitalismo ruso, condición que definían como necesaria antes de plantear siquiera la lucha contra la burguesía y por el socialismo. Lenin, que desde 1897 (cuando escribió «Las Tareas de los socialdemócratas rusos») se planteaba, junto con Plejanov, la unión de todos los marxistas en un solo partido centralizado, combatió encarnizadamente esta corriente disgregadora del movimiento revolucionario[28]. Kollontai cuenta en su autobiografía[29] que, en una de sus primeras intervenciones como militante del Partido, en una reunión realizada en casa de Ld. D. Strassova, defendió frente a Struve y Tugan-Baranovsky las posiciones leninistas del ala izquierda del partido.

Sus primeros años de militancia socialdemócrata los dedicó a un intenso estudio y a la elaboración de una serie de trabajos de análisis social y político. Sus primeros artículos de análisis político se refirieron a Finlandia, siendo publicados, en 1900, en varias revistas, entre ellas algunas alemanas. Durante tres años estuvo recogiendo material estadístico sobre Finlandia, material que le permitió la elaboración de su libro «La condiciones de vida de los obreros finlandeses», que sería publicado en 1903. El libro no fue bien acogido entre los marxistas legales, pero si en los medios marxistas europeos. También, con anterioridad a esas fechas, Kollontai intentó publicar en la prensa legal una serie de artículos contra Bernstein, en los que defendía las posiciones ortodoxas del marxismo en torno a la lucha de clases, pero la censura lo impidió.

En su nueva salida al extranjero conoce personalmente a Kautsky, Rosa Luxemburg, Lafargue y Plejanov, por quien sentía un profundo respeto. Estos contactos personales la entusiasman: Plejanov, el veterano revolucionario, tiene un gran prestigio dentro del Partido, ganado con sus trabajos marxistas teóricos y con la lucha contra las corrientes reformistas.

Kautsky la sigue impresionando por su capacidad teórica; Rosa Luxemburg la apasiona por su lucha revolucionaria y su interés por la lucha de emancipación de la mujer. En ese mismo viaje, publica un artículo sobre Finlandia en la revista alemana «Neue Zeit», firmando bajo el seudónimo de Helene Maline.

De regreso a Rusia (1903), toma por primera vez la palabra en un acto público. Se trata de una concentración de estudiantes del colegio de Santa Tatiana. En esa ocasión defiende la concepción socialista del mundo frente a la concepción burguesa idealista[30]. Con ello comienza el aprendizaje de lo que sería una de sus actividades más importantes en el futuro: la oratoria revolucionaria.

A su retorno de una nueva y corta estancia en el extranjero, Kollontai se encuentra con importantes acontecimientos nuevos: por una parte, el auge del movimiento de masas se manifiesta a través de revueltas campesinas y huelgas obreras de considerable importancia. Por otra parte, el Partido se encuentra convulso por el encendido debate que se lleva a cabo respecto a dos concepciones distintas y encontradas sobre su organización.

En el II Congreso del Partido Socialdemócrata Ruso, que se celebra en Ginebra y en Londres, en el año 1903. Lenin y Plejanov (aunque este último sólo durante breve tiempo) defendían un tipo de organización estructurada en base a un núcleo restringido, una vanguardia disciplinada integrada por revolucionarios profesionales. En el debate Lenin introduce el concepto de dictadura del proletariado. Para Lenin, la teoría de la organización es inseparable de la estrategia de la revolución. Martov y un gran sector del partido, en desacuerdo con las tesis organizativas de Lenin, se mantuvieron en la oposición. La votación, que dio mayoría a Lenin, no resolvió el antagonismo que había de conducir en 1912 a la ruptura del P. O. S. D. R. entre bolcheviques (mayoritarios) y mencheviques (minoritarios). Plejanov, después del Congreso, se inclinó por la conciliación con los mencheviques. Lenin, sin embargo, logró el control del sector clandestino del partido en Rusia, lanzando su contraofensiva contra los mencheviques («Un paso adelante, dos pasos atrás»). Defendió como positiva la escisión, puesto que presentaba la estrategia revolucionaria del proletariado. Lógicamente, los debates que se desarrollaban en el interior del P. O. S. D. R. llegaron al seno

de la Internacional. En el VII Congreso de la Internacional, celebrado en Amsterdam en 1904, Rosa Luxemburg combatió las tesis de Lenin y denunció «el absolutismo ruso» que veía reflejado en la concepción centralista democrática propuesta por Lenin, advirtiendo del «peligro burocrático que supone el ultra-centralismo»[31].

Kollontai conoció el debate estando fuera de Rusia. En una autobiografía suya[32] manifiesta sentir más simpatías por los bolcheviques, atraída por la intransigencia y espíritu revolucionario que demostraban, que por los mencheviques. Pero pesaba mucho en ella el prestigio de Plejanov, factor que le impedía tomar partido abiertamente contra los mencheviques. Indudablemente la crítica de Rosa Luxemburg, realizada en el seno de la Internacional, debió influenciarla también. De hecho. Kollontai se mantuvo al margen del debate, colaborando en la práctica con ambas fracciones.

1905-1917: LUCHA CONTRA LA GUERRA. BLOQUE DE AGOSTO. ORGANIZACIÓN DEL MOVIMIENTO FEMENINO OBRERO

En vísperas de la revolución de 1905 se había agregado, a la difícil situación de Rusia, otro hecho catastrófico: la guerra ruso-japonesa. La guerra, que tenía como objeto la conquista de los mercados de Manchuria y China, fue un auténtico desastre para Rusia. La pérdida en dinero y en vidas humanas sirvió para desvelar la descomposición de la autocracia zarista. Todas las clases sociales rusas estaban, aunque por diversos motivos, cada vez más descontentas. El campesinado soporta condiciones de vida cada vez más precarias, y la presión demográfica agrava la situación agraria: cada vez menos tierras a precios más elevados. La población excedente no puede ser absorbida en su totalidad por la industria. Esta última, pese a ser cada vez más beneficiaría de la inversión extranjera, alberga a los trabajadores peor pagados de toda Europa. Pero la inversión imperialista permite la puesta en pie de industrias que concentran ya, en 1904, cerca de 1.700.000 obreros[33], lo que facilita la organización y la generalización de

las luchas obreras. La urgencia y necesidad de grandes cambios era sentida incluso por la pequeña burguesía (comerciantes, artesanos, etc.), que veía afectados sus intereses por el régimen de castas.

El 9 de enero de 1905, día del *Domingo Sangriento*, Kollontai se pronunciaba a favor de la asistencia del partido socialdemócrata a la manifestación que organizaba Gapón. Los bolcheviques se encontraban divididos frente a este hecho, estando la mayoría contra la asistencia por considerar la manifestación o una provocación o una súplica inútil. Kollontai sustentaba su razonamiento alegando que la manifestación era una «acción de masas» en la que estaría el proletariado, y que, por tanto, el Partido debería hacerse presente también. Defendió tal tipo de acciones, a las que definió como auténticas escuelas de acción revolucionaria. En verdad, sus posiciones no hacían más que responder al espíritu y la letra de las resoluciones adoptadas en el Congreso de Amsterdam[34].

Una vez más los acontecimientos de 1905 permitieron a mencheviques y bolcheviques medir fuerzas. Los mencheviques, que dominaban los órganos dirigentes del P. O. S. D. R., manifestaban que la revolución que se estaba produciendo era burguesa y que, por tanto, elevaría a la burguesía al poder, desde donde impulsaría un amplio desarrollo del capitalismo. En consecuencia, el proletariado debería guardarse de jugar un papel dirigente en los acontecimientos; debería, en vez de lanzarse a la insurrección, esperar, prestar su apoyo a la burguesía y luego convertirse en un partido de la oposición dentro del orden democrático futuro.

Los bolcheviques, por el contrario, sostuvieron que el proletariado ruso, fuerte, numeroso y consciente, no debía ponerse a remolque de una burguesía débil e incapaz de hacer su propia revolución. Para ellos, la revolución democrática no podía ser realizada más que por el proletariado, quien instauraría la «dictadura democrática de los obreros y campesinos», realizando así las tareas del desarrollo capitalista, tareas que le negaban a la burguesía. Esta concepción, polémica incluso después de la revolución de 1905, fue aportada por Lenin. Trotsky y Parvus formaban una tercera tendencia dentro del partido basada en la teoría de la revolución permanente[35]. más desarrollada después por Trotsky.

Durante 1905 y 1906, Kollontai colaboró en el órgano bolchevique «Proletari» (El Proletario), tanto como periodista como en los trabajos técnicos de la edición. Escribió allí un artículo pronunciándose contra la participación obrera en la I Duma, y llamando al proletariado a la insurrección armada en contra de ella, manifestándose al mismo tiempo partidaria de la convocatoria de una Asamblea Constituyente. El llamado a la insurrección le costó un proceso en el que fue condenada, por lo cual huyó al extranjero. Su posición frente a la Duma, y su criterio frente al papel de los sindicatos (que consideraba debían ser autónomos respecto al partido) la ponían en contradicción con la fracción bolchevique, siendo éstas las dos fundamentales discrepancias que determinaron su apoyo a los mencheviques, desde 1906 a 1915. Sin embargo, durante estos años no participó de forma intensa en la polémica, orientando toda su energía a la organización de las obreras en el seno del partido y, ya en el exilio, a la lucha contra la guerra y por la reforma de la II Internacional.

Dedicada desde 1905 a 1906 al trabajo de organización de las mujeres[36]. Kollontai debió estar influenciada por el trabajo de Clara Zetkin, a quien, si bien no menciona, debió de conocer en sus diversos viajes a Alemania. Los comienzos de su trabajo fueron difíciles, ya que tanto ella como Krupskaia tropezaron con innumerables resistencias de sus camaradas masculinos, cuando intentaron la organización autónoma de las mujeres —para la defensa de sus intereses específicos— dentro del partido. Así como no se logró sino a través de una larga lucha que el obrero se convenciera de que la mujer obrera no era un competidor (la mano de obra femenina era más barata que la masculina) ni un rompehuelgas (el proletariado femenino tardó mucho más que el masculino en tomar conciencia de su explotación y en integrarse a la lucha), en el partido socialdemócrata tuvieron que transcurrir años y muchos acontecimientos para que se demostrase la importancia que tenía el aporte revolucionario de las mujeres y el valor de sus reivindicaciones, y tanto los militantes de base como los dirigentes dieran todo su apoyo a las organizaciones femeninas. Hasta la Primera Guerra Mundial, fecha en que los acontecimientos toman nuevos rumbos, los miembros del partido no hacían otra cosa que *soportar* a las mujeres, con el objeto de conservar su apoyo.

En la I Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, celebrada en Stuttgart en 1907, Kollontai formó parte de la representación rusa. La Conferencia, aunque fue organizada por Clara Zetkin, no estuvo muy concurrida, pues todavía el movimiento obrero de mujeres era incipiente. Clara Zetkin —en colaboración con Rosa Luxemburg— fue la autora de la resolución, votada y aprobada, en la que se exigía igualdad de oportunidades, salario igual para trabajo igual, ayuda social a las madres obreras y a los niños, y el derecho de sufragio.

La participación de Kollontai en el movimiento huelguístico de las obreras textiles de S. Petersburgo hizo que se la condenase en un segundo proceso. Ante la posibilidad de ser detenida marchó al exilio. En esta época (1906-1908) escribió diversos artículos, entre los que destacaron: *La lucha de clases* y *El primer calendario obrero*. En 1908 publica las *Bases sociales de la cuestión femenina*, e innumerables folletos. Dos años después (1910) forma parte de la delegación rusa a la II Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, que se realiza en Copenhague. A esta conferencia, mucho más concurrida que la anterior, asistieron delegadas de 16 países, en representación de 100.000 mujeres socialistas.

En el orden del día de la Conferencia (que duró dos días) figuraba, en primer lugar, el problema de Finlandia, votándose una resolución de apoyo al Partido Soda lista finlandés y defendiéndose la tesis de que solamente una revolución socialista en Rusia podría garantizar a Finlandia el respeto a la autodeterminación. En esta tesis se unían los intereses de la clase obrera finlandesa a los del proletariado ruso. Kollontai, que tan a fondo había estudiado el problema finlandés, debió ser una de las participantes que más lucharon por que se votase esta resolución. Otro de los puntos de mayor interés en la Conferencia había sido la lucha, que todavía se planteaba de forma preventiva, por el mantenimiento de la paz europea; aunque esta temática tenía tanto interés para las mujeres socialistas como para los movimientos feministas burgueses, en cada uno de estos sectores se planteaba de forma distinta: las sufragistas burguesas no deseaban la guerra por motivos puramente sentimentales, y sobre todo porque ellas, como mujeres discriminadas por el gobierno, no podrían decidir sobre ella; para la Conferencia de Mujeres Socialistas se trataba de una cuestión de principios,

ya que la guerra era solamente un enfrentamiento entre las distintas burguesías que decidiría cuál de ellas obtendría más beneficios que las restantes, mientras el proletariado no tendría más beneficios que el servir de instrumento, una vez más, para la salvaguarda de los intereses burgueses.

La posibilidad de que estallase una gran guerra entre las distintas potencias capitalistas europeas preocupaba a todas las organizaciones que encuadraban al movimiento obrero. El tema se debatió largamente en la II Internacional, y en los años que precedieron a la guerra se decidió evitarla mediante la mayor movilización posible de la clase obrera; la consigna de la Internacional fue «guerra a la guerra». Pero, al estallar por fin la contienda, los partidos obreros se dividieron respecto al papel que la clase obrera debía desempeñar en ella. Las secciones que practicaban una estrategia reformista y formaban parte de los gobiernos burgueses, como el partido socialista francés y el alemán, se alinearon en defensa de la «patria» al lado de sus gobiernos (los «social-patriotas»); por el contrario aquellas secciones que ya cuando comenzó el debate Bernstein-Kautsky adoptaron una estrategia revolucionaria, defendían dos posiciones entre las que había una cierta diferencia: o bien lo correcto era transformar la guerra en revolución en cada uno de los países que se veían comprometidos en ella (la llamada tesis derrotista de Lenin y Rosa Luxemburg, a la que Kollontai daba su acuerdo), o bien el proletariado debía llevar adelante una movilización tal que boicotease por completo la posibilidad de que cada uno de estos países pudiera mantener la guerra (la tesis de Trotsky); como las opiniones de Lenin y Trotsky no se contradecían en la base de su argumentación, las dos tendencias pudieron unirse en una lucha común que iba a polarizar un grupo importante de disidentes, que, en última instancia, no sólo iban a discrepar con la II Internacional por la falta de decisión mostrada en esta ocasión, sino que iban a llevar la lucha a una mayor profundidad. Esta convergencia de principio en 1914 había de facilitar, después de los agitados cinco años que siguieron, la formulación de la necesidad de crear una III Internacional.

La posición de Kollontai dentro del partido socialdemócrata ruso seguía dentro de la misma línea. No se pone abiertamente en contra de los mencheviques, pero está en total desacuerdo con su política de participación

con diputados del partido en la III Duma zarista (1908). Desde su salida de Rusia la absorbió casi por completo la lucha contra la guerra, y a esta actividad dedicó la mayor parte de sus energías. Durante los años de guerra pronunció muchas conferencias y participó en innumerables mítines en contra de la guerra. Su actividad periodística se acrecentó con numerosos artículos sobre el mismo tema, como «¿A quién le es necesaria la guerra?», que obtuvo una gran difusión. Pero no descuidó por ello el tema de la mujer y siguió escribiendo para las obreras en distintas revistas. La igualdad de criterios respecto a la estrategia que consideraba adecuada para el movimiento obrero ante la guerra europea le hicieron tener una relación constante con Lenin en todos estos años: ella y Schliapnikov eran los enlaces entre Lenin y el Comité Central del partido y los militantes del interior de Rusia.

Después de la revolución de 1905, el Partido Socialdemócrata ruso atravesaba un período de confusión que había sido ocasionado, en parte, por el fracaso del movimiento revolucionario.

La disparidad de criterios que, con anterioridad a la revolución de 1905, se había concretado en torno a dos posiciones fundamentales: la de los mencheviques y la de los bolcheviques, se multiplicó en varias tendencias.-Lenin luchaba contra la acción de los «liquidacionistas», un grupo de militantes socialdemócratas que situaban en un plano de primera importancia la necesidad que tenía el partido de sobrevivir físicamente (mediante aportes económicos y una extremada clandestinidad) y desarrollaban unas prácticas terroristas. Pero no era ésta la única tendencia nueva dentro del partido, ya que, por otro lado, Bogdanov y Krassin encabezaron un sector del partido que se pronunciaba en contra de la política bolchevique de participación con delegados socialdemócratas en la Duina zarista, y creía que la única política coherente con una estrategia revolucionaria estaba, no en aprovechar las posibilidades propagandísticas que les ofrecía la tribuna de la Duma, sino en estar fuera en abierta oposición. A esta corriente, que fue denominada de los «otzovistas», se unió otra, muy similar puesto que también estaba en contra de la participación en la Duma, pero más extremista todavía, que creía totalmente necesario para la supervivencia del partido y la pureza de su política

proletaria el paso a la clandestinidad total. Estas dos tendencias, aparentemente tan puristas, basaban sus argumentaciones en una revisión del marxismo tomando como punto de partida las razones de Mach. Lenin las atacó a fondo y escribió en contra de ellas *Materialismo y empiriocriticismo*, en 1908. Otzovistas y ultimatistas fundaron conjuntamente un periódico: *Vpéryod* (Adelante), y colaboraron también en la creación de una escuela en Capri, cuya misión sería la formación de los militantes como propagandistas, y que se encargaría a la vez de constituir un movimiento cultural total mente revolucionario por cuanto la cultura sería entendida de una forma nueva, bajo el punto de vista de las necesidades del proletariado (este movimiento sería denominado Proletkult). Kollontai simpatizó con estas ideas y con el interés, que ya había manifestado anteriormente, por la didáctica y la literatura, colaboró en su escuela, en la que participaban también M. Gorki. A. Vasilievich, Lunatcharski, Bogdanov. M. N. Liadov y G. A. Alexinski.

En enero de 1912, en Praga, fue convocada por la fracción bolchevique una conferencia considerada como el Congreso fundador del Partido Bolchevique. Las tendencias que habían quedado marginadas en esta conferencia, los mencheviques y los conciliadores, intentaron reagrupar en torno suyo a los excluidos de la conferencia de Praga, llamando a una conferencia general del Partido Socialdemócrata a los socialdemócratas polacos, al Bund y al grupo de Vpéryod. Trotsky fue uno de los promotores de esta conferencia, que él veía como un intento de reunificación del partido, aunque de la conferencia se retiraron progresivamente todas las tendencias del partido, a excepción de los centristas y del ala menchevique de derecha, circunstancia que le desagradó enormemente. De esta conferencia, cuyo origen había sido una reacción en contra del radicalismo de Lenin, surgió un programa de características mencheviques, pero que en definitiva no aportaba ninguna novedad.

La tendencia conciliadora, cuyo máximo interés se centraba en la reunificación del Partido Socialdemócrata ruso, promovió, a instancias de Trotsky, una reunión de los representantes de varias tendencias en Viena, en agosto de 1912. A los representantes allí reunidos se les denominó «Bloque de agosto». La reunión fue un fracaso, ya que tanto los bolcheviques como

los mencheviques se negaron a asistir. Kollontai participó en esta reunión; también ella consideraba de primordial importancia para la revolución proletaria rusa que el partido fuese único y fuerte. Pero, a medida que los bolcheviques iban definiendo su política, tanto en relación a la guerra europea como frente a la Duma, se fue aproximando a ellos. Frente a la reunión de Viena. Lenin adoptó una posición todavía más enérgica al provocar la escisión entre los diputados bolcheviques en la Duma.

En los meses que precedieron a la Guerra Europea el gobierno zarista intensificó la represión contra los partidos obreros, sumergiéndose de nuevo Rusia en un período de reacción: Los diputados socialdemócratas fueron deportados a Siberia. Pero tras este período de retroceso, con el comienzo de la guerra se abrió nueva fase de ascenso de la lucha de masas.

En 1915, los socialdemócratas europeos que ya se habían manifestado por una lucha internacional contra la guerra se reunieron en la localidad suiza de Zimmerwald, y constituyeron un bloque de oposición a la tendencia mayoritaria dentro de la II Internacional. Kollontai trabajó en la intensa campaña desplegada a favor de la terminación de la guerra, que se exigía fuera inmediata y sin anexiones por parte de ninguna de las potencias beligerantes. El acercamiento de Kollontai a los bolcheviques fue esta vez definitivo, adhiriéndose ese mismo año a ellos. Mientras tanto, Plejanov defendía su punto de vista sobre la «defensa nacional» en contra del imperialismo alemán, al que identificaba como máximo representante del capitalismo y del militarismo, y cuya derrota creía un gran avance para la lucha del proletariado, ya que iba a propiciar el advenimiento del socialismo; sus posiciones le iban a alejar para siempre de la fracción bolchevique.

1915 fue también el año en que se celebró la III Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, en la ciudad de Berna. La conferencia tuvo esta vez cierto éxito, ya que la circunstancia de la Guerra Europea actuaba entre las mujeres proletarias como un revulsivo mayor que la diaria explotación a que estaban sometidas. A la conferencia acudieron 25 delegadas, de las cuales 6 eran rusas (2 de ellas mencheviques y 4 bolcheviques; en esta ocasión también participó Krupskaia). Kollontai fue una de las delegadas bolcheviques, y de nuevo Clara Zetkin ocupó el cargo

de secretaria del Buró Socialista Femenino Internacional. Aunque las delegadas bolcheviques estaban en franca minoría frente al conjunto de la conferencia, lograron hacer aprobar una resolución en la que se condenaba la guerra y se pedía una paz sin anexiones ni conquistas. Con la guerra, el movimiento socialista femenino no sólo ganó muchas militantes más para su causa sino que imprimió a su desarrollo una dinámica mucho más revolucionaria. Ello contrastaba enormemente con el carácter del movimiento sufragista burgués, que desde comienzos de la guerra había dejado su lucha para más adelante, poniéndose a trabajar de inmediato al lado de sus respectivos gobiernos (antes tan combatidos por él), olvidando hasta años más «propicios» sus reivindicaciones.

Como propagandista del grupo de Zimmerwald, Kollontai desplegó una gran actividad, sobre todo como oradora, y estuvo una larga temporada en EE. UU., colaborando con Trotsky y Bujarin en el periódico ruso de New York, «Novy Mir».

Poco después de su regreso a Europa, en 1916, tuvo lugar la revolución de febrero de 1917 en Rusia y Kollontai volvió rápidamente a Petrogrado.

ALEJANDRA KOLLONTAI Y LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE

La actuación de Kollontai durante los meses que precedieron a la revolución de octubre la narra ella misma con detalle en su Autobiografía. Lo cierto es que su intenso trabajo de esos meses la dio a conocer públicamente y aumentó su prestigio dentro del partido, pues su labor como agitadora era importante.

En la conferencia de abril del Partido, donde se debatía ampliamente el papel que jugaban los soviets, tuvo una intervención destacada. La mayoría del partido, de sus miembros allí presentes —puesto que muchos de los bolcheviques exiliados todavía no habían regresado—, apoyaban la tesis conciliadora (propiciada por Stalin, Kamenev, Zinoviev) que defendía un apoyo condicional al gobierno de Kerenski, siempre que el partido, a través de los soviets, los controlara. Sin embargo, Kollontai y Schliapnikov

sustentaban posiciones que estaban en la línea de las tesis formuladas por Lenin inmediatamente después: en Rusia se estaba dando una situación de doble poder, en la que los soviets ya imponían a Kerenski su hegemonía, y por lo tanto ellos eran ya el embrión del gobierno revolucionario.

A la llegada de Lenin a la estación de Finlandia, en Petrogrado, Kollontai estaba presente[37]. Inmediatamente después de su llegada tuvo lugar una reunión del Comité Central del partido en la que Lenin defendió la necesidad de la insurrección armada, tesis que ya había avanzado en sus «Cartas desde lejos». Dentro de una fuerte oposición inicial, la única voz que le apoyó desde su primera propuesta fue la de Kollontai. Kollontai, como miembro del C. C. del partido (el Comité Central llamado posteriormente «leninista»), llevó a cabo una serie de misiones de gran responsabilidad. El partido la delegó a la conferencia, que debía realizarse en Estocolmo, con el grupo de disidentes de Zimmerwald, pero no pudo llegar hasta Estocolmo porque fue detenida por las tropas de Kerenski. Al ser liberada se reincorporó a la lucha revolucionaria y fue la primera mujer elegida para el Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado, figurando posteriormente como miembro del Comité Ejecutivo Panruso. Su actividad como organizadora del sector femenino del Partido continuó desarrollándola de forma paralela al resto de sus actividades políticas[38].

La desbordante actividad de estos meses, en que se estaba poniendo en pie el gobierno revolucionario, la llenaba de ilusión; ella misma cuenta[39], con gran orgullo, que fue la primera mujer en la historia que ocupó un ministerio gubernamental (en el invierno de 1917 a 1918, el Comisariado del Pueblo para la Seguridad Social), y describe cómo iba venciendo poco a poco la resistencia que encontraba en los puestos dirigentes, debido a su condición femenina.

Con el Gobierno de los Soviets se abría un proceso revolucionario que tendía a cambiar esencialmente las bases de la sociedad rusa, y estos cambios afectarían en forma enormemente positiva la situación del proletariado femenino. Aunque, tanto en la legislación soviética como en la mentalidad y costumbres populares, las transformaciones en el terreno de la moral familiar y sexual no fueron proporcionales a la envergadura de los cambios políticos y económicos, quedaba al menos planteada la perspectiva

de instaurar unos nuevos lazos de unión conyugales, de revisar las relaciones tradicionales dentro de una nueva moral. La mujer rusa, con la revolución de 1917, alcanzaba su mayoría de edad total legalmente, podía participar en todos los sectores de la vida pública en igualdad de condiciones con los hombres; y estas enormes posibilidades iban acompañadas por el ejemplo que constituían mujeres que, como Kollontai y otras, con su práctica en las gestiones públicas e incluso en su vida privada, adelantaban las características de un tipo de mujer del futuro. La situación de igualdad recién adquirida por las mujeres rusas las situaba en una posición ventajosa respecto a las mujeres del resto de Europa. Efectivamente, los países de la Europa «democrática» apenas empezarían a reconocer derecho al voto a las mujeres entre los años 20 y 30, y en otros como Italia y Alemania daba comienzo un proceso reaccionario que iba a significar para la mujer el retorno a los moldes judaicos y orientales más primitivos con la legislación fascista y nazi.

LAS PRIMERAS POLÉMICAS DENTRO DEL PARTIDO EN LOS PRIMEROS AÑOS DE LA REVOLUCIÓN

A partir ya de 1918, y sobre todo de 1920, se desarrollaron fuertes debates en el interior del partido en torno al papel que debían jugar en el nuevo Estado los sindicatos, los soviets y el partido mismo, y al carácter de las relaciones entre ellos. La necesidad de poner fin a problemas dramáticos como el brusco descenso de la producción agrícola e industrial, agravado por la situación de guerra, intensificaba aún más las polémicas. Sin embargo, la reorganización, a pesar de ser una necesidad acuciante, debía efectuarse bajo unas premisas originales: bajo la perspectiva de una sociedad sujeta a los intereses de una clase social, el proletariado, que no tenía ningún tipo de experiencia práctica ni en la gestión económica ni en la gestión administrativa del Estado y la sociedad.

La posición de Kollontai en estos años, que fueron los más creadores y fructíferos de su vida política, fue en términos generales públicamente opuesta a las directrices del partido.

Desde diciembre de 1917 a marzo de 1918, el Gobierno soviético se enfrentó al problema más grave de los que se le planteaban: la necesidad de terminar con la guerra contra Alemania a la mayor brevedad posible. La terminación de la guerra había sido una de las reivindicaciones del proletariado y del campesinado que el partido bolchevique había recogido en su programa, uno de los puntos que más apoyo popular le había proporcionado. El pueblo ruso, y más aún el campesinado, que había sido devastado por la guerra, deseaba que ésta terminase cuanto antes. Para el gobierno soviético, y en consecuencia para el partido bolchevique, era una promesa que debía cumplirse, porque además de la opinión del pueblo razones de tipo económico y político exigían la terminación de la guerra: era necesario reinsertar a la población que estaba en el frente a la vida productiva, y terminar con la sangría económica que representaban los gastos militares. Se añadieron a estas razones consideraciones de tipo político: el Gobierno soviético no podía mantener una guerra que respondía a los intereses del anterior gobierno zarista, pero tampoco podía firmar una paz en la que no se respetase democráticamente el derecho de las naciones que Alemania pretendía anexionarse. Esta era una cuestión de principios en la que no podía cederse. Inicialmente se intentó ganar una tregua mientras se decidía la política a seguir. Las distintas opiniones que se manifestaron en el C. C. del partido, se polarizaron en dos corrientes, después de largas y continuas reuniones, una de ellas era llevar adelante una guerra revolucionaria (tal como propuso Bujarin, y Kollontai apoyó esta postura), ante el avance de las tropas alemanas, contando para ello con que la guerra revolucionaria iba a desencadenar la revolución proletaria en los países involucrados. La otra tendencia pensaba que el proletariado ruso, después de demostrar al proletariado internacional su decisión de no pactar con Alemania (cosa que ya había demostrado con la tregua que acordó en su último intento de detener a los alemanes), no tenía más alternativa que firmar la paz a pesar de las condiciones onerosas que exigía Alemania[40]. Sobre la base de que ésta era la única posibilidad que tenía la revolución de sobrevivir, el propio Lenin era partidario de esta última opción. La primera de las dos tendencias aglutinó a su alrededor un grupo denominado «comunistas de izquierda» (entre los que se contaban Bujarin. Bubnov,

Piatakov. Uritsky y Smirnov), cuya oposición al tratado que se firmaría en la ciudad de Brest-Litovsk se podía concretar en la frase pronunciada por Kollontai en el VII Congreso del partido: «Si nuestra República Soviética debe perecer, otros llevarán el estandarte (de la revolución) adelante»[41]. Al prevalecer la opinión de Lenin y Trotsky, el tratado fue firmado el tres de marzo de 1918, pero el desacuerdo dentro del partido estuvo a punto de provocar una escisión encabezada por Bujarin, que no se produjo sobre todo porque no se había llegado todavía a un desacuerdo de principios.

Los «comunistas de izquierda» estaban dispuestos a no hacer ni una concesión al imperialismo alemán, aun cuando ello supusiera la destrucción del incipiente Estado Soviético. La posición de Lenin y Trotsky (que fue el encargado de tratar con los alemanes) se orientaba ante todo a la supervivencia del Estado Soviético, a costa de concesiones si no cabía ninguna otra alternativa. Pero no por ello se abandonaba la perspectiva ni la estrategia de la revolución internacional. Lenin se negaba a admitir la tesis de Riazanov, que afirmaba que la disyuntiva era: «el partido se enfrenta al dilema de estar con las masas campesinas o con el proletariado de Europa Occidental»[42]. Lenin afirmaba que, en efecto, el tratado era condición indispensable para lograr el apoyo del campesinado ruso, pero que la revolución rusa sólo podía llevarse a cabo de forma efectiva tomando en cuenta la perspectiva de la revolución alemana y europea, y manteniendo una estrategia política adecuada a esta relación internacional de interdependencia. Pero la Rusia Soviética no podía man tenerse en pie hasta que se produjeran las revoluciones europeas, por muy cercanas en el tiempo que se las creyera, a menos de lograr cierto respiro.

Los «comunistas de izquierda» tenían otras discrepancias con la mayoría del partido, en cuestiones como el papel que debían desempeñar los organismos de gobierno, los sindicatos y los soviets. Afirmaban que tanto la administración del Estado como la producción debían estar sujetas al «(control obrero». Frente a ellos. Lenin afirmaba que la producción, para recuperarse después de su enorme caída durante la guerra con Alemania, debía racionalizarse bajo la dirección del Estado. En términos globales, los comunistas de izquierda deseaban poner de inmediato en práctica una

especie de «Estado-comuna» administrado y controlado, desde abajo, por los obreros.

Kollontai, en el debate que tuvo lugar en el VII Congreso en relación al tratado de Brest-Litovsk, renunció a su puesto en el Comité Central después de haber renunciado ya a su cargo de Comisario del Pueblo, para manifestar su oposición a la firma del tratado con Alemania. Ya nunca más volvió a estar en el Gobierno.

A pesar de estar apartada de los puestos dirigentes, su actividad no disminuyó, si bien su prestigio decayó.

Incluso después de esta primera ocasión en que hubo un desacuerdo importante entre Kollontai y las decisiones de C. C. del partido, su pensamiento no varió, y siguió defendiendo su posición en cada momento en que la situación lo hacía necesario. En su Autobiografía[43] habla de los primeros años de la revolución: «…La revolución estaba en plena actividad. La lucha (de fracciones) se tornó cada vez más irreconciliable y sangrienta, y mucho de lo que sucedía no estaba de acuerdo con mis principios. Pero todavía quedaba un trabajo por hacer, lograr la emancipación de la mujer», dando a entender con ello que, a pesar de que la actividad revolucionaria estaba en sus comienzos, el desacuerdo con la política del partido la llevaba a centrar su actividad en el sector de la organización del movimiento femenino. Su afirmación no es exacta, pues durante mucho tiempo siguió luchando en el partido por imponer lo que, según sus principios, era realmente coherente con una política revolucionaria proletaria. Esas palabras suyas, por tanto, responden sin duda a un deseo de ocultar su acuerdo con los disidentes, ya en una época, 1926, en que la situación del partido había cambiado profundamente y no se admitían las tendencias.

La guerra civil, que se desencadenó en mayo de 1918, actuó como un elemento aglutinador para el partido. Los comunistas de izquierda desistieron de todo propósito de escindirse ante la necesidad de unir las fuerzas del proletariado contra el enemigo común, el ejército de la reacción.

La guerra civil modificó el desarrollo de la revolución y la actitud de los revolucionarios frente a las clases sociales que habían detentado el poder con el zar. Las peores consecuencias de la guerra no fueron de tipo económico (aunque fueron terribles), sino políticas. La agresión al gobierno

soviético llevada a cabo por la pequeña y la gran burguesía, a la que se añadía la actividad antibolchevique de algunos grupos socialistas disidentes como los socialrevolucionarios y los mencheviques, obligó al gobierno a adoptar fuertes medidas represivas que ni en los primeros momentos de la revolución, en octubre del 17, había tenido necesidad de tomar[44]. En diciembre de 1918 fue creada por el Comité Militar Revolucionario del Soviet de Petrogrado la Cheka, una comisión extraordinaria dedicada exclusivamente a combatir la contrarrevolución y el sabotaje.

Los treinta meses de guerra civil que transcurrieron desde mayo de 1918 hasta fines de 1920 se definen como la etapa del «comunismo de guerra». Durante este tiempo el Gobierno de los Soviets no sólo se enfrentaba a enemigos externos, primero Alemania y luego los aliados, sino también al Ejército Blanco y las ¡acciones interiores. Para el Gobierno existía un interés que privaba por encima de cualquier otro: la necesidad de abastecer al Ejército Rojo y a los habitantes de las ciudades, que en definitiva eran los que podrían mantener el régimen soviético. Esta necesidad obligó, por un lado, a movilizar los recursos humanos de que se disponía, trasladando a los mejores cuadros del partido y a los obreros allá donde fueran necesarios, ya en el ejército o en regiones alejadas donde fuera necesario organizar las requisas de alimentos, y, por otro lado, se forzó al campesinado a proporcionar trigo al resto de la población, mediante la requisa de toda la parte de Ja cosecha que se estimaba sobrante respecto a lo necesario para la mera supervivencia del campesino y su familia. La industria fue nacionalizada, pero un había tiempo ni posibilidad de prestarle mayor atención al desarrollo industrial. D mismo gobierno, por boca de Lenin, arencaba a los obreros de Petrogrado a partir hacia el frente aun dejando las fábricas. Ante las dificultades financieras y monetarias del país, la moneda perdió lodo su valor y la población dejó de utilizarla en los intercambios, sustituyéndola por un intercambio en especie. El cornea cío privado desapareció, quedando sustituido por trueques directos, que el Estado era incapaz de controlar entre la población urbana y la rural.

A pesar de lo crítico de la situación, con las medidas del «comunismo de guerra» Rusia pareció aproximarse bastante al esquema de una sociedad comunista, tal como la habían soñado los utópicos del pensamiento

socialista; pero, en realidad, dada la situación de extrema pobreza y necesidad del país, no era más que «la igualdad en una miseria que se aproximaba mucho a una vuelta a la barbarie»[45].

La insurrección de los socialrevolucionarios de izquierda en julio de 1918 y la posterior represión que desencadenó, marcó, en la práctica, el fin del sistema multipartidista dentro de los soviets, En el futuro, en los Congresos de Soviets Panrusos se enfrentarían ya solamente el Partido bolchevique y una pequeña minoría que aglutinaría varias corrientes, la calificada de los «sin partido». Pero no fue el cambio de su composición política la causa más importante en el proceso de descomposición que sufrieron los soviets a partir del comienzo de la guerra civil. El acaparamiento de tos soviets por miembros del partido se produce, en principio, de una forma lógica: los comunistas expresan los intereses de la clase obrera, por lo tanto, no se podía hablar de «sustitución» de La clase obrera por el partido; el partido, como defensor de los intereses del proletariado, asume todos los cargos de responsabilidad del Estado a todos los niveles del poder soviético, copando incluso los de la Cheka y del Ejército Rojo, Este hecho, que familia en forma esencial la estructura de los soviets, afecta de igual manera al partido. Los antiguos «revolucionarios profesionales» dejan de ser militantes cuyo campo de acción es el partido, se han transformado en jefes militares, administradores, gobernantes, El Partido Comunista se entremezcla con el aparato del Estado El funcionamiento del Partido se vio profundamente afectado por las vicisitudes de la guerra, se hizo mucho más efectivo, pero en contrapartida quedó relegada cada vez más la democracia interna. Los organismos regulares del partido sólo se reúnen en contadas ocasiones. Las decisiones importantes referentes a la orientación general se toman en el comité central, y los organismos soviéticos se limitan a ratificarlas, a través de los miembros del partido, desde el comité ejecutivo hasta los soviets locales. El partido ya ni siquiera tenía una autonomía financiera, y en este sentido dependía de los soviets. Svérdlov, secretario del Comité Central y a la vez presidente del Comité Ejecutivo de los Soviets en 1919, afirmaba que las organizaciones bolcheviques locales no eran más que las secciones de agitación de los soviets locales. Preobrazhenski sugirió incluso que se

decidiese la desaparición del partido puesto que era innecesario. En el VIII Congreso del partido se discutió sobre las relaciones que debían privar entre el Partido y los Soviets; la tesis a la que se llegó fue la necesidad de mantener los soviets como organismos independientes, cauces de expresión de la voluntad popular, pero dirigidos por el partido. De hecho el proceso de sustitución se producía de forma acelerada. Y con este proceso se iba introduciendo en los soviets el mismo funcionamiento que caracterizaba al Partido Comunista, cada vez más monolítico y menos democrático.

Tomando algunos de los planteamientos que ya habían puesto en pie los comunistas de izquierda, surgirá, ya en 1919, consolidándose al finalizar la guerra civil en 1920, una fuerte corriente de oposición dentro del partido, la llamada Oposición Obrera.

KOLLONTAI Y LA OPOSICIÓN OBRERA

Esta tendencia contó desde sus primeros momentos con el apoyo pleno de Alejandra Kollontai, quien, junto con Schliapnikov, fue una de las figuras más relevantes de dicha tendencia. La disputa, que tuvo su punto álgido en los meses que precedieron al X Congreso del Partido, surgió en torno al papel de las organizaciones obreras, en particular los sindicatos, en la construcción de la nueva sociedad.

Al finalizar la guerra civil, el Estado Soviético se encontró con una economía en estado catastrófico. La paz por sí sola no solucionaba ninguno de los graves problemas planteados: abastecimiento, materias primas; al contrario, agravó momentáneamente la situación: con la desmovilización aumentó el desempleo. La situación del campesinado era insostenible, los campos permanecían, en gran parte, muchas veces sin ser sembrados porque las requisas implicaban que el campesino que más trabajaba y mayor cosecha obtenía resultaba, automáticamente, el más perjudicado. La disyuntiva en la elección de un método de reconstrucción suscitó las mayores polémicas. La necesidad de dar un giro a la política económica era sentida por grandes sectores de la población, desde el campesino hasta el obrero. Los dirigentes de la República Soviética se enfrentaron al problema

con la NEP (Nueva Política Económica), impulsada por Lenin; esta política económica liquidaba la economía de guerra. El objetivo principal de esta programación era conseguir para el país unas condiciones económicas mínimas que permitiesen el comienzo de la reconstrucción: se trataba, en definitiva, de darle cierto margen a un desarrollo de tipo capitalista que permitiría una acumulación de capital y la revitalización de la agricultura y la industria a través de algunos de los mecanismos económicos del intercambio capitalista, cosa que podría lograrse mediante la introducción en el mercado de un excedente agrícola. Así, pues, la primera medida de la NEP fue la sustitución de las requisas de los excedentes de alimentos del campo, que habían sido una necesidad durante la guerra, por un impuesto único en especie sobre la producción agrícola, y la autorización a los campesinos para disponer de lo que les quedaba, ya fuera para intercambiarlo por productos industriales, ya para venderlo en los mercados locales. El impuesto en especie tenía también la finalidad de dar a los campesinos un incentivo económico para aumentar la producción agrícola, que había caído en vertical durante las requisas. El objetivo era el aumento de la producción industrial. La industria no estaba sin embargo, en condiciones de aumentar rápidamente su producción para responder a una creciente demanda; antes le era indispensable conseguir grandes inversiones, que a corto plazo sólo podían venir del extranjero, y materias primas de las que carecía. Tal situación convenció a Lenin de la necesidad que se de desarrollasen la producción artesanal y las pequeñas fábricas y cooperativas. Lenin era consciente de que esta política económica iba a profundizar en el campo las diferencias entre los campesinos pobres y los kulaks, a favor de estos últimos. También iba a favorecer la posición de los campesinos respecto a los obreros; pero tal política se veía como la única salida frente al problema de la escasez del capital necesario para crear una gran industria estatal. Pero así como necesarias, también creía que eran transitorias, valorando destacadamente el papel integrador que la NEP podía jugar con respecto al campesinado[46].

La crisis en la agricultura en 1921 hizo parecer que estas medidas no tuvieran ninguna posibilidad de éxito, y acrecentaron las discrepancias que existían en el partido y en los sindicatos respecto a ella. Poco antes de que

Alejandra Kollontai leyera en el X Congreso del Partido (marzo de 1921) la plataforma de la Oposición Obrera, se inició una importante huelga general en las fábricas de Petrogrado y luego en Moscú, Kiev, Bakú, cuyas reivindicaciones, aunque de carácter económico, adquirían, por el hecho mismo de producirse, un significado político: las organizaciones políticas que trataron de capitalizar el movimiento pedían una auténtica democracia laboral (autonomía y democracia dentro de los sindicatos). Durante las huelgas tuvo lugar la insurrección de Kronstadt.

La Oposición Obrera se había conformado, principalmente, aunque no fue su causa única, como respuesta a la política adoptada por Trotsky, Comisario de Comunicaciones (cuya finalidad inmediata era restablecer lo antes posible la red de ferrocarriles). Desde este cargo. Trotsky había publicado, a fines de 1920, un folleto en el que explicaba sus intenciones de colocar a los sindicatos bajo el control estatal, y utilizarlos, por medio de dirigentes nombrados directamente por el Estado, como instrumentos para la promoción de los planes de reconstrucción económica (años más tarde el mismo Trotsky estará en desacuerdo con sus planteamientos de 1920). Se trataba, según Trotsky, de transformar de una forma perfectamente planificada los sindicatos, de «estatizarlos»; lo que para la Oposición Obrera equivalía a desvirtuarlos, a despojar los de su verdadero carácter de organización autónoma de clase, representante de los intereses del proletariado frente al Estado.

La posición de Lenin en la discusión sobre los sindicatos disentía de las dos anteriores. Aunque no estaba de acuerdo con los «sindicalistas», como llamaba a la Oposición Obrera, juzgaba que la posición de Trotsky era demasiado intransigente. El Comité de los Diez, un Comité especial que se formó en el partido para analizar el problema de los sindicatos, expuso la posición de Lenin: dejar a los sindicatos como organismos independientes, pero tomar medidas para asegurar que fuesen a colaborar siempre con los programas del Estado, ocupándose de forma principal del aumento de la productividad, de asegurar que el trabajo se efectuase de la forma más racional posible, luchando contra el absentismo, contra el descuido, etc. En general, esta propuesta equivalía a la de Trotsky, pero con formas distintas, sin admitir abiertamente que lo que se pretendía era igualmente transformar

los sindicatos en instrumentos del Estado. Esta posición era la que privaba en el partido, no sólo respecto a los sindicatos sino también a los soviets y a cualquier organización autónoma de la clase obrera. La finalidad era la de acaparar, mediante los miembros del partido, los puestos dirigentes en todos estos organismos, y lograr que éstos impusieran la política del partido sin necesidad de que estas instituciones estuvieran sujetas de forma oficial ni al Estado ni al Partido. Consideraban que los sindicatos eran la escuela donde debía prepararse el proletariado, donde debía llegar a entender y a saber aplicar el comunismo, antes de poder ingresar en el partido, que sería quien, directa o indirectamente, guiaría la política del Estado obrero y campesino.

Los planteamientos de la Oposición Obrera disentían de las anteriores posiciones en cuestiones de principio. En general no reconocían la necesidad de instaurar una política económica que, como lo haría la NEP realizara unas concesiones tales al campesinado que ponían en peligro al Estado Soviético de dejar de lado los principios fundamentales en que debía sustentarse una sociedad comunista: la dirección ideológica del proletariado, única clase revolucionaria. Lo cual suponía que, en el momento en que se subordinasen sus intereses a los de los campesinos o la pequeña burguesía ligada a la industria (como los técnicos especializados), se estaba traicionando la revolución. Aun teniendo en cuenta la importancia que en Rusia tenía el campesinado, se oponían a hacerle concesiones, afirmando que éstas iban a cambiar el carácter de la revolución. En consecuencia, debía preservarse la capacidad directiva del proletariado, dejando que los sindicatos fueran, por un lado, órganos independientes de clase que defendiesen frente al Estado los intereses del proletariado, y por otro, que fueran ellos los encargados de elaborar (por medio de los congresos de productores a escala nacional) la política económica del Estado Soviético. En la fase de transición que se caracterizaría por la existencia de un Estado denominado Obrero y Campesino (ente abstracto y contradictorio) debía garantizarse el curso de la revolución mediante la dirección del proletariado, hasta la total integración a la sociedad soviética de los campesinos y demás capas sociales.

La Oposición Obrera pensaba que la clase obrera, por sí misma, sería capaz de crear una economía avanzada, estableciendo nuevas relaciones de

producción. Quizá si hubieran desarrollado su programa, es decir, si hubieran dado unas pautas concretas respecto a los problemas económicos, estructurando totalmente un nuevo sistema económico, hubieran conseguido más eco.

Su mayor error táctico fue el no plantear una aportación positiva. Su labor se limitó a una crítica, a un intento de sistematizar, en el marco del partido, la óptica del obrero de fábrica. Su mayor acierto fue quizá señalar, por primera vez, los peligros de la incipiente burocracia que estaba ya minando los fundamentos económicos y políticos de la democracia proletaria. Era indudable que el proletariado —a quien debía corresponder el control del Estado y la producción—, cada día sufría más los inconvenientes provocados por la gestión de una capa burocrática formada por funcionarios procedentes incluso del antiguo régimen. A partir de 1917 el Estado Soviético tuvo que hacerse cargo de una inmensa máquina administrativa para la cual no tenía personal adecuado, y se tuvo que recurrir a miembros de la antigua capa dirigente para ponerla en funcionamiento. El problema de la escasez a Lodos los niveles aumentó notablemente la cantidad de controles y papeleos.

Según Kollontai, el problema tenía sus raíces en la crisis que el partido sufría, y que ella achacaba en primer lugar a las condiciones desfavorables en que se había tenido que desarrollar la revolución rusa, y en segundo término a la entrada en el partido, después de 1918, de un gran número de militantes que no conocían el marxismo, entre ellos muchos cuyo único interés era hacerse con una posición ventajosa en la nueva sociedad, dándose incluso el *carrerismo*. Estos hechos habían ido deformando al partido bolchevique y lo estaban convirtiendo en una estructura esclerotizada e impermeabilizada a los sentimientos populares. Estaban creando dentro de él una serie de vicios que posibilitaban la existencia de una capa de burócratas cuyos intereses podían privar por encima de los de la clase obrera. Este era el núcleo de la crítica de la Oposición Obrera al Partido, y posiblemente al que Lenin y Trotsky menos importancia dieron, enzarzándose en una lucha contra las derivaciones de esta idea, en torno a los sindicatos y la NEP.

La plataforma de la Oposición Obrera, redactada por Kollontai, desglosaba los siguientes puntos como reivindicaciones inmediatas: plena igualdad de salarios para todos los obreros y funcionarios sin discriminar los distintos trabajos; libre distribución de alimentos y artículos de primera necesidad a todos los obreros, y gradual sustitución de la moneda por el pago en especie. Posiciones políticas centrales eran: autonomía total de los sindicatos, al igual que de los soviets; la dirección de la economía, si bien correspondería al Congreso de productores de toda Rusia, en un nivel inferior debía estar a cargo de los sindicatos, desde donde se organizaría hacia los órganos superiores Por principio se oponían a las concesiones a los campesinos. Y, aunque se manifestaban en contra del militarismo, apoyaban las medidas económicas y políticas del comunismo de guerra; es decir, no aportaban ninguna nueva solución a los problemas del momento.

Uno de los problemas mayores con que se enfrentaba el país era el de si se llevaba o no a efecto una política exportadora de productos agrícolas. A falta de las inversiones extranjeras, que, a pesar de las facilidades ofrecidas por el gobierno soviético, se producían en proporciones mínimas, se hacía necesaria la exportación como única medida posible para facilitar la importación tanto de bienes de consumo como de máquinas y materias primas para la industria. La única forma en que Lenin veía posibles estas importaciones era la consabida ventaja concedida a los campesinos para aumentar la producción. Pero aun siendo así, lo que se podría exportar no era *excedente*, ya que el *excedente* agrícola sería necesario para el consumo de la población urbana. El problema residía entonces en darle o no mayor importancia a las necesidades de la población urbana que a las necesidades de la industria, que por otro lado era indispensable revitalizar. En principio, la mayoría del partido, incluida la Oposición Obrera, valoraba más la necesidad de abastecer de lo imprescindible al proletariado, pero se discrepaba acerca de si hacerlo en base al fortalecimiento del campesinado. Preobrazhenski fue quien vio con más claridad este problema y propuso, ya en 1921, una solución a largo plazo, presentando la fórmula de la «acumulación socialista primitiva», muy criticada por Lenin. A la Oposición Obrera le faltó una visión de largo alcance, una perspectiva más amplia de la situación.

Las tres propuestas presentadas en el X Congreso del Partido fueron éstas: la de Lenin y Zinoviev o plataforma del «Comité de los Diez», que obtuvo en la votación 336 votos: la de Trotskv (y Bujarin) que obtuvo 50 votos, y la de la Oposición Obrera, que obtuvo 18 votos.

La Oposición Obrera siguió su lucha a pesar de este fracaso, impulsada ademas por la decisión tomada, en este mismo Congreso, de prohibir la formación de tendencias dentro del partido, y por los intentos de expulsión sufridos por Kollontai y Schliapnikov. La llamada «Carta de los 22», dirigida a la Internacional Comunista como recurso contra la mayoría del C. C. del Partido Comunista ruso, fue firmada también por Kollontai. Esta carta denunciaba la *desproletarización* del partido, causada tanto por su composición (contaba con un 60% de militantes no obreros), como por su política dictatorial. Se decía textualmente: «…los órganos dirigentes del partido llevan a cabo una lucha implacable y desmoralizadora contra todos éstos (disidentes) y, en particular, contra los proletarios que se permiten tener una opinión personal; la expresión de esta opinión es objeto, en el seno del partido, de diferentes medidas de represión»[47]. Y es que, en efecto, el X Congreso del Partido había adoptado, como medida extraordinaria y transitoria ante los graves problemas planteados por la necesidad de reconstruir la economía después de la guerra civil, dado que la paz no había implicado signos de recuperación, una resolución sobre la necesidad de mantener la unidad del partido, y prohibía que las fracciones hicieran propaganda de sus desavenencias para evitar el peligro de una escisión en aquellos momentos en que privaban tanto el problema del hambre como otros cuya solución debía ser inmediata. Lo cierto es que, ya antes de que se hubiera votado esta resolución en el Congreso, Kollontai encontró muchas dificultades para poder editar su plataforma, que tenía que distribuirse en el Congreso.

La Internacional formó una Comisión, presidida por Clara Zetkin, encargada de estudiar la situación en el Partido Comunista Ruso y de elaborar un informe acerca de ella. Ante la Comisión. Lenin se remitió a la resolución del X Congreso «Sobre la unidad del partido, y las tendencias sindicalistas libertarias». En su informe a la Internacional Comunista, la Comisión reconocía la difícil situación que atravesaban la revolución y el

partido en Rusia, pero admitía que la Nueva Política Económica agravaba el peligro de una creciente influencia de la pequeña burguesía en los órganos del Estado y del Partido. El problema no tuvo mayor trascendencia en la Internacional después del informe.

Con posterioridad a estos acontecimientos, en el XI Congreso del partido, en marzo de 1922, después ya del primer ataque cerebral de Lenin, que le alejó de la vida política, se intentó excluir del C. C. tanto a A. Kollontai como a Schliapnikov, pero ello no llegó a producirse.

Los que habían formado la Oposición Obrera se dispersaron después de estas fechas. Kollontai se desligó por completo de sus camaradas. El resto de los que habían formado la oposición permanecieron en ella de una forma u otra: Schliapnikov y otros muchos fueron purgados en la década de los 30 por Stalin. Sólo Kollontai sobrevivió.

ÚLTIMAS ACTIVIDADES

A pesar de la resolución del X Congreso del partido, siguieron surgiendo distintos movimientos disidentes dentro del partido comunista soviético, productos del descontento que se observaba en grandes sectores de la población trabajadora (como consecuencia de la escasez, sobre todo) y también por la imposibilidad que existía dentro del partido para expresar cualquier tipo de disconformidad. Las tendencias disidentes fueron reprimidas cada vez con mayor virulencia, hasta el punto de tenerse que organizar clandestinamente.

Lenin había presentido las graves consecuencias que para la marcha de la revolución podría acarrear la asfixia total de la democracia dentro del partido, lo mismo que el excesivo control que se ejercía sobre los órganos de poder proletario. Sus últimos escritos reflejan, de forma angustiosa, esta preocupación. Así Lenin, aunque no enfocaba en toda su dimensión el problema, ya que lo creía una herencia del pasado zarista, llegó a escribir, refiriéndose a la fuerza incontrolada y al crecimiento monstruoso de la burocracia: «Creo que soy enormemente culpable ante los trabajadores de

Rusia, por no haber intervenido lo bastante radicalmente, lo bastante vigorosamente en este asunto»[48].

Una de estas tendencias formadas al margen del partido fue la denominada *Grupo de Trabajadores del Partido Comunista Ruso*. Sus fundadores. Miasnikov y Kuznetsov, fueron expulsados del partido en el XI Congreso. La razón formal de su expulsión fue la de haber sido firmantes, en su momento, de la *Carta de los 22*.

En setiembre de 1923 (Lenin se encontraba ya gravemente enfermo) fueron detenidos veinte de los componentes del grupo. Kollontai y Schliapnikov les negaron su apoyo. ¿Constituía el *Grupo de Trabajadores* una organización contrarrevolucionaria? En absoluto. Constituidos como una continuación de la *Oposición Obrera*, reivindicaban la expulsión de los capitales extranjeros y se oponían a la prioridad e importancia que se daba a los problemas agrarios, en detrimento del desarrollo industrial. De hecho, éste no fue sino uno de tantos grupos, y no el más relevante, de los muchos que aparecieron en aquellos años.

El manifiesto del *Grupo de Trabajadores* fue publicado en Alemania, al igual que otros muchos documentos similares, por el *Partido Comunista Alemán de Trabajadores*. Este partido había publicado en 1921 una edición crítica de la *Plataforma*. En esta ocasión. Kollontai protestó por su publicación y prohibió nuevas reproducciones.

Desde 1922 hasta su muerte, A. Kollontai no volvió a participar en ninguno de los numerosos debates que tuvieron lugar en el seno del Partido Comunista Ruso. Su silencio, en principio, parecía obligado por circunstancias poco propicias[49]; pero lo que pudo ser transitorio se convirtió en norma a partir de finales de 1922, fecha en que se la nombra para un cargo diplomático, con el evidente propósito de alejarla del terreno de los acontecimientos que están sacudiendo a Rusia. Al alejarse de la política activa, Kollontai se dedicó a actividades menos comprometidas: su trabajo diplomático y su afición por la literatura, sin olvidar sus artículos esporádicos sobre la mujer y la nueva moral proletaria, dirigidos en su mayoría a la juventud.

En 1930 Kollontai tomó pública posición a favor de Stalin. A partir de entonces guardó hermético silencio en torno al nuevo curso de la revolución

y a las polémicas a que ello dio lugar. Y mantuvo tal posición hasta su muerte, pese a que el régimen de Stalin supuso la hipertrofia del burocratismo al que tan enérgicamente se había enfrentado cuando, con Schliapnikov, encabezó la Oposición Obrera, y pese al retroceso que significó para el movimiento de emancipación de la mujer, tanto en el interior de Rusia como en el plano internacional. Es difícil conciliar tal actitud con sus posiciones políticas anteriores. ¿Cómo justificar su silencio ante el cambio constitucional de «936? La nueva Constitución de 1936 significó un grave retroceso respecto a las conquistas obtenidas en 1917 por el movimiento de emancipación femenino. No hay que olvidar que Kollontai criticaba abiertamente la constitución de 1918, por considerarla, en lo que respecta a los derechos de la mujer, atrasada en relación a las leyes de los países burgueses desarrollados[50]. Quizá apuntemos en buena dirección, en la búsqueda de las razones de tal actitud, si tomamos en cuenta que, por múltiples y variadas razones, muchos de los campeones de la lucha proletaria se convirtieron, unos en víctimas, otros en instrumentos de represión, o fueron condenados al silencio.

Representante de la Delegación Soviética en Noruega, desde 1923 a 1925 (primero de una forma oficiosa, luego de forma oficial), alcanzó el rango de plenipotenciaria a partir de 1924. De Noruega pasó a México, donde permaneció como diplomática de 1925 a 1927, para luego retornar y permanecer en Noruega hasta 1930. De 1930 a 1945, fecha en que volvió a Rusia retirada, ejerció como diplomática en Suecia.

Los últimos veinte años de la actividad diplomática de Kollontai no quedaron jalonados por hechos destacados, mereciendo quizá tan sólo ser anotado que en 1935, año en que formaba parte de la delegación diplomática rusa en Estocolmo, transmitió oficialmente al Gobierno sueco un ultimátum, relacionado con la denegación de un visado a Trotsky, y que en 1944 tuvo cierta intervención en las negociaciones de la independencia de Finlandia. Murió en Rusia en 1952.

YOLANDA MARCO SERRA.
Barcelona, diciembre de 1975.

AUTOBIOGRAFÍA DE UNA MUJER EMANCIPADA

Valor y finalidad de mi vida

No puede haber nada más difícil que escribir una autobiografía. ¿Qué aspectos es preciso destacar? ¿Cuáles poseen interés general? Sobre todo es recomendable escribir sinceramente y no fingir ninguna modestia convencional. Cuando una ha sido invitada a relatar hechos de su propia vida para que lo ya logrado resulte útil a la colectividad, tal medida sólo puede significar que ya se ha realizado algo positivo en la vida, *una labor que ha sido reconocida por los hombres*.[1] Es, pues, lícito olvidar que se está hablando de una misma y tratar de tomar distancia frente al propio Yo, a fin de informar, del modo más objetivo posible, sobre el propio proceso evolutivo y los logros alcanzados. Tal es la tarea que ahora intento llevar a cabo. Que lo logre o no, es otra cuestión. De todos modos debo confesar que, en cierto sentido, esta autobiografía representa un problema para mí y que, echando una mirada retrospectiva y escudriñando el futuro con cierta curiosidad, habré de representarme a mí misma los virajes más importantes de mi vida y de mi obra. *Tal vez logre así poner de relieve todo aquello que, en primer término, tenga importancia para la lucha de liberación de la mujer y otros problemas sociales de interés general*.[2]

Ya desde mi primera juventud era consciente de que bajo ningún aspecto podía organizar mi vida según el modelo estereotipado y que, a fin de poder determinar la verdadera orientación de mi vida, tenía que elevarme por sobre mí misma. *Era asimismo consciente*[3] de que obrando de esta manera ayudaría a mis compañeras a organizar su vida no de acuerdo a las tradiciones preestablecidas, sino según su propio y libre criterio electivo. Sólo en la medida, claro está, en que lo permitan las circunstancias sociales y económicas. Aún creía que habría de venir un tiempo en que la mujer sería juzgada con las mismas medidas morales que el hombre. Pues no es su virtud específicamente femenina lo que le confiere un puesto de honor en la sociedad humana, sino el valor del trabajo útil que haya desempeñado, el

valor de su personalidad como ser humano, *como ciudadana*,[4] como pensadora, como luchadora. Subconscientemente, este motivo constituía la fuerza directriz de toda mi vida y obra. Seguir mi camino, trabajar, luchar, crear lado a lado con los hombres y aspirar *a un objetivo universal humano*[5] *(hace ya casi treinta años que me cuento en el número de los comunistas)*[6] construyendo al mismo tiempo mi vida personal e íntima como mujer, según mi propia voluntad y *las leyes innatas de mi naturaleza*: [7] tales son los postulados que han condicionado mi ideario. Y lo he logrado: he organizado mi vida íntima de acuerdo con mis propios principios, sin disimular ya más[8] *mis vivencias amorosas como lo hace el hombre*. Pero, sobre todo, no he dejado nunca que mis sentimientos, alegrías o penas amorosas, ocupen el primer puesto en mi vida, pues en el plano principal se hallaban siempre el trabajo, la actividad y la lucha. *Logré convertirme en miembro de un Gabinete gubernamental, del primer Gabinete bolchevique en los años 1917 / 18, y soy la primera mujer que fue nombrada embajadora, desempeñó ese cargo durante tres años y se retiró del mismo por voluntad propia*.[9] *Bien puede servir esto como prueba de que la mujer es perfectamente capaz de elevarse por sobre las ataduras convencionales de la época. La Guerra Mundial, el espíritu agitado y revolucionario que actualmente domina el mundo a todos los niveles, han contribuido en gran medida a despojar de su Posición privilegiada a la moral ambigua, doble moral, malsana y sobrecargada. Ya estamos acostumbrados a no plantearles demasiadas exigencias, en el campo de su vida conyugal por ejemplo, a las actrices y mujeres que ejercen profesiones liberales. Pero la diplomacia constituye una casta que, más que todas las otras, conserva sus antiguos usos, costumbres, tradiciones y, sobre todo, su estricto ceremonial. El que una mujer, una mujer «libre» e independiente fuera admitida entre sus miembros sin ninguna oposición, demuestra que ha llegado el tiempo en el que todos los seres humanos son uniformemente aquilatados según su capacidad de trabajo y su dignidad universal humana. Cuando fui nombrada embajadora rusa en Oslo, me di cuenta de que no sólo había conseguido una victoria para mi sino para las mujeres en general, y una victoria sobre su peor enemigo, es decir la moral convencional y las concepciones conservadoras del matrimonio. Cuando en*

ocasiones me decían que era algo realmente extraordinario el que una mujer hubiera sido llamada a ocupar un puesto de tanta responsabilidad, pensaba yo siempre que,[10] *en última instancia, la victoria principal para la liberación de la mujer no radica en este hecho especifico sino que posee una importancia totalmente distinta el que una mujer como yo, que ha saldado cuentas con la moral ambigua y no lo disimuló nunca, hubiera sido introducida en los círculos de una casta que, aún hoy, postula con especial énfasis la tradición y la moral hipócrita y falsa. Así pues, el ejemplo de mi vida puede servir para expulsar también el viejo fantasma de la doble moral de la vida de las otras mujeres, y es éste un punto importante de mi propio ser, que posee cierto valor de orden socio-fisiológico y colabora en algo a la lucha de liberación de las mujeres trabajadoras.*[11] Pero, a fin de evitar cualquier malentendido, debo decir aquí que aún estoy lejos de aquel tipo de mujer totalmente nueva, que asume sus experiencias femeninas de manera relativamente ligera y, casi diríamos, dichosamente superficial, cuyos sentimientos y energía anímica están dirigidos a todas las otras cosas de la vida, y no sólo a las sensaciones de tipo amoroso-sentimental. Todavía pertenezco a la generación de mujeres que crecieron en el viraje crítico de la historia. El amor, con sus muchas desilusiones, con sus tragedias y eternas exigencias de dicha completa, aún desempeñó un papel muy importante en mi existencia. ¡Un papel muy, muy grande! Pues por él se consumieron, sin resultados y, en último término, sin valor alguno, mucho tiempo y energía preciosos. Nosotras, las mujeres de la generación pasada, aún no sabíamos ser libres. Era un derroche, realmente increíble, de nuestra energía espiritual y un menosprecio de nuestra Fuerza de trabajo, que se diluía en vivencias sentimentales improductivas. Sin duda es verdad que nosotras, tanto yo como muchas otras camaradas activas, luchadoras y trabajadoras, supimos no concebir el amor como el objetivo principal de nuestras vidas y asignar al trabajo un puesto central en ellas. Sin embargo, ¡cuánto más hubiéramos podido hacer y alcanzar si toda nuestra energía no se hubiese dispersado en la eterna lucha con el propio Yo y con los sentimientos frente a otra persona! En realidad, se trataba de una eterna lucha defensiva contra la intromisión del hombre en nuestro yo, una lucha que se resolvía en la disyuntiva: trabajo o matrimonio y amor. Nosotras, la

generación antigua, aún no comprendíamos cómo hacen la mayoría de los hombres —y es algo que también aprenden hoy las mujeres jóvenes— para adaptar armoniosamente el trabajo y el deseo amoroso *de modo que el trabajo siga siendo el objetivo principal de la existencia*.[12] Nuestro error consistía en que siempre creíamos haber hallado al único hombre en la persona del que amábamos, aquel con el que creemos poder fundir nuestra propia alma y que está dispuesto a reconocernos plenamente como energía espiritual corporal. Pero las cosas siempre salían de otra manera, pues el hombre intentaba siempre imponernos su propio Yo y adaptarnos a él enteramente. Y es así como surgió en todas la constante e inevitable insurrección interior; el amor se convirtió en una cadena. Nos sentíamos esclavizadas y tratábamos de aflojar los lazos del amor. Y tras la lucha, eternamente repetida, con el hombre amado, nos separábamos y corríamos al encuentro de la libertad. Una vez más volvíamos a sentirnos solas, infelices, apartadas, pero libres… libres para et trabajo querido y elegido…

La juventud, la última generación no tendrá ya que emprender, felizmente, nuestra lucha estéril y totalmente innecesaria para la comunidad humana. Sus fuerzas y su energía laboral serán ahorradas con miras a su productividad. De este modo, los impedimentos se convertirán en acicates.

Es indispensable que cuente algo sobre mi propia vida privada. Mi niñez fue, juzgada desde una perspectiva exterior, muy dichosa. Mis padres pertenecían *a la antigua nobleza rusa*.[13] Yo era la única hija del segundo matrimonio de mi madre (mi madre era divorciada y yo nací ya fuera del segundo matrimonio, siendo luego adoptada). La menor, la más mimada y acariciada. Quizá por ello surgió en mí, a una edad muy temprana, un sentimiento de protesta contra todo lo que me rodeaba. Hacían demasiadas cosas para verme feliz y yo no tenía libertad de movimiento ni en mis juegos infantiles ni en mis deseos. Mas al mismo tiempo quería ser libre, quería desear por mí misma, ir formando yo misma mi pequeña vida. Mis padres eran personas adineradas. En casa no había lujos, pero nunca supe lo que significaba renunciar. Y sin embargo, veía cómo otros niños tenían que renunciar; a este respecto, los que más pena me daban eran los pequeños campesinos, por entonces mis compañeros de juego (vivíamos casi siempre en el campo, en la finca de mi abuelo, que era finlandés). Yo *criticaba*[14] ya

de pequeña la injusticia de los adultos, *pareciéndome* una contradicción *evidente*[15] el que a mí me ofrecieran todo y a los otros niños les fuesen negadas tantas cosas. Mi crítica se fue agudizando con los años, y creció el sentimiento de protesta contra las diversas maneras de vivir que veía en torno mío. Tempranamente adquirí clara conciencia de las injusticias sociales que imperaban en Rusia. Yo misma nunca fui enviada a la escuela, porque mis padres vivían constantemente preocupados por mi salud y no podían soportar la idea de que, como todos los demás niños, yo pasara algunas horas diarias alejada de casa. Tal vez mi madre sintiera también cierta aversión ante las influencias liberadoras con las que hubiera podido tomar contacto en el Colegio. Pues le parecía que mi *capacidad crítica se hallaba ya bastante desarrollada*.[16] Fue así como mi educación transcurrió en la casa paterna bajo la dirección de una profesora inteligente y experimentada, que estaba vinculada a las capas revolucionarias de Rusia. Con ella, la señora María Strachova, tengo una deuda de gratitud inmensa. Apenas cumplí dieciséis años (el año 1888), pasé mi examen de bachillerato[17] y, a partir de entonces, hube de llevar la vida de «una joven dama de sociedad». Si bien mi educación se desarrolló de manera especial y generó en mí más de un defecto (durante años fui tímida y muy torpe en la vida práctica), es preciso decir también que mis padres no fueron en absoluto personas reaccionarias. Por el contrario. Para su época eran incluso progresistas.[18] Pero frente al niño y a la joven conservaban sus rancias tradiciones. Mi primera lucha enconada contra estas tradiciones empezó en el campo del matrimonio. Estaba llamada a ser un «buen partido» y mi madre tenía intenciones de casarme a edad temprana. Mi hermana mayor había contraído matrimonio a los diecinueve años con un encopetado caballero de casi *setenta*[19] años. Yo me rebelé contra esta *«unión por conveniencias»* venal y racional, y sólo quería casarme por amor, movida *«por una gran pasión»*. Contra la voluntad de mis padres, muy joven aún, elegí a mi primo, un ingeniero joven y sin medios cuyo apellido, Kollontai, todavía llevo hoy día. Mi apellido de soltera era Domontovitsch. La felicidad de mi matrimonio duró apenas tres años. Tuve un hijo. Pero aunque yo misma eduqué a mi hijo con gran empeño, la maternidad no fue nunca el punto central de mi existencia. Un hijo no logró hacer indisolubles

los lazos de mi matrimonio. Yo seguía amando aún a mi esposo, pero la dichosa existencia de ama de casa y esposa se convirtió en una especie de «jaula». Mis simpatías, mis intereses se dirigían cada vez más al movimiento obrero revolucionario de Rusia. Leía mucho, estudiaba asiduamente todos los problemas sociales, asistía a conferencias y trabajaba en sociedades semilegales para la enseñanza popular. Eran los años del florecimiento del marxismo en Rusia (1893/96). Lenin no era por entonces más que un principiante en el campo literario y revolucionario. Yuri Plejanov era el espíritu dirigente de la época. La concepción materialista del mundo me resultaba familiar; desde mi primera juventud me sentí atraída por la escuela realista, era una entusiasta seguidora de Darwin y Boelsche. Una visita a la conocida fábrica textil de Krengolm, en la que trabajaban 12.000 obreros y obreras, decidió mi destino. No podía llevar una vida feliz y pacífica si el pueblo obrero era esclavizado en forma tan inhumana. Tenía que ingresar en dicho movimiento. Entonces surgieron diferencias con mi marido, quien interpretó mis inclinaciones como terquedad personal, como algo dirigido contra él. Abandoné a mi esposo e hijo y viajé a Zurich, a fin de estudiar economía política con el profesor Heinrich Herkner. Así comenzó mi vida consciente para los objetivos revolucionarios del movimiento obrero. Y cuando el año 1899 regresé a San Petersburgo —hoy Leningrado—, me afilié al partido socialdemócrata de Rusia, por entonces en la ilegalidad. Trabajé como escritora y propagandista. Una atracción muy especial ejercía sobre mí el destino de Finlandia, cuya independencia y relativa libertad veíanse amenazadas por la política reaccionaria del régimen zarista a fines de los años noventa. Tal vez fueran las impresiones que durante mi niñez recibí en la finca de mi abuelo, las que me atraían de manera tan especial hacia Finlandia. Pasé a tomar parte activa en el movimiento de liberación del país. De este modo, mi primer gran trabajo científico en el área de la economía política fue una amplia investigación sobre la vida y condiciones de trabajo del proletariado finlandés en relación con la industria. Este libro apareció el año 1903 en San Petersburgo. Por la misma época murieron mis padres, mi esposo y yo vivíamos separados hacía tiempo y sólo mi hijo se quedó conmigo. Entonces tuve la posibilidad de consagrarme por entero a mi objetivo: el movimiento revolucionario de

Rusia y el movimiento obrero de todo el mundo. Amor, matrimonio, familia: todos eran fenómenos subordinados y pasajeros. Estaban allí, y de hecho se han seguido infiltrando continuamente en mi vida; sin embargo, por grande que fuera el amor por mi esposo, en cuanto transgredía ciertas fronteras vinculadas con el espíritu de sacrificio femenino, el sentimiento de protesta volvía a estallar en mí. Tenía que irme, tenía que romper con el hombre de mi elección, de lo contrario (y era este un sentimiento inconsciente en mí) me hubiera expuesto al peligro de perder mi propio Yo. Asimismo es preciso decir que ninguno de los hombres que han estado a mi lado ha ejercido una influencia orientadora sobre mis inclinaciones, aspiraciones o concepción del mundo. Por el contrario, generalmente era yo la guía. Y mi concepción de la vida y mi línea política las formé a partir de la vida misma y de un trabajo ininterrumpido con los libros.

El año 1905, fecha en que estalló la llamada primera revolución en Rusia tras el célebre «Domingo sangriento», ya me había hecho un nombre en el campo de la literatura económica y social. Y en aquellos tiempos turbulentos, en los que todas las fuerzas fueron consumidas en aras de la rebelión, se puso de manifiesto que había alcanzado gran popularidad como oradora. Sin embargo, en esa época tomé *por primera vez conciencia de lo poco que nuestro partido se interesaba por el destino de las mujeres de la clase trabajadora y por la liberación de la mujer. Cierto que ya había en Rusia un movimiento femenino burgués bastante fuerte; pero mi concepción marxista del mundo me indicaba con absoluta claridad que*[20] la liberación de la mujer sólo podía ocurrir como resultado del triunfo de un orden social nuevo y un sistema económico distinto. Así, pues, intervine abiertamente en la lucha entre las defensoras de los derechos de la mujer *rusa*,[21] procurando con todas mis fuerzas que el movimiento obrero adoptara también el problema de la mujer como uno de los objetivos de lucha de su programa. Fue muy difícil ganar a mis *colegas del partido*[22] para esta idea. Me encontré totalmente aislada con mis ideas y pretensiones. No obstante, entre los años 1906 y 1908, logré convencer a un pequeño grupo de camaradas para mis planes. En 1906 escribí en la prensa ilegal un artículo en el que por primera vez planteaba la necesidad de organizar el movimiento obrero en Rusia mediante una labor partidista metódica. En el

otoño de 1907 abrimos el primer club de trabajadoras. Muchas de las integrantes de este Club, obreras a la sazón muy jóvenes, ocupan hoy puestos de responsabilidad en la nueva Rusia y en el partido comunista ruso (K. Nikolaieva, Marie Burko, etc.). Mi actividad *mancomunada con las trabajadoras,*[23] y en especial mis escritos políticos, uno de los cuales era un opúsculo sobre Finlandia y contenía una llamada a levantarse en armas contra la *Duma zarista*,[24] suscitaron un proceso contra mi persona que me hubiera significado varios años de prisión. Tuve que desaparecer inmediatamente y nunca más volví a ver mi casa. Mi hijo fue acogido por unos buenos amigos y mis pequeños enseres fueron liquidados. Quedé «al margen de la ley». Fue una época de penosos trabajos y fatigas.

El primer Congreso de mujeres de toda Rusia, que había sido convocado por las defensoras burguesas de los derechos femeninos, debía tener lugar en diciembre de 1908. La reacción había cobrado nuevas fuerzas por entonces y el movimiento obrero volvió a ser aplastado, tras la primera victoria, el año 1905. Muchos camaradas del partido fueron encarcelados, otros huyeron al extranjero. Una vez más estalló la lucha candente entre las dos facciones del partido obrero ruso: los bolcheviques y los mencheviques. *En el año 1908 pertenecía yo a los mencheviques, porque la postura de los bolcheviques frente a la Duma, un seudoparlamento convocado por el zar para calmar los espíritus insurrectos de la época, me obligaba a ello. Con los mencheviques defendí la tesis de que incluso un seudoparlamento debía ser utilizado como tribuna para nuestro partido y las elecciones de la Duma deberían emplearse como instrumento de unificación de la clase trabajadora. Sin embargo, difería de los mencheviques en lo tocante a la coordinación de las fuerzas trabajadoras con las liberales para acelerar el derrocamiento del absolutismo. En este punto pertenecía yo realmente a la izquierda radical y hasta fui calificada de «sindicalista» por mis camaradas de partido.*[25] Mi posición frente a la Duma me llevó, como es lógico, a considerar inútil el aprovechamiento del primer congreso de mujeres burguesas para los fines de nuestro partido. No obstante, procuré que aquellas de *nuestras*[26] trabajadoras que debían participar en este Congreso, se presentasen como grupos separados e independientes. No sin resistencias logré llevar a cabo este proyecto. Mis camaradas de partido,[27]

nos inculparon, a mí y a mis correligionarias, de ser «feministas» y conceder excesiva importancia a nuestros asuntos de mujeres. En aquella época aún no sabían valorar *en absoluto*[28] el extraordinario papel que les correspondía a las trabajadoras, a las mujeres económicamente independientes, en la lucha política. Sea como fuere, acabamos por imponer nuestra voluntad. Un grupo de trabajadoras se presentó en el Congreso de San Petersburgo con un programa propio y trazó una clara línea divisoria entre las defensoras de los derechos de la mujer burguesa y el movimiento de liberación de las mujeres de la clase trabajadora en Rusia. Sin embargo, yo tuve que huir antes de la clausura del Congreso, pues la policía había dado con mi pista. Logré cruzar la frontera y llegar a Alemania, iniciándose así, en diciembre de 1908 un nuevo período de mi vida: la emigración política.

Los años de la emigración política

Como refugiada política viví a partir de entonces en Europa y en América hasta la caída del zarismo, en el año 1917. En cuanto llegué a Alemania después de mi huida, me afilié al partido socialdemócrata alemán; en él tenía muchos amigos personales[29] entre los que cuento, de manera especial, a Karl Liebknecht, Rosa Luxemburg y Karl Kautsky. Clara Zetkin también influyó notablemente en mis *gestiones*[30] para el establecimiento de los postulados fundamentales del movimiento de trabajadoras en Rusia. En 1907 había participado ya como delegada de Rusia en la primera Conferencia internacional de mujeres socialistas, celebrada en Stuttgart. La sesión se llevó a cabo bajo la presidencia de Clara Zetkin y contribuyó muchísimo al desarrollo del movimiento de trabajadoras en el sentido del marxismo. Yo, como escritora especializada en asuntos sociales y políticos, me puse a disposición de la prensa del partido, aunque también como oradora fui sumamente solicitada por el partido alemán, y trabajé como propagandista del mismo desde el Palatinado hasta Sajonia, desde Bremen hasta la parte sur de Alemania. Sin embargo, no *ocupé*[31] ningún cargo directivo ni en el partido ruso ni en el alemán. Mirándolo bien, yo era

fundamentalmente una «oradora popular» y una escritora política de renombre. En el partido ruso —*y ahora puedo confesarlo abiertamente*—[32] me mantuve intencionadamente a cierta distancia del centro director, cosa que en gran parte se debe a que no estaba del todo conforme con la política de *mis camaradas*.[33] *Sin embargo, no quería o quizás no podía pasarme al campo bolchevique, ya que por entonces me pareció que no ponían suficiente empeño en el desarrollo del movimiento obrero «en amplitud y en profundidad». Por ello trabajaba por mi propia cuenta, casi podría parecer que en un segundo plano y sin aspirar a ningún cargo directivo.*[34] Creo conveniente añadir aquí que, si bien poseía cierta ambición como todo ser humano activo, nunca me he visto impulsada por el deseo de obtener «un puesto». Siempre me ha parecido menos valioso «lo que soy» que «lo que puedo», lo que estoy en condiciones de realizar. En este plano desenvolvíase también mi ambición, que se hacía notar especialmente allí donde luchaba *con toda mi alma y todo mi corazón*[35] y era preciso contrarrestar la esclavización de las mujeres trabajadoras. Me había impuesto ante todo la tarea de ganar a las obreras en Rusia para la causa del socialismo y, al mismo tiempo, trabajar por la liberación de la mujer,[36] por su igualdad de derechos. Poco antes de mi huida de Rusia apareció mi libro. *El fundamento social del problema femenino*, una polémica con las defensoras de los derechos de la mujer burguesa, pero al mismo tiempo una exhortación al partido para que ayudase, a cristalizar el movimiento de trabajadoras en Rusia. El libro tuvo éxito. Por entonces escribía en la prensa legal y en la ilegal e intentaba, mediante el intercambio epistolar, influir en los camaradas del partido y sobre las propias trabajadoras, *exigiéndole siempre al partido que interviniera*[37] a favor de la liberación de la mujer. Esta tarea no me resultaba siempre fácil: en mi camino surgían constantemente, como una traba, mucha resistencia pasiva, poca comprensión y un interés aún menor por este objetivo. Sólo en el año 1914, poco antes del estallido de la Guerra Mundial, empezaron ambas facciones— los mencheviques y los bolcheviques— a considerar el problema de manera seria y práctica, hecho que incidió en mí casi como un elogio personal. Dos revistas de obreras fueron fundadas en Rusia y se celebró el día internacional de las trabajadoras el 8 de marzo de 1914. Pero

yo seguía viviendo en el exilio y sólo podía colaborar desde lejos con el tan querido movimiento de obreras de mi patria. Incluso a distancia, guardaba estrecha vinculación con las trabajadoras de Rusia y *ya unos años antes* había sido designada representante oficial del sindicato textil y de costureras en la segunda conferencia internacional de las mujeres socialistas (1910) así como también en el Congreso socialista internacional extraordinario de Basilea, en 1912. Más tarde, cuando presentaron en el seudoparlamento ruso (la Duma) un proyecto de ley sobre seguridad social, la fracción socialdemócrata de la Duma (el ala menchevique) me encargó elaborar un proyecto de ley sobre protección de la maternidad. No era la primera vez que dicha fracción había utilizado mis servicios para efectuar un trabajo legislativo. Ya antes de partir a mi exilio forzoso fui consultada, en calidad de profesional, sobre el tratamiento que debía darse al problema de Finlandia en la Duma imperial.

La tarea que había recibido —estructurar un proyecto de ley en el campo de la protección a la maternidad— me indujo a estudiar a fondo este problema especial. La Liga para la protección de la maternidad y la extraordinaria labor de la doctora Helene Stockers me proporcionaron valiosos estímulos; sin embargo, estudié el problema también en Inglaterra, Francia y los países escandinavos. Como resultado de estas investigaciones apareció mi libro *Maternidad y sociedad*, un amplio estudio de 600 páginas sobre la protección de la maternidad y las legislaciones pertinentes en Europa y Australia. Las disposiciones y reivindicaciones básicas en este campo, resumidas por mí al final de mi libro, fueron atendidas posteriormente, el año 1917, en la primera legislación sobre seguridad social promulgada por el Gobierno soviético.

Los años de la emigración política fueron para mí años agitados y *llenos de actividad*.[38] Viajaba de país en país como oradora del partido. En 1911 participé en la huelga de las amas de casa, «la grève des menagères», dirigida contra la carestía en París. En 1912 colaboré, en Bélgica, en la preparación de la huelga de los mineros de Borinage, y aquel mismo año, la Liga juvenil socialista de Suecia, de orientación izquierdista, me envió a reforzar las tendencias antimilitaristas del Partido.[39] Algunos años antes, *y esto es algo que conviene recuperar*,[40] combatí en las filas del British-

Socialist Party, al lado de Dora Montefiore y Frau Koeltsch, contra las sufragistas inglesas y por la consolidación del movimiento de trabajadoras obreras socialistas, a la sazón todavía joven. En 1913 me encontraba de nuevo en Inglaterra. Esta vez para tomar parte activa en las protestas contra el conocido «Proceso Beilis», auspiciado en Rusia por los antisemitas, y en la primavera del mismo año, el ala izquierda de la Socialdemocracia suiza me invitó a trasladarme a Suiza. Estos fueron, de hecho, años agitados en los que desarrollé las actividades más diversas. Sin embargo, mis camaradas de partido rusos utilizaron también mis servicios como delegada en los Congresos de los partidos y sindicatos socialistas. *Fue así como, con la ayuda de Karl Liebknecht, organicé en Alemania una acción a favor de los miembros socialistas de la Duma que habían sido deportados*.[41] En el curso del año 1911 me llegó una invitación de la Escuela rusa del partido en Bologna, donde pronuncié una serie de conferencias. El actual Comisario del pueblo para la Instrucción Pública en la Rusia soviética, A. Lunatcharski, Maxim Gorki, así como el conocido filósofo y economista ruso A. Bogdanov, fueron los fundadores de esta Escuela del partido y, casi en la misma época que yo, Trotski pronunció allí algunas conferencias. También el actual Ministro soviético de Asuntos Exteriores, G. Tschitscherin, que por entonces trabajaba como secretario de una Oficina de ayuda a refugiados políticos, me invitó repetidas veces a pronunciar conferencias sobre los problemas culturales más diversos de la vida rusa, a fin de aumentar así las exiguas existencias de la Caja de socorro. Por encargo suyo recorrí toda Europa, aunque establecí mi centro de operaciones en Berlín. Me sentía bien en Alemania y siempre he apreciado mucho las condiciones favorables que allí se dan para el trabajo científico. Pero no podía hablar en Prusia; por el contrario, había que guardar el máximo silencio posible para no ser expulsado por la policía prusiana.

Entonces estalló la Guerra Mundial y mi vida volvió a tomar un nuevo rumbo. *Pero antes de hablar sobre este importante periodo de mi existencia espiritual, quisiera decir algunas palabras sobre mi vida personal Cabe preguntarse si en medio de todas las tensiones y diversidad de los trabajos y tareas del partido aún podía yo encontrar tiempo para experiencias de tipo intimo, para las penas y alegrías del amor. ¡Lamentablemente si! Y*

digo lamentablemente porque estas experiencias conllevaban por lo general demasiadas preocupaciones, desilusiones y pesares, y porque en ellas se consumían inútilmente demasiadas energías. No obstante, el deseo de ser comprendida por un ser humano hasta el ángulo más profundo y secreto de la propia alma, de ser reconocida por él como un ser humano con ambiciones, acababa por dar siempre la pauta. Y una vez más seguía, con excesiva celeridad, la desilusión, pues el amigo sólo veía en primer término lo femenino, que él intentaba convertir en dócil caja de resonancia de su propio yo. Tarde o temprano, pues, llegaba la hora en que, con dolor de mi corazón pero con una voluntad inquebrantable, tenía que deponer la cadena de la vida en común. Luego volvía a estar sola. Pero cuanto mayores exigencias me planteaba la vida, cuanto mayor era la responsabilidad en el trabajo, mayor se hacia también el deseo de sentir amor, calor y comprensión a mi alrededor. Y más fácilmente empezaba la vieja historia de la desilusión amorosa, la vieja historia de la Titania del «Sueño de una noche de verano».[42]

Cuando estalló la guerra me encontraba en Alemania. Mi hijo estaba conmigo. Ambos fuimos detenidos porque mis documentos no estaban en regla. Sin embargo, al efectuar el registro de la casa la policía encontró una orden del partido socialdemócrata ruso por la que me nombraba delegada al Congreso mundial de socialistas. Y al punto los señores de la Alexanderplatz adoptaron una actitud de extrema amabilidad: pensaban que una socialdemócrata no podía simpatizar con el zar y, por consiguiente, tampoco era enemiga de Alemania. *Tenía razón*.[43] En efecto, yo no era enemiga de Alemania y menos aún una patriota rusa. La guerra me parecía una monstruosidad, una locura, un crimen y, obedeciendo más a mis impulsos que a mi raciocinio, no la reconocí desde el primer instante *y hasta la actualidad*[44] nunca he logrado reconciliarme con ella. El fervor de los sentimientos patrióticos me ha sido siempre extraño y, por el contrario, sentía un constante rechazo por todo lo que fuera patriotismo acentuado. Entre mis propios camaradas de partido rusos, que también vivían en Alemania, no hallé comprensión alguna para mi postura «antipatriótica». Tan sólo Karl Liebknecht, su esposa, Sofía Liebknecht y otros pocos camaradas de partido alemanes sostenían mi mismo punto de vista y

consideraban, como yo, que el deber de un socialista era combatir la guerra. De casualidad asistí el 4 de agosto a la votación del presupuesto de guerra en el «Reichstag». La derrota del partido socialista alemán me pareció una calamidad sin paralelo. Me sentía totalmente sola y no hallaba consuelo sino en la compañía de los dos Liebknecht.

Con la ayuda de algunos camaradas de partido alemanes logramos, yo y mi hijo, abandonar Alemania en el otoño de 1914 y trasladarnos a Escandinavia. No abandoné Alemania porque hubiera percibido algún signo de frialdad frente a mi persona, sino porque al carecer allí de un auténtico «radio de acción, hubiera tenido que permanecer inactiva. Pero yo ardía en deseos de iniciar la lucha contra la guerra. Llegada al suelo neutral de Suecia, comencé inmediatamente mis actividades antibélicas y a favor de la solidaridad internacional de la clase trabajadora del mundo. Un llamado a las mujeres obreras siguió, ilegalmente, su curso hacia Rusia y muchos otros países. En Suecia escribí y pronuncié discursos contra la guerra. Hablé en manifestaciones públicas que, en su mayoría, habían sido convocadas por *los mundialmente conocidos*[45] líderes suecos de izquierda Zeta Hoglund y Frederic Strön. En ellos encontré un eco perfecto a mis *ideas y*[46] sentimientos y nos unimos en el trabajo mancomunado por el triunfo del internacionalismo contra la alienación bélica. Sólo más tarde supe qué postura habían adoptado las cabezas dirigentes del partido ruso frente a la guerra. Cuando por fin nos llegaron noticias a través de París y de Suiza vivimos un día de dicha inefable: tuvimos la certeza de que tanto Trotski como Lenin, si bien pertenecían a diversas facciones del partido, se habían levantado en lucha contra el patriotismo social. Así no me sentía ya más «aislada». En el partido se procedió a una reagrupación: los internacionalistas y los «socialpatriotas». *En París se fundó asimismo un periódico del partido.*[47] Sin embargo, en medio del ajetreo laboral fui detenida por las autoridades suecas y llevada a la prisión de Kungsholm. Y lo peor de esta detención era que me habían dado en custodia los documentos de identidad de un buen amigo y camarada de partido, Alexander Schliapnikov, que también había pasado de Rusia a Suecia ilegalmente. Bajo la mirada de los policías logré ocultar esos documentos bajo mi blusa y hacerlos desaparecer. De la prisión de Kungsholm fui

deportada luego a la cárcel de Malmó y, más tarde, expulsada a Dinamarca. Hasta donde he podido saber, yo fui la primera socialista de Europa en ser encarcelada por realizar propaganda antibélica. En Dinamarca *proseguí mi trabajo, aunque con mucha mayor cautela. No obstante*,[48] la policía danesa no me dejaba en paz. Los socialdemócratas daneses tampoco eran favorables a los internacionalistas. En febrero de 1915 me trasladé a Noruega, donde junto con Alexander Schliapnikov serví de enlace entre Suiza, lugar de residencia de Lenin y del Comité central[49], y Rusia. Con los socialistas noruegos teníamos plenos contactos. El 8 de marzo del mismo año intenté organizar en Cristianía (hoy Oslo) una manifestación internacional de obreras contra la guerra, pero no acudieron las representantes de los países beligerantes.

Era la época en que se estaba gestando la ruptura decisiva en el seno de la Socialdemocracia, pues los socialistas de tendencia patriótica no podían hacer causa común con los internacionalistas. Y como los bolcheviques eran los que más consecuentemente combatían el Social patriotismo, en junio de 1915 me afilié oficialmente a los bolcheviques y *entablé una animada correspondencia con Lenin. (Las cartas que Lenin me dirigiera han aparecido recientemente en Rusia)*[50].

Nuevamente empecé a escribir mucho, esta vez para la prensa de tendencia internacional de los países más distintos: Inglaterra, Noruega, Suecia, Estados Unidos y Rusia. Por entonces apareció también un opúsculo mantenido conscientemente por mí a un nivel muy popular. *«¿A quién aprovecha la guerra?»*, que fue distribuido en innumerables ediciones, *en millares de ejemplares*,[51] y traducido a diversos idiomas, el alemán entre ellos. Mientras durase la guerra, el problema de la liberación de la mujer tenía que pasar, lógicamente, a un segundo plano, pues mi única preocupación, mi máximo objetivo era combatir la guerra y convocar una nueva Internacional obrera. En el otoño de 1915, el Grupo alemán del partido socialista americano me invitó a viajar a los Estados Unidos para pronunciar conferencias en la línea de Zimmerwald (una liga de los socialistas de tendencia internacional). Yo estaba dispuesta a atravesar el océano inmediatamente para cumplir dicho objetivo, aunque mis amigos me aconsejaban que abandonase decididamente ese proyecto. Todos se hallaban

preocupadísimos por mí, pues la travesía habíase tornado muy insegura debido a la guerra submarina. Pero la idea me atraía demasiado. Mi tournée propagandística en América duró cinco meses, *durante los cuales visité ochenta y una ciudades de los Estados Unidos y pronuncié discursos en alemán, francés y ruso.*[52] El trabajo era terriblemente agotador, *pero igualmente fructífero, y tuve la plena certeza de haber reforzado la ideología internacionalista en los partidos americanos. 'También allí, al otro lado del océano, había mucha oposición y surgían acaloradas discusiones. Pero la policía no me importunaba*.[53] Los periódicos me tachaban alternativamente de espía del Kaiser alemán o de agente de la «Entente». En la primavera de 1916 regresé a Noruega. Amo a Noruega con sus incomparables fiordos y sus extraordinarias montañas, con su pueblo valiente, talentoso y trabajador. Por entonces vivía en el conocido Holmenkollen en las proximidades de Oslo y seguía trabajando por la cohesión de las fuerzas de los internacionalistas y contra la Guerra Mundial. *Yo compartía la opinión de Lenin, según la cual la guerra sólo podría ser vencida mediante la revolución, mediante la insurrección de los obreros. Yo me sentía muy unida a Lenin y tan cerca de él como muchos otros de sus correligionarios y amigos*.[54] Mi permanencia en Noruega tampoco fue larga, pues, a los pocos meses, ya tuve que emprender un segundo viaje a América, donde permanecí hasta poco antes del estallido de la revolución rusa. *La situación en América había cambiado para mi, pues, en el ínterin, habían llegado acá muchos camaradas rusos, entre los que estaba también Trotski. Se trabajaba afanosamente para la nueva Internacional de los trabajadores; pero, la intervención de América en la guerra hizo más difícil nuestro trabajo*.[55]

Cuando el pueblo ruso se levantó contra el absolutismo y derrocó al zar, yo me encontraba, desde hacía algunas semanas, en Noruega. Entre todos nuestros correligionarios reinaba un ambiente de fiesta. Sin embargo, yo no me hacía ilusiones porque sabía que el derrocamiento del zar sólo sería el comienzo de importantes acontecimientos y terribles luchas sociales *y por esta razón me apresuré*[56] a volver a Rusia en marzo de 1917. Yo fui una de las primeras refugiadas políticas *que*[57] regresó a la patria liberada. Tenía que pasar por la frontera sueco-finlandesa, por la pequeña zona

fronteriza de Torno, situada al Norte, donde el invierno era aún muy crudo. Un trineo me transportó por el río que marcaba la frontera. En el sector ruso había un soldado en cuyo pecho ondeaba una especie de corbata de color rojo fosforescente: «¡Sus documentos, ciudadana!» «No los tengo, soy una refugiada política.» «¿Su nombre?» Yo me identifiqué. Vino un joven oficial al que se había ido a buscar y que también llevaba en el pecho una corbata de color rojo fosforescente. Tenía una expresión sonriente. Naturalmente yo estaba en la lista de refugiados políticos que, por orden del Consejo de trabajadores y soldados, podían entrar libremente. El joven oficial me ayudó a bajar del trineo y me besó la mano casi con veneración. (Ya me encontraba en el suelo republicano de la Rusia liberada! ¿Era posible? Este fue uno de los momentos más felices de *toda*[58] mi vida. Cuatro meses después, por orden del gobierno de Kerenski (gobierno provisional), el mismo joven y amable oficial me detendría como bolchevique peligrosa en la misma frontera de Tornó… Son ironías de la vida.

Los años de la Revolución

¿Tan grande fue la abundancia de sucesivos acontecimientos para no saber hoy qué debo describir y qué debo subrayar, qué he deseado y qué he logrado? Pero, ¿bastaba entonces con la existencia de una voluntad puramente individual? ¿No era sólo la omnipotente tormenta de la Revolución, el deseo de la masa activa y ahora despierta lo que justificaba nuestro anhelo y nuestra acción? ¿Existía un solo hombre que se sintiera inclinado al deseo de lo universal? Sólo existían masas humanas, unidas por una voluntad dividida, que no tomaba partido ni en pro ni en contra del poder de los Soviets. Mirando atrás, sólo se recuerda un trabajo de masas, luchas y acción. A decir verdad no había ningún auténtico héroe o dirigente. Era el pueblo trabajador el que con uniforme de soldado, o de civil, dominaba la situación y el que grabó profundamente su voluntad en la historia del país y de la humanidad. ¡Un verano sofocante, un verano decisivo para el movimiento revolucionario fue el del año 1917! Al

principio, la revolución social sólo se desencadenó en el campo, y los campesinos incendiaron las casas de los nobles. En las grandes ciudades la lucha se desencadenó entre los representantes de la Rusia republicana burguesa y los anhelos socialistas de los bolcheviques…

Como dije antes, yo era bolchevique y así, desde el primer momento, me encontré con una enorme cantidad de trabajo que necesitaba de mi colaboración. Nuevamente había que trabajar por el poder de los Consejos Obreros, de los Soviets, contra la guerra y la unidad con la burguesía liberal. Como consecuencia de esto último los periódicos burgueses me calificaron de «bolchevique loca». *Pero esto no me molestó en absoluto. Tenía un gran campo de acción por delante y mis partidarios, trabajadores fabriles y mujeres de soldados} se contaban por miles*.[59] En esos días, al mismo tiempo que era muy popular, *sobre todo como oradora*,[60] era odiada y atacada cruelmente por la prensa burguesa. Pero, por suerte, estaba tan sobrecargada de trabajo que apenas encontraba tiempo para leer los ataques y las calumnias que se escribían contra mi. El odio contra mi persona creció de tal manera[61] que se llegó a decir que yo estaba pagada por el Kaiser alemán para debilitar el frente ruso*

Por ese tiempo, una de las cuestiones más palpitantes era la carestía y la falta, cada vez mayor, de los productos de primera necesidad. Este estado de cosas se hacía insoportable para las mujeres de las clases pobres. *No obstante, esa situación creaba en el Partido las condiciones favorables para el «trabajó con las mujeres», de forma que pronto estuvimos en condiciones de realizar una labor provechosa*.[62] En mayo de 1917, apareció un semanario llamado «Las Trabajadoras». *Yo redacté para las mujeres una proclama en contra de la carestía y de la guerra*.[63] La primera concentración popular,[64] de las muchas que se celebraron, tuvo lugar en Rusta bajo d gobierno provisional y fue organizada por nosotros, los bolcheviques. Kerenski y sus ministros no disimulaban su odio contra mí, la «Instigadora del espíritu del desorden» en el seno del ejército. Pero lo que desencadenó una verdadera tormenta de indignación por parte de los denominados «círculos patrióticos» fue un artículo que publiqué en «Pravda», en el que defendía a los soldados alemanes. *Cuando, en abril, Lenin pronunció su famoso discurso programático en el seno del Soviet, yo*

fui la única de sus camaradas que, con el objeto de apoyarle, tomó la palabra ¡Cuánto odio me gané con esta intervención![65] Con frecuencia tenía que saltar del tranvía antes de que la gente me reconociera, pues me había convertido en el tema de actualidad, y no pocas veces, fui testigo de las más increíbles injurias y mentiras contra mí. *Quiero dar un pequeño ejemplo que demostrará de qué manera se actuaba entonces contra mi. Los periódicos, que observaban hacia mi una actitud hostil, escribieron sobre ¿os «vestidos de la Kollontai», lo que, en particular, era objeto de risa porque mi maleta se había perdido cuando viajaba a Rusia y esto me obligaba a llevar siempre puesto mi único y gastado vestido. Incluso, existía una tonadilla callejera, en la que se aludía burlonamente a Lenin y a mí*.[66] No era poco frecuente que me viera amenazada por la muchedumbre irritada, y sólo la valerosa intervención de mis amigos y camaradas me protegió de lo peor. Como siempre, me preocupaba poco del odio de que era objeto, porque, como compensación, tenía un gran número de amigos entusiastas; marinos, trabajadores y soldados, *que eran completamente solidarios conmigo*[67] El número de *nuestros partidarios*[68] crecía de día en día. En abril pasé a ser miembro del ejecutivo del Soviet, que era, de hecho, el órgano político dirigente en ese momento y al que, desde el principio y durante mucho tiempo, pertenecería como única mujer. En mayo de 1917 tomé parte activa en la huelga de trabajadoras de las lavanderías, que exigían la «colectivización» de todas las lavanderías. La lucha duró seis semanas. Sin embargo, la principal exigencia de las trabajadoras no fue atendida por el gobierno de Kerenski.

A finales de junio el Partido me delegó para asistir en Estocolmo a un consejo internacional, que se interrumpió al llegarnos las noticias del levantamiento en Petrogrado contra el gobierno provisional y de la represión que éste estaba llevando a cabo contra los bolcheviques. Muchos de nuestros camaradas dirigentes ya estaban arrestados, otros, entre ellos Lenin, habían logrado escapar y esconderse. Los bolcheviques fueron acusados de alta traición y tachados de espías del Kaiser alemán. El levantamiento estaba paralizado y el gobierno de coalición embestía contra todos aquellos que mostraban simpatías hacia los bolcheviques. Yo decidí volver inmediatamente a Rusia, a pesar de que mis amigos y *camaradas*[69]

consideraban que era muy arriesgado. Querían que aguardara en Suecia el transcurso de los acontecimientos. Por buenas que fueran todas estas advertencias *y por muy correctas que después me parecieran a mi también*,[70] no podía aceptarlas: Tenía que volver. Me parecía una cobardía aprovecharme del privilegio de quedar totalmente libre de las persecuciones del gobierno provisional, cuando un gran número de mis correligionarios estaba en la cárcel. *Más tarde, me di cuenta de que, quizá, hubiera podido ser más útil a nuestra causa desde Suecia, pero en aquellos momentos estaba influenciada por los acontecimientos*.[71] En la frontera de Tornö fui detenida por orden del gobierno de Kerenski y, acusada de espía, fui tratada brutalmente… La detención misma se hizo de una forma verdaderamente teatral: en el momento de la revisión de los pasaportes se me rogó ir a la Comandancia. Yo comprendí lo que significaba esto. En un gran recinto había un grupo de soldados apiñados y también un par de oficiales, uno de los cuales era el joven amable que, hacía cuatro meses, me había recibido muy *afablemente. Un profundo*[72] *silencio reinaba en la habitación*. La expresión del primer oficial, el príncipe B., reflejaba un gran nerviosismo. Yo esperaba con calma los acontecimientos que vendrían. «Está usted detenida», me dijo el príncipe B. «¿Ah, sí? ¿Ha triunfado la contrarrevolución? ¿Tenemos de nuevo una monarquía?)) «No», fue su brusca respuesta. «Queda usted detenida por orden del gobierno provisional.» «Lo esperaba. Por favor, haga recoger mi bolso de viaje, no quiero que se pierda.» «Naturalmente que sí. Alférez, la maleta.» Vi suspirar a los oficiales y a los soldados abandonar la habitación con gesto de descontento. Más tarde, llegué a saber que los soldados se habían opuesto a mi detención y que habían exigido estar presentes en el momento de efectuarse la misma. Pero los oficiales temían que yo me pudiera dirigir a los soldados con un discurso. «Entonces hubiéramos estado perdidos», me dijo después uno de aquéllos.

En la cárcel de Petrogrado, completamente aislada, tuve, como otros bolcheviques, que esperar el curso de la investigación. Sin embargo, mientras el gobierno actuaba contra los bolcheviques de la manera más inaudita, más crecía la influencia de éstos. El avance del general blanco, Kornilov, contra Petrogrado radicalizó a los elementos de la Revolución. El

pueblo exigía la libertad de los bolcheviques. Kerenski no quería mi libertad y no fue sino por orden del Soviet que salí de la cárcel mediante el pago de una fianza. Sin embargo, ya al día siguiente, una orden de Kerenski me condenaba al arresto domiciliario. Obtuve mi completa libertad de movimiento un mes antes de la batalla decisiva, de la Revolución de Octubre de 1917. Otra vez el trabajo era inmenso. Ahora debían establecerse las bases para un movimiento planificado de las trabajadoras. La primera conferencia de trabajadoras debía ser convocada. Ésta se celebró.

Entonces yo era miembro del más alto órgano del Partido, del Comité Central, *y voté a favor de la política del levantamiento armado*[73]. También pertenecía a diversas delegaciones del Partido en los congresos decisorios y en las instituciones del Estado (el Preparlamento, el Congreso Democrático, etc.). Luego vinieron los días importantes de la Revolución de Octubre. El histórico Smolny. Las noches sin dormir y las continuas reuniones. Y finalmente la conmovedora proclama: «Los Soviets toman el poder.» «Los Soviets dirigen un llamamiento a los pueblos del mundo para poner fin a la guerra.» «El campo queda socializado y bajo el poder de los campesinos.»

El Gobierno de los Soviets fue constituido. Yo fui nombrada Comisaria del pueblo de previsión social. Era la única mujer en el Gabinete y la primera en la Historia que había llegado a ser aceptada como miembro de un Gobierno. Cuando se recuerdan los primeros meses del Gobierno de los Trabajadores, meses que fueron tan ricos en *hermosas ilusiones*.[74] en proyectos, en tan importantes iniciativas para mejorar la vida, para organizar de nuevo el mundo, entonces una preferiría escribir sobre todas las otras cosas y no sólo sobre sí misma. Ocupé el puesto de ministro de previsión social desde octubre de 1917 hasta marzo de 1918. Los funcionarios del Ministerio me recibieron con hostilidad. La mayor parte de ellos nos saboteaban abiertamente y no acudían al trabajo. Pero precisamente este Ministerio era, por su naturaleza, extraordinariamente complicado y no podía interrumpir su trabajo, ya que se ocupaba de prestar todo tipo de asistencia a los inválidos de guerra, lo que significaba tener que atender a cientos de miles de soldados y oficiales mutilados. También se ocupaba de la caja de pensiones, de los asilos de ancianos, de los orfanatos,

de los hospitales para pobres, de los talleres para la fabricación de prótesis, de la administración de las fábricas de naipes (la fabricación de naipes era monopolio del Estado), *de la enseñanza*[75] y de las clínicas de ginecología. Incluso un gran número de centros dedicados a la educación de chicas estaba bajo la dirección de este ministerio. Uno se puede imaginar fácilmente los enormes esfuerzos que estas tareas exigían de nuestro pequeño grupo, novato, además, en las funciones administrativas del Estado. Sabiendo perfectamente las dificultades que tal situación comportaba, *formé*[76] rápidamente una comisión de ayuda, en la que, junto a los trabajadores y modestos funcionarios del Ministerio, estaban representados médicos, juristas y pedagogos. ¡Con qué abnegación y energía soportaban los modestos empleados el peso de esta difícil tarea, que no sólo consistía en llevar adelante el trabajo del Ministerio, sino también en hacer mejoras y reformas! Otros elementos, con renovadas fuerzas, reemplazaron a los funcionarios saboteadores del antiguo régimen. En las salas del que antes fuera un Ministerio muy conservador, soplaban vientos llenos de vida. ¡Días de trabajo! Por las noches, aquellas reuniones del Consejo de los comisarios del pueblo bajo la presidencia de Lenin. O la habitación pequeña y modesta y sólo un secretario que anotaba las resoluciones que cambiaron tan profundamente la vida de Rusia. Lo primero que hice, una vez nombrada comisario del pueblo, fue pagar una indemnización a un humilde campesino por la requisa de su caballo. A decir verdad, este asunto no era competencia de mi departamento, pero el hombre estaba resuelto a cobrar la indemnización por su caballo. Viajó a la capital desde un recóndito pueblo y llamó pacientemente a todas las puertas del Ministerio. ¡Pero siempre sin resultado! Por esta fecha estalló la revolución bolchevique. El hombre había oído que los bolcheviques defendían los intereses de los campesinos y trabajadores. Por consiguiente, se dirigió a Smolny a ver a Lenin, que tuvo que hacerse cargo de la indemnización. Yo no sé como se desarrolló la conversación entre aquel campesino y Lenin; pero el resultado fue que el hombre se dirigió a mí con una nota, procedente de la agenda de Lenin, en la que se me rogaba solucionar el asunto de alguna manera, ya que mi Comisaría del Pueblo era, en aquel momento, la que contaba con más medios económicos. Naturalmente aquel modesto

campesino recibió su indemnización. *Mi tarea principal como comisaria del pueblo consistía en lo siguiente*:[77] en mejorar, por medio de un decreto, la situación de los inválidos de guerra; en suprimir la enseñanza de la religión en los colegios de chicas que dependían del Ministerio (esto se realizó antes de la separación total entre la Iglesia y el Estado) y trasladar a los curas a actividades civiles; en implantar el derecho a que las alumnas se administraran por sí mismas en sus respectivos colegios; en transformar los antiguos orfanatos en residencias estatales para niños *(No tenía que existir ninguna diferencia entre los niños huérfanos y los que aún tenían padre y madre)*;[78] en crear los primeros alojamientos para pobres y niños vagabundos; y, sobre todo, en organizar un comité compuesto *exclusivamente*[79] por médicos para elaborar un sistema de sanatorios gratuito para todo el país.

Pero el trabajo más importante de nuestra Comisaría del Pueblo fue, a mi modo de ver, la constitución legal de una central para la protección de la maternidad y del recién nacido. El correspondiente proyecto de ley fue firmado por mí en enero de 1918. Mediante un segundo decreto transformé todas las maternidades en residencias gratuitas para atender a la madre y al recién nacido creando, de esta manera, las bases para una protección de la maternidad completamente estatal. El doctor Korolef me ayudó mucho en este trabajo. También proyectamos un «Palacio de protección de la maternidad», una residencia modelo, en la que debían impartirse cursos para madres y debían crearse, *entre otras cosas*,[80] instalaciones modelo para el cuidado de los recién nacidos. Ya estábamos arreglando para este proyecto el edificio de un internado, en el que anteriormente se educaban las chicas de la nobleza y que todavía estaba dirigido por una condesa, cuando el fuego destruyó nuestro trabajo apenas iniciado. ¿Fue provocado el incendio intencionadamente?… Durante la noche me sacaron de la cama. Corrí al lugar del incendio; la hermosa sala de exposición estaba destruida y el resto de las habitaciones del edificio habían quedado inservibles. Únicamente en la puerta de entrada colgaba aún el gran letrero «Palacio de protección de la maternidad»…

Mis esfuerzos para socializar la protección de la maternidad y los recién nacidos fueron motivo de nuevos y disparatados ataques contra mí. Se

contaron toda clase de mentiras sobre la «nacionalización de las mujeres», sobre mis proyectos de ley que prescribían a las niñas de 12 años convertirse en madres, etc. Las sectas del antiguo régimen se encolerizaron, sobre todo, cuando *yo, por iniciativa propia (El Gabinete me censuró después a causa de esto) convertí*[81] el conocido claustro de Alexander Nevski en una residencia para inválidos de guerra. Los monjes opusieron resistencia de forma que se llegó a una pelea armas en mano. *Otra vez la prensa armó un gran alboroto contra mí*[82] La Iglesia organizó manifestaciones *contra mi acción*[83] y me acusó de «hereje»…

Recibí numerosas cartas de amenaza, pero nunca recurrí a la protección militar; iba siempre sola y desarmada y no pensaba en absoluto que pudiera correr algún peligro. Otras cosas mucho más importantes eran las que ocupaban mi atención.[84] En febrero de 1918 fue comisionada a Suecia la primera delegación oficial del Soviet *para tratar di versos asuntos sobre economía nacional y política*.[85] Como comisario del pueblo yo estaba a la cabeza de esta delegación. Pero nuestro barco naufragó de camino a Suecia y logramos ponernos a salvo en las islas Aland, que pertenecían a Finlandia. Precisamente entonces, la lucha entre finlandeses blancos y rojos atravesaba por su momento más decisivo, mientras el ejército alemán se preparaba contra Finlandia. La misma noche de nuestro naufragio, cuando, muy contentos por habernos salvado, cenábamos en el hotel de la ciudad de Marieham, las tropas blancas aliadas ocuparon las islas Aland. Gracias a una gran firmeza y astucia logramos salir con vida; sin embargo, uno de nuestros partidarios, un joven finlandés[86], fue detenido y fusilado Nosotros volvimos a Petrogrado, donde se preparaba a toda prisa la evacuación de la capital a Moscú: las tropas alemanas estaban ya ante las puertas de la ciudad.

Ahora comenzaba un *período oscuro*[87] del que no puedo hablar aquí; los sucesos están aún muy recientes en mi recuerdo. *Pero ¿legará el día en que también yo dé cuenta de esto*.[88]

En el Partido existían diferencias de opinión. A causa de una *diferencia de principio con la política que se estaba llevando a cabo*[89] renuncié a mi cargo de comisario del pueblo. *Poco a poco, fui relevada también de los otros cargos. De nuevo me dediqué a dar conferencias y a luchar por mis*

ideas sobre «la nueva mujer» y «la moral nueva».[90] La Revolución estaba en plena actividad. La lucha se tornó cada vez más irreconciliable y sangrienta, *y mucho de lo que sucedía no estaba de acuerdo con mis principios*.[91] Pero todavía quedaba un trabajo por hacer, lograr la emancipación de la mujer. Las mujeres habían conseguido legal mente todos los derechos, pero, en la realidad, seguían estando oprimidas; tratadas con desigualdad de derechos en la vida familiar, esclavizadas por las innumerables menudencias del hogar, soportando toda la carga, incluso las preocupaciones materiales de la maternidad porque a causa de la guerra y otras circunstancias muchas mujeres estaban solas en la vida.

Cuando, en el otoño de 1918, consagré todas mis energías a la tarea de establecer líneas sistemáticas de orientación para conseguir la emancipación de las mujeres trabajadoras en todos los sectores, encontré un valiosísimo apoyo en el ya desaparecido Sverdlov, que fue el primer presidente del Soviet.[92] Así, en noviembre de 1918, pudo ser convocado el primer Condeso de trabajadoras y campesinas de Rusia, al que asistieron 1147 delegadas. Con esto quedaron sentadas las bases para un trabajo planificado en todo el país en pro de la *emancipación*[93] de las mujeres de la clase trabajadora y campesina. De nuevo, me esperaba una montaña de trabajo. Había que atraer a las mujeres[94] hacia los comedores populares, educarlas para que pudieran emplear sus energías en el cuidado de las residencias para niños y recién nacidos, para la enseñanza, para la reforma del sistema de vida en el hogar y otras cosas. El principal objetivo de todo este trabajo era conseguir realmente la igualdad de derechos de la mujer como elemento productivo en la economía nacional y como ciudadana en el sector político, naturalmente, a condición de que la maternidad fuera considerada como función social y por tanto, protegida y sustentada por el Estado.

Bajo la dirección del doctor Lebedewo las instituciones estatales para la protección de la maternidad alcanzaron un gran desarrollo. Al mismo tiempo y en todo el país, se crearon instituciones que trabajaban en pro de la emancipación de las mujeres y de su participación en el trabajo de los Soviets

La guerra civil, en el año 1919, me trajo otra vez nuevas tareas. Cuando las tropas blancas intentaban un avance desde el Sur al Norte de Rusia fui

enviada a Ucrania y Crimea, donde primero presté servicios en el ejército como representante del departamento de reconocimiento. Más tarde, *hasta la evacuación del gobierno de los Soviets*,[95] me nombraron comisaria del pueblo para trabajos de reconocimiento y propaganda en el gobierno ucraniano. *Logré sacar a 400 comunistas con un tren especial de la zona amenazada, próxima a Kiev. También en Ucrania hice cuanto me fue posible por el movimiento comunista de las trabajadoras*.[96]

Una grave enfermedad me apartó por algunos meses del intenso trabajo que me ocupaba. En cuanto pude volver a trabajar —entonces estaba en Moscú— me hice cargo de la dirección de la central de mujeres y de nuevo comenzó un período de intenso trabajo. Se creó un periódico comunista para mujeres y se convocaron congresos y conferencias de trabajadoras. Se establecieron las bases para el trabajo con las mujeres del Este (mahometanas). Dos conferencias mundiales de mujeres comunistas tuvieron lugar en Moscú. Fue dictada la ley que eximía de castigo al aborto y fueron introducidas y legalizadas otras muchas disposiciones en favor de las mujeres de nuestra central. *Si entonces tuve que escribir muchísimo, aún tuve que hablar mucho más…*[97] Nuestro trabajo encontró todo el apoyo de Lenin, y Trotski, aunque abrumado por el trabajo que le exigían importantes asuntos militares, asistía con gusto a nuestras conferencias. Mujeres con energía y talento, dos de las cuales ya no viven actualmente,[98] sacrificaban a la central toda su fuerza de trabajo.

En el octavo congreso de los Soviets presenté, como miembro del Comité Ejecutivo *(en este momento ya había más mujeres en él)*[99] una moción que pedía que los Soviets contribuyeran en todos los sectores a considerar la igualdad de derechos de la mujer y, por consiguiente, a ocuparla en trabajos del Estado y de la comunidad. No sin oposición *logré*[100] presentar esta moción que después fue aceptada. Esto significó una grande y permanente victoria.

La publicación de mi tesis sobre la *Moral Nueva* originó una encendida discusión, *pues nuestra ley soviética sobre el matrimonio, que también estaba separada de la legislación eclesiástica, no es más progresista que las leyes existentes, al respecto, en otros países democráticos y progresistas*.[101] Aunque el hijo natural fuera considerado legalmente igual

a un niño legítimo el matrimonio civil aún estaba basado[102] en una gran cuota de hipocresía e injusticia en este campo. Cuando se habla de la «inmoralidad» que los bolcheviques propagan, se debían someter a un detallado examen nuestras leyes sobre el matrimonio y entonces se vería que en la cuestión del divorcio no estamos al nivel de Norteamérica y en la cuestión del hijo natural aún no hemos llegado tan lejos como Noruega.

En torno a esta cuestión formé el ala radical del Partido. Mis tesis, mis conceptos sobre *la sexualidad y la moral*[103] fueron combatidos duramente *por muchos camaradas, hombres y mujeres*.[104] A esto también se unieron (además de preocupaciones personales y familiares) *otras diferencias de opinión en el seno del Partido en relación a las lineas políticas*,[105] y así durante el año 1922 pasaron meses sin trabajo productivo. Luego, en el otoño de este mismo año, llegó mi nombramiento oficial como consejero de Legación de la representación soviética rusa en Noruega. A decir verdad, yo creí que este nombramiento sería puramente formal y que así encontraría tiempo en Noruega para dedicarme a mi trabajo literario. Pero no ocurrió como yo pensaba. El día de mi entrada en funciones, comencé en una línea de trabajo totalmente nueva para mí, que absorbió todas mis energías. Por eso, durante mi actividad diplomática, *sólo escribí un artículo,* El Eros alado*, que levantó mucho polvo. También escribí tres novelas cortas* «Wegl der Liebe» (Camino del amor)*, que aparecieron en la Editorial Malik de Berlín*.[106] «La moral nueva y la clase trabajadora» y un estudio socioeconómico, «Situación de la mujer en la evolución de la economía nacional», fueron escritos en Rusia.

Los años de trabajo diplomático

En octubre de 1922 me incorporé a mi cargo en Noruega y en enero de 1923 el jefe de Legación salió de vacaciones, así que tuve que hacerme cargo oficialmente de todos los asuntos de la República Soviética. Poco después fui nombrada, en su lugar, representante de mi país en Noruega. Desde luego, este nombramiento produjo una gran sensación, pues era la primera vez en la Historia que una mujer desempeñaba un cargo oficial,

como Ministro delegado. La prensa conservadora y, en particular, la prensa rusa «blanca» estaba indignada e intentó hacer de mí un horror de la inmoralidad y un monstruo sanguinario. Sobre todo, se escribió mucho sobre mis «terribles ideas» en relación con el matrimonio y el amor. Sin embargo, tengo que resaltar aquí que sólo fue la prensa conservadora la que me recibió en mi nuevo puesto tan groseramente. En todas las relaciones profesionales que tuve durante los tres años[107] de mi *trabajo*[108] en Noruega, jamás experimenté el más mínimo indicio de indignación o de desconfianza hacia la capacidad de la mujer. Ciertamente, contribuyó mucho a ello el espíritu sano y democrático del pueblo noruego. Lo cierto es que puedo afirmar que mi trabajo como representante oficial *rusa*[109] en Noruega jamás se me hizo difícil por mi vinculación al «sexo débil». En relación con mi posición de Ministro delegado tuve que aceptar las obligaciones de un delegado comercial para la representación del comercio nacional de Rusia en Noruega. Ambos trabajos eran para mí naturalmente nuevos en su aspecto peculiar. Sin embargo, me propuse el objetivo de lograr *de jure* el reconocimiento de la Rusia Soviética y de restablecer entre los dos países relaciones comerciales normales, que habían sido interrumpidas por la guerra y la revolución.[110] Comencé el trabajo con gran entusiasmo y las mejores esperanzas. ¡Un espléndido verano[111] y un invierno fecundo en acontecimientos fueron los del año 1923!

Las recién iniciadas relaciones comerciales estaban en pleno apogeo: grano ruso y arenques y pescado noruegos, artículos de madera rusos y papel y celulosa noruegos. El 15 de febrero de 1924. Noruega reconoció *de jure* a la URSS. Fui nombrada encargada de negocios, *«chargée d'affaires»*, e incluida oficialmente en el cuerpo diplomático. En ese momento comenzaron las gestiones para un tratado comercial entre los dos países. Mi vida estaba llena tanto de arduo trabajo como de extraordinarias experiencias. También *tuve*[112] que resolver serios problemas en el campo del desarrollo del comercio y de la navegación. Después de algunos meses, en agosto de 1924, fui nombrada «Ministro Plenipotenciario» y con el ceremonial de costumbre presenté al rey de Noruega mis credenciales. Naturalmente, esto dio nuevos motivos a la prensa conservadora de todos los países para echar pestes contra mí. Jamás había ocurrido que una mujer

fuera aceptada en un ceremonial de tan alto rango como ministro plenipotenciario.

El convenio comercial fue concluido en Moscú a fines de 1925 y en febrero *refrendé el tratado en Oslo con el Presidente del gabinete, señor I. L. Mowickl*.[113] Con esto había cumplido mis tareas en Noruega. Podía acudir al encuentro de nuevo trabajo y nuevos objetivos y, *por esta razón*,[114] dejé mi puesto en aquel país.[115]

Si algo he conseguido no son mis calificativos personales. Mis estímulos son más que nada un símbolo de que la mujer ya ha avanzado mucho por el camino de su reconocimiento universal. La captación de millones de mujeres para el trabajo productivo, que se desarrolló de una forma particularmente rápida durante la guerra, creó la posibilidad de que una mujer ocupara los puestos políticos y diplomáticos más elevados. A pesar de ello, es evidente que sólo un país de futuro, como la Unión Soviética, podía atreverse a afrontarlo sin ningún prejuicio contra la mujer, a valorar a ésta únicamente por el criterio de su capacidad de trabajo y, por consiguiente, a confiarle tareas de responsabilidad. Sólo los vientos revolucionarios y saludables son tos que tienen la fuerza para barrer con los decrépitos prejuicios contra la mujer, sólo una humanidad nueva, el pueblo trabajador y productivo, tiene la capacidad de conseguir la igualdad de derechos y la liberación de la mujer.

En el momento en que doy fin a esta autobiografía, estoy a punto de recibir nuevas tareas, que me supondrán nuevas exigencias…

Estoy convencida de que el objetivo más importante de mi trabajo y de mi vida, en cualquier trabajo que siga desempeñando, seguirá siendo la emancipación de la mujer trabajadora y la creación de las bases para una moral nueva.[116]

Julio de 1926.

ALEXANDRA KOLLONTAI

LA JUVENTUD Y
LA MORAL SEXUAL

I
EL AMOR COMO FACTOR SOCIAL Y PSÍQUICO

Joven camarada: rae preguntas qué lugar corresponde al amor en la ideología proletaria. Te admira el hecho de que en los momentos actuales la juventud trabajadora «se preocupe mucho más del amor y de todas las cuestiones relacionadas con él» que de los graneles asuntos que tiene que resolver la República de los obreros. Si esto es así —difícilmente puedo apreciarlo desde lejos—, busquemos juntos la explicación de este hecho y hallemos la respuesta a este primer problema: ¿Qué lugar corresponde al amor en la ideología de la clase obrera?

Es un hecho cierto que la Rusia soviética ha entrado en una nueva etapa de guerra civil. El frente revolucionario ha sufrido un desplazamiento. En la actualidad, la lucha debe librarse entre dos ideologías, entre dos civilizaciones: la ideología burguesa y la proletaria. Su incompatibilidad se pone de manifiesto cada vez con mayor claridad. Las contradicciones entre estas dos civilizaciones diferentes se agudizan de día en día.

El triunfo de los principios e ideales comunistas en el campo de la política y la economía tenía ineludiblemente que ser la causa de una revolución en las ideas sobre la concepción del mundo, en los sentimientos, en toda creación espiritual de la humanidad productora. Ya hoy se puede apreciar una transformación de estas concepciones de la vida y de la sociedad, del trabajo, del arte y de las «normas de nuestra conducta», es decir, de la moral. Las relaciones sexuales constituyen una parte importante de esas normas de conducta. La revolución en el frente ideológico pondrá

punto final a la transformación realizada en el pensamiento humano durante los cinco años de vida de la República de trabajadores.

No obstante, a medida que se agudiza la lucha entre las dos ideologías: la burguesa y la proletaria; a medida que esta lucha se expansiona y abarca nuevos dominios, se presentan ante la Humanidad nuevos «problemas de la vida», que únicamente podrá resolver de una forma cumplida la clase obrera.

Se encuentra entre estos múltiples problemas, joven camarada, el que tú señalas: «el problema del amor», que en las diversas facetas de su desenvolvimiento histórico, la Humanidad ha pretendido resolver por procedimientos diversos. Sin embargo, «el problema» subsistía: variaban, única y exclusivamente, sus intentos de solución, que diferían, claro está, según el período, la clase y lo que constituía el «espíritu de la época», o dicho de otra forma, la cultura.

En Rusia, durante los años de intensa guerra civil y de la lucha contra la desorganización económica, y hasta hace poro, sólo a unos cuantos interesaba este problema. Eran otros sentimientos, otras pasiones más reales las que preocupaban a la humanidad trabajadora. ¿Quién hubiera sido capaz de preocuparse seriamente de las penas y sufrimientos del amor a través de aquellos años en que el fantasma descarnado de la muerte acechaba a todos? Durante aquellos años, el problema vital se resumía en saber: ¿quién vencerá? ¿La revolución (el progreso) o la contrarrevolución (la reacción)?

Ante el aspecto sombrío de la enorme contienda, de la revolución, el delicado Eros, tenía forzosamente que desaparecer de una forma apresurada. No había oportunidad ni energías psíquicas para abandonarse a las «alegrías» y las «torturas» del amor. La Humanidad responde siempre a una ley de conservación de la energía social y psíquica. Y esta energía se aplica siempre al fin fundamental e inmediato del momento histórico. Por tanto, durante estos años se adueñó de la situación la voz, simple y natural, de la Naturaleza, el instinto biológico de la reproducción, la atracción entre dos seres de sexo contrario. El hombre y la mujer se unían y separaban fácilmente, mucho más fácilmente que en el pasado. El hombre y la mujer se entregaban mutuamente, sin estremecimiento en sus almas, y se separaban sin lágrimas ni dolor.

Es cierto que desaparecía la prostitución; mas, en cambio, aumentaban las uniones libres entre los sexos, uniones sin compromisos mutuos, y en las cuales el factor principal era el instinto de reproducción, desprovisto de la belleza de los sentimientos de amor. Muchos fueron los que ante este hecho sintieron espanto; pero es evidente que durante aquellos años las relaciones entre los sexos no podían ser de otro modo. No podían darse más que dos formas de unión sexual: o bien el matrimonio consolidado durante varios años por un sentimiento de camaradería, de amistad conservada a través de los años, y que, precisamente, por la seriedad del momento, se convertía en un vínculo de unión más firme, o, por el contrario, las relaciones matrimoniales que surgían para satisfacer una necesidad puramente biológica y constituían simplemente un capricho pasajero, del que ambas partes se saciaban pronto, y que se apresuraban a liquidar rápidamente, a fin de que no obstaculizase el fin esencial de la vida: la lucha por el triunfo de la revolución.

El brutal instinto de reproducción, la simple atracción de los sexos, que nace y desaparece con la misma rapidez, sin crear lazos sentimentales ni espirituales, es ese Eros «sin alas», que no absorbe las fuerzas psíquicas que el exigente Eros «alado» consume, amor tejido con emociones diversas que han sido forjadas en el corazón y en el espíritu. El Eros «sin alas» no engendra noches de insomnio, no hace vacilar la voluntad ni llena de confusión el frío trabajo del cerebro. La clase formada por los luchadores no podía dejarse llevar por el Eros de alas desplegadas en aquellos momentos de trastornos de la revolución que llamaban sin cesar al combate a la humanidad trabajadora: durante aquellas jornadas era inoportuno desperdiciar las fuerzas psíquicas de los miembros de la colectividad que luchaba, en sentimientos de orden secundario, que no contribuían de una manera directa al triunfo de la revolución. El amor individual, que constituye la base del matrimonio, que se concentra en un hombre o en una mujer, exige una pérdida enorme de energía psíquica. Durante aquellos años de lucha, la clase obrera, artífice de la nueva vida, no estaba interesada solamente en la mayor economía posible de sus riquezas materiales, sino que intentaba ahorrar también la energía psíquica de cada uno de sus miembros para aplicarla a las tareas genérales de la colectividad. No es otra

la causa de que durante el período agudo de la lucha revolucionaria el «alado Eros», que todo lo consume a su paso, fuera reemplazado por el instinto poco exigente de la reproducción, por el Eros desprovisto de alas.

Ahora el cuadro es completamente distinto. La URSS, y con ella toda la humanidad trabajadora, ha entrado en un período de relativa calma. Comienza ahora una labor sumamente compleja, puesto que se trata de fijar y comprender de una manera definitiva todo lo creado, todo lo adquirido, todo lo conquistado. El proletariado, arquitecto de las nuevas formas de vida, se ve obligado a sacar una enseñanza de todo fenómeno social y psíquico. Debe, por tanto, comprender también este fenómeno; tiene que asimilarlo, apropiárselo y transformarlo en un arma más para la defensa de su clase. Sólo después de haberse asimilado las leyes que presiden la creación de las riquezas materiales y las que dirigen los sentimientos del alma podrá el proletariado entrar en liza armado hasta los dientes contra el viejo régimen burgués. Entonces, únicamente, podrá la humanidad asalariada vencer en el frente ideológico como ha triunfado en el militar y en el del trabajo.

Una vez consolidado el triunfo de la revolución rusa, empieza a aclararse la atmósfera del combate revolucionario, y el hombre ya no se entrega por entero a la lucha, el tierno Eros de «alas desplegadas», despreciado durante los años de agitación, reaparece de nuevo y reclama sus derechos. Se atreve a salir de nuevo a la sombra del insolente Eros «sin alas», del instinto de reproducción, que desconoce los encantos del amor, porque éste ha dejado ya de satisfacer las necesidades de los hombres. En este período de relativa calma se ha acumulado un excedente de energía, que los hombres del presente, aun los representantes de la clase trabajadora, no saben todavía aplicar a la vida intelectual de la colectividad. Este excedente de energía psíquica busca su salida en los sentimientos amorosos. Y sucede que la lira de múltiples cuerdas del dios alado del Amor apaga de nuevo el sonido de la monótona voz del Eros «sin alas». El hombre y la mujer no se unen ya como durante los años de la revolución, no buscan una unión pasajera para satisfacer sus instintos sexuales, sino que comienzan de nuevo a vivir «novelas de amor», con todos los sufrimientos y el éxtasis amoroso que van aparejados al alado Eros.

En la República Soviética presenciamos un patente crecimiento de las necesidades intelectuales: cada día se siente más avidez de saber; las cuestiones científicas, el estudio del arte, el teatro, despiertan todo nuestro interés. Esta ansia investigadora que sé siente en la República Soviética por hallar formas nuevas en que encerrar las riquezas intelectuales de la Humanidad, comprende también, como es lógico, la esfera de los sentimientos amorosos. Se observa, pues, un despertar del interés en todo lo que se refiere a la psicología sexual, es decir, al «problema del amor». Es ésta una fase de la vida de la que participan con mayor o menor intensidad todos los individuos. Se observa con asombro cómo militantes que hace algún tiempo no leían más que los artículos editoriales del diario *Pravda*, leen ahora con fruición libros donde se canta al «dios Eros, el de las alas desplegadas».

¿Podremos interpretar esto como un síntoma de reacción? ¿Acaso como señal de decadencia en la acción revolucionaria? De ningún modo. Ya es tiempo de que rechacemos de una vez y para siempre toda la hipocresía del pensamiento burgués. Hemos llegado al momento de reconocer ampliamente que el amor no es sólo un poderoso factor de la Naturaleza que no es sólo una fuerza biológica, sino también un factor social. En su propia esencia el amor es un sentimiento de carácter profundamente social. Lo cierto es que el amor, en sus diferentes formas y aspectos ha constituido en todos los grados del desenvolvimiento humano una parte indispensable e inseparable de la cultura intelectual de cada época. Hasta la burguesía, que reconoce algunas veces que el amor es «un asunto de orden privado», sabe en realidad cómo encadenar el amor a sus normas morales para que sirva al logro y afirmación de sus intereses de clase.

Mas todavía hay otro aspecto de los sentimientos amorosos al que la ideología de la clase obrera debe conceder mayor importancia. Nos referimos al amor considerado como un factor del que se pueden obtener beneficios a favor de la colectividad, lo mismo que de cualquier otro fenómeno de carácter social y psíquico. Que el amor no es en modo alguno un «asunto privado» que interese solamente a dos corazones aislados, sino, por el contrario, que el amor supone un principio de unión de un valor inapreciable para la colectividad, se evidencia con el hecho de que en todos

los grados de su desarrollo histórico, la Humanidad ha marcado pautas que precisan cuándo y en qué condiciones el amor era considerado «legítimo» (es decir, cuando correspondía en los intereses de la colectividad), y cuándo tenía que ser condenado como «culpable» (es decir, cuando el amor pugnaba con los principios de la sociedad).

II
UN POCO DE HISTORIA

La Humanidad comenzó, casi desde tiempos inmemoriales, a establecer reglas que regulasen no solamente las relaciones sexuales, sino también los sentimientos amorosos.

En la etapa del patriarcado, la virtud, moral suprema de los hombres, era el amor determinado por los vínculos de la sangre. En aquellos tiempos, una mujer que se sacrificase por el marido o amado hubiera merecido la reprobación y el desprecio de la familia o la tribu a que perteneciese. En cambio, se concedía una gran importancia a los sentimientos amorosos con respecto al hermano o la hermana. La Antígona de los griegos enterraba los cadáveres de sus hermanos muertos con riesgo de su propia vida. Este hecho sólo hace de la figura de Antígona una heroína a los ojos de sus contemporáneos. La sociedad burguesa de nuestros tiempos calificaría esta acción llevada a cabo por la hermana y no por la mujer, como algo extraordinario y un tanto impropio. Durante los años de dominio de la sociedad patriarcal y de formación de las formas del Estado, el sentimiento de amor fue, sin duda de ningún género, la amistad entre dos individuos de una misma tribu. Era de una importancia trascendental para la colectividad, que había sobrepasado apenas la fase de la organización puramente familiar, y que, por lo tanto, todavía se sentía débil desde el punto de vista social, el que todos sus miembros estuvieran unidos por sentimientos de amor y vínculos espirituales.

Las emociones del espíritu que respondían mejor a esta finalidad eran las determinantes del amor-amistad y no de los sentimientos amorosos de las relaciones sexuales. Durante este período, los intereses de la

colectividad exigían a la Humanidad el crecimiento y acumulación de lazos espirituales, no entre las parejas unidas en matrimonio, sino entre los organismos de una misma tribu, entre los organizadores y defensores de la tribu y el Estado. (Para nada se hacía aquí mención de la amistad entre las mujeres, puesto que la mujer, en aquellos tiempos, no podía ser considerada como factor social.)

En el patriarcado se admiraban las virtudes del amor-amistad, que era considerado como un sentimiento muy superior al amor entre esposos. Cástor y Pólux no pasaron a la posteridad por sus hazañas y los servicios prestados a la patria. Fueron los sentimientos de mutua fidelidad, su amistad inseparable e indestructible los que hicieron que sus nombres llegaran a nosotros. La «amistad» (o la apariencia de un sentimiento de amistad) era la que obligaba al marido enamorado de su mujer a ceder al amigo preferido su puesto en el lecho conyugal. Otras veces no era siquiera el amigo, sino el huésped, a quien había que demostrar la verdad de un sentimiento de «amistad», el que suplía al marido al lado de la mujer.

La amistad, sentimiento que suponía «la fidelidad al amigo hasta la muerte», fue considerada en el mundo antiguo como una virtud cívica. Todo lo contrario sucedía en el amor en el sentido contemporáneo de esta palabra, que no tenía ningún papel en la sociedad y ni siquiera captaba la atención de los poetas o de los dramaturgos de la época. La ideología de aquellos tiempos consideraba al amor incluido en los cuadros de los sentimientos exclusivamente personales, de los cuales la sociedad no tenía por que ocuparse. El amor ocupaba el lugar de otra distracción cualquiera: era un lujo que podía permitirse un ciudadano después de haber cumplido con sus obligaciones con el Estado.

La cualidad de «saber amar», tan valorada por la ideología burguesa cuando el amor no va más allá de los limites impuestos por la moral de su clase, carecía de sentido en el mundo antiguo cuando se trataba de precisar las «virtudes» y cualidades características del hombre. En la antigüedad, el único sentimiento de amor que tenía valor era la amistad. El hombre que realizaba hazañas y exponía su vida por el amigo alcanzaba fama, como los héroes legendarios; su acción se consideraba como la expresión de la «virtud moral». En cambio, el hombre que exponía su vida por la mujer

amada incurría en la reprobación de todos, reprobación que podía llegar incluso hasta el desprecio. Todos los escritos de la antigüedad condenan los amores de París y la hermosa Helena, que fueron el origen de la guerra de Troya, guerra que sólo «desgracia» podía acarrear a los hombres.

El mundo antiguo justipreciaba la amistad como sentimiento capaz de consolidar entre los individuos de una tribu los lazos espirituales necesarios para el mantenimiento del organismo social, ineludiblemente débil en aquellos tiempos. Por eso, posteriormente, la amistad dejó de ser considerada como una virtud moral.

En la sociedad burguesa, construida sobre la base del individualismo, concurrencia desenfrenada y emulación, ya no hay sitio para la amistad, considerada como factor social. La sociedad capitalista consideraba la amistad como manifestación de «sentimentalismo»; por lo tanto, como una debilidad del espíritu completamente inútil y hasta nociva para la realización de las tareas burguesas de clase. La amistad en la sociedad burguesa queda convertida en un motivo de burlas. Si Cástor y Pólux hubieran vivido en nuestros tiempos, su amistad sin límites hubiera provocado la sonrisa indulgente de la sociedad burguesa de Nueva York o Londres. La sociedad feudal tampoco admitió el sentimiento de amistad como una cualidad digna de loa que fuera necesario cultivar entre los hombres.

El fundamento de la sociedad feudal consistía en el estricto cumplimiento de los intereses de las familias nobles. La virtud no estaba determinada por las relaciones mutuas de los miembros de la sociedad, sino por el cumplimiento de los deberes de un miembro de una familia con respecto a ella y a sus tradiciones. Dominaban en el matrimonio los intereses familiares y, por tanto, el hombre joven (la muchacha no tenía facultad de elección) que prefería una mujer en contra de los intereses familiares, sabía que tenía que hacer frente a censuras y reproches severísimos. Durante la edad feudal no era conveniente para el hombre anteponer sus sentimientos personales a los intereses de su familia; al que pretendía romper las normas establecidas se le consideraba como un «paria» por la sociedad de su tiempo. En la ideología de la época feudal el amor y el matrimonio no podían marchar juntos.

No obstante, durante los siglos del feudalismo el sentimiento de amor entre dos seres de sexo contrario adquirió cierto derecho por primera vez en la Historia de la Humanidad. Parece extraño a primera vista el hecho de que el amor fuera reconocido como tal en aquellos tiempos de ascetismo, de costumbres brutales, en aquella época de violencias y del reinado del derecho de usurpación. Pero si analizamos detenidamente las causas que han obligado al reconocimiento del amor como un factor social, no sólo legítimo, sino hasta deseable, veremos perfectamente claros los motivos que determinaron el reconocimiento del amor.

El hombre enamorado puede ser impulsado por el sentimiento del amor (en determinados casos y con la ayuda de determinadas circunstancias) a realizar hechos que no podría ejecutar en otra disposición de espíritu. La caballería andante exigía a todos sus miembros, en el dominio militar, la práctica de elevadas virtudes, pero de carácter exclusivamente personal. Estas virtudes eran la intrepidez, la bravura, la resistencia, etc. En aquellos tiempos no era la organización del ejército la que determinaba la victoria en el campo de batalla, sino las cualidades individuales de los combatientes. El caballero enamorado de su inconquistable dama, «la elegida de su corazón», podía ser el héroe de verdaderos «milagros de bravura», podía triunfar más fácilmente en los torneos y sabía sacrificar sin temores su vida en nombre de su amada. El caballero enamorado obraba impulsado por el deseo de «distinguirse», para conquistar de este modo los favores de la elegida de su corazón.

Este hecho, por consiguiente, fue tenido en cuenta por la ideología caballeresca. Como reconocía en el amor un poder capaz de provocar en el hombre un estado psicológico útil para las finalidades de la clase feudal, procuró, naturalmente, dar un lugar preferente al amor en los sentimientos determinantes de su ideología. En aquella época el amor entre los esposos no puede inspirar el canto de los poetas, puesto que el amor no era la base en que se fundaba la familia que vivía en los castillos. El amor como factor social sólo era valorado cuando se trataba de los sentimientos amorosos del caballero hacia la mujer de otro, sentimientos que le impulsaban a realizar valientes hazañas. Cuanto más inaccesible se hallaba la mujer elegida, mayor era el esfuerzo realizado por su caballero para conquistar sus favores

con las virtudes y cualidades apreciadas en su mundo (intrepidez, resistencia, tenacidad y bravura).

Lo natural era que la dama elegida por un caballero ocupase una posición lo más inaccesible posible. La dama de sus pensamientos, escogida por el caballero, era corrientemente la mujer del señor feudal. En ocasiones, el caballero llegaba en su osadía hasta posar sus ojos sobre la reina. Este ideal inaccesible se basaba en la concepción de que únicamente el «amor espiritual», el amor sin satisfacciones carnales, que impulsaba al hombre a tomar parte en hazañas heroicas y le obligaba a la realización de «milagros de bravura», era digno de ser citado como modelo y de merecer la calificación de «virtud». Las muchachas solteras no eran nunca objeto de la adoración de los valientes caballeros. Por muy elevada que fuese la posición, la adoración del caballero podía terminar en matrimonio. En ese caso desaparecía inevitablemente el factor psicológico que impulsaba al hombre a la realización de hazañas heroicas. Ante este peligro, la moral feudal no podía admitir el amor del caballero por la muchacha soltera. El ideal de ascetismo (abstinencia sexual) tiene puntos de contacto con la elevación del sentimiento amoroso convertido en virtud moral. El anhelo de purificar el amor de todo lo que fuese carnal, «culpable»; la aspiración a convertir el amor en un sentimiento abstracto, llevaba a los caballeros de la Edad Media a caer en monstruosas aberraciones: elegían como «dama de sus pensamientos» a mujeres que nunca habían visto, llegando incluso a enamorarse de «la Virgen María». No creo que sea posible desviar más un sentimiento. La ideología feudal consideraba ante todo el amor como un estimulante para fortalecer las cualidades necesarias a todo caballero; el «amor espiritual», la adoración del caballero por la dama de sus pensamientos, servían directamente a los intereses de la casta feudal. Esta apreciación fue la que fijó, desde los comienzos de la época feudal, el concepto del amor. Ante la traición carnal de la mujer, ante «el adulterio» de la esposa, el caballero de la Edad Media no podía vacilar, la enclaustraba o la mataba. Y. por el contrario, se sentía halagado si otro caballero elegía a su mujer por dama de sus pensamientos, y llegaba incluso a permitirle una corte de amor formada por «amigos espirituales».

Por el contrario, la moral feudal caballeresca, que cantaba y ensalzaba el amor espiritual, no exigía que las relaciones matrimoniales u otras formas de unión sexual tuviesen por base el amor. El amor era una cosa y el matrimonio otra. La ideología feudal establecía entre estas dos nociones una clara diferenciación.

Las nociones de amor y matrimonio no se unificaron hasta los siglos XIV y XV, durante los cuales comenzó a iniciarse la moral burguesa. Esto explica que, a través de la Edad Media, los sentimientos amorosos elevados y delicados chocasen con la gran brutalidad de costumbres en el dominio de las relaciones sexuales. Como las relaciones sexuales, tanto en el matrimonio más legítimo como fuera de él, estaban privadas del sentimiento de amor capaz de transfigurarlas, quedaban reducidas al simple acto fisiológico.

La Iglesia parecía anatemizar el libertinaje; pero como fomentaba de palabra el «amor espiritual», no hacía, en realidad, más que patrocinar las relaciones brutales entre los sexos. El caballero que llevaba siempre en su corazón el emblema de la dama de sus pensamientos, que componía en su honor versos llenos de delicadeza, que exponía su vida por merecer una sonrisa de sus labios, violaba tranquilamente a una joven de la aldea o mandaba a su escudero que le llevase al castillo, para distraerle, a las campesinas más bellas de los alrededores. Las mujeres de los caballeros no dejaban tampoco, imitando a sus maridos, de gozar de los placeres carnales con trovadores y pajes. En algunas ocasiones estas mujeres llegaban incluso a admitir las caricias de los criados, a pesar del desprecio que sentían por la servidumbre.

Al perder su fuerza la sociedad feudal, cuando surgieron las nuevas condiciones de vida que imponían tos intereses de la clase burguesa en formación, se creó paulatinamente un nuevo ideal moral en las relaciones sexuales. La incipiente burguesía rechazó el ideal de «amor espiritual» y tomó bajo su defensa los derechos del amor carnal, tan menospreciado durante el feudalismo. La burguesía trae de nuevo al amor la fusión de lo físico con lo espiritual.

Entre el amor y el matrimonio no podía establecer ninguna diferencia la moral burguesa. Todo lo contrario, el matrimonio tenía que estar

determinado por la inclinación mutua entre los esposos. Aunque la burguesía violaba con gran frecuencia este principio moral, en la práctica, por razones de conveniencia, es evidente que reconocía el amor como fundamento del matrimonio. La burguesía tenía para ello sólidas razones de clase.

La familia estaba, en el régimen feudal, cimentada por tradiciones de nobleza. El matrimonio era de hecho indisoluble; sobre la pareja unida en matrimonio pesaban los mandamientos de la Iglesia, la autoridad ilimitada de los jefes de familia, el ascendiente de las tradiciones y la voluntad del señor feudal.

En otras condiciones se formaba la familia burguesa: no se basaba en la posesión de riquezas patrimoniales, sino en la acumulación del capital. La familia se convertía en la guardadora de las riquezas acumuladas. Pero para que esta acumulación se realizase lo más rápidamente posible, era muy importante para la clase burguesa que los bienes adquiridos por el marido o el padre fueran gastados con «economía», de un modo inteligente, para no desperdiciarlos. Era, pues, necesario que la mujer fuera una amiga y auxiliar del marido, además de «una buena ama de casa».

Cuando se establecieron las relaciones capitalistas, sólo la familia, en la que existía una estrecha colaboración entre todos sus miembros interesados en la acumulación de riquezas, quedaba fundamentada sobre firmes bases. Esta colaboración era mucho más perfecta y daba mejores resultados si los esposos y los hijos estaban, con respecto a sus padres, unidos por verdaderos lazos espirituales y de cariño.

La nueva estructura económica de esta época contribuyó, a partir de fines del siglo XIV y principios del XV, al nacimiento de la nueva ideología. Paulatinamente cambiaron de aspecto las nociones de amor y matrimonio. Lutero, el reformador religioso, y con él todos los pensadores y hombres de acción del Renacimiento y la Reforma (siglo XV y XVI), comprendieron claramente la fuerza social que entrañaba el sentimiento de amor. Los ideólogos revolucionarios de la burguesía naciente se dieron cuenta de que para que la familia quedase sólidamente cimentada (unidad económica en la base del régimen burgués) era ineludible una intima unión entre todos sus

miembros: y proclamaron la fusión del amor carnal y el amor psíquico, como un nuevo ideal moral de amor.

Estos reformadores se burlaban sin piedad del «amor espiritual» de los caballeros enamorados, obligados a consumirse en sus ansias amorosas sin esperanzas de satisfacerlas. Los ideólogos burgueses, los hombres de la Reforma, reconocieron la legitimidad de las sanas exigencias de la carne. El mundo feudal dividía el amor y le obligaba a tornar dos formas completamente independientes una de otra: el simple acto sexual de un lado (relaciones sexuales del matrimonio o del concubinato) y un sentimiento de «elevado» amor platónico por otro ser (el amor que sentía el caballero por la dama de sus pensamientos).

El ideal moral de la clase burguesa comprendía, en la noción del amor, la sana atracción carnal entre los sexos y la afinidad psíquica. El ideal feudal establecía una diferenciación clara entre el amor y el matrimonio. La burguesía fusionaba estos dos conceptos. Para la burguesía el concepto del amor era equivalente al de matrimonio.

Naturalmente en la práctica la burguesía violaba su propio ideal. Mientras en la época feudal no se sublevó ante la cuestión de la inclinación mutua, la moral burguesa exigía, aun en el caso de que el matrimonio se hubiese hecho por cuestiones de conveniencia, que los esposos aparentasen que se amaban, aunque sólo fuera exteriormente.

Los prejuicios del amor y del matrimonio de la época feudal, eran tan fuertes que se han conservado hasta nuestros días por su adaptación al medio ambiente durante los siglos de moralidad burguesa. En nuestros tiempos, los miembros de las familias coronadas y de la alta aristocracia que la rodean, todavía obedecen a aquellas tradiciones. En estos medios de la sociedad, el matrimonio de inclinación se califica de «ridículo» y siempre produce escándalo. Los jóvenes príncipes y princesas tienen que someterse a la tiranía de las tradiciones de raza y a las conveniencias políticas de su país y unir su vida a una persona que no conocen ni aman.

La historia conserva gran número de dramas como el del desgraciado hijo de Luis XV, que fue empujado a realizar un matrimonio secreto a pesar de la profunda pena que experimentaba por el recuerdo de la muerte de su mujer, a la que había amado apasionadamente.

Existe igualmente entre los campesinos la subordinación del matrimonio a consideraciones de interés. La familia campesina se distingue precisamente en esto de la familia burguesa de la ciudad. La familia campesina es ante todo una unidad económica de trabajo. Los intereses económicos dominan de tal modo a la familia campesina, que todos los demás lazos de orden psíquico juegan siempre un lugar secundario.

Tampoco se tomaba nunca en consideración el amor en la familia artesana de la Edad Media cuando se concertaba un matrimonio. En la época de las corporaciones de artesanos, la familia era también una unidad de producción que descansaba sobre un principio económico de trabajo. El ideal del amor en el matrimonio no comienza a aparecer hasta que la familia deja de ser una unidad de producción para convertirse en una unidad de consumo y en guardiana del capital acumulado.

Pero a pesar de que la moral de la burguesía proclamaba el derecho de «dos corazones amantes» a unirse aun en contra de las tradiciones familiares, a pesar de que se burlaba del «amor platónico» y del ascetismo y de que afirmaba que el amor era la base del matrimonio, tenía buen cuidado de poner estrechas limitaciones a todas sus concesiones. El amor no podía ser considerado como un sentimiento legítimo más que en el matrimonio; fuera del matrimonio, el amor era considerado inmoral. Este ideal respondía a consideraciones de orden económico: impedir que el capital acumulado se dispersase con los hijos nacidos fuera de una unión matrimonial. Toda la moral de la burguesía tenía por función contribuir a la acumulación del capital. El ideal del amor quedaba, por tanto, constituido en la pareja unida en matrimonio, cuyo fin era el aumentar su bienestar material y las riquezas en el núcleo familiar aislado totalmente del resto de la sociedad. Cuando los intereses de la familia y de la sociedad tenían que ponerse frente a frente, la moral burguesa se inclinaba siempre a favor de los intereses familiares. (Por ejemplo, la condescendencia, no admitida por el derecho, pero que la moral burguesa concedía a los desertores; la justificación moral de un administrador de los intereses de varios accionistas que le habían confiado sus fondos, a los que arruinaba para aumentar los bienes de su familia, etc.).

La burguesía, con el espíritu utilitario que la caracterizaba, pretendía sacar provecho del amor y convertir, por tanto, este sentimiento en un

medio de consolidar los lazos de la familia.

Pero el amor estaba aprisionado con fuertes cadenas por los límites que le imponía la ideología burguesa. Así nacieron y se multiplicaron los «conflictos amorosos». La novela, nuevo género literario que creó la clase burguesa, sirvió para expresar los conflictos amorosos originados por el encadenamiento del amor. El amor se salía constantemente de los limites matrimoniales que le habían sido impuestos y tomaba la forma de unión libre o adulterio, que la moral de la burguesía condenaba, pero que en realidad no hacía más que cultivar.

A las necesidades de la capa social más numerosa no corresponde este ideal burgués del amor, que no satisface los anhelos de la clase obrera. Tampoco llena las aspiraciones de la vida de los trabajadores intelectuales. A esto se debe precisamente el enorme interés que despiertan en los países de capitalismo desarrollado todos los problemas del sexo y del amor. De aquí se originan las investigaciones apasionadas para encontrar una solución a este problema angustioso que agobia a la Humanidad desde hace varios siglos. ¿Cómo será posible establecer relaciones entre los sexos que contribuyan a hacer a los hombres más felices, pero que al mismo tiempo no destruyan los intereses de la colectividad?

A la juventud trabajadora de Rusia se le plantea actualmente este mismo problema. Un ligero análisis de la evolución de las relaciones matrimoniales y de los sentimientos de amor nos ayudará, joven camarada, a comprender una verdad indiscutible: que el amor no es una cuestión privada, como parece entenderse a primera vista. El amor es un precioso factor social y psíquico que la Humanidad maneja instintivamente según los intereses de la colectividad. La Humanidad trabajadora, armada con el método científico del marxismo y con la experiencia del pasado, tiene que comprender el lugar que la nueva Humanidad tiene que reservar al amor en las relaciones sociales. ¿Cuál es, pues, el ideal de amor que corresponde a los intereses de la clase que lucha para extender su dominio por todo el mundo?

No debemos confundir esta dualidad con las relaciones sexuales de un hombre con varias mujeres, o de una mujer con varios hombres, cuando hablamos de la dualidad del sentimiento de amor, de las complejidades del «Eros de alas desplegadas». La poligamia, en la que no se da el sentimiento

de amor, puede ser causa de consecuencias nefastas (agotamiento precoz del organismo, mayor facilidad para contraer enfermedades venéreas, etc); pero estas uniones no crean «dramas morales». Los conflictos, les «dramas» surgen cuando nos encontramos en presencia del amor con todas sus manifestaciones y matices diversos. Puede una mujer amar a un hombre «por su espíritu» solamente si sus pensamientos, sus deseos y sus aspiraciones armonizan con los suyos, y al mismo tiempo puede sentirse arrastrada por la poderosa atracción física a otro hombre. Lo mismo que la mujer puede el hombre experimentar un sentimiento de ternura lleno de consideraciones, de compasión llena de solicitud por una mujer, mientras en otra encuentra su apoyo y la comprensión de las más altas y mejores aspiraciones de su «yo». ¿A cuál de estas dos mujeres deberá entregar la plenitud de «Eros»? ¿Tendrá necesariamente que mutilar su alma y arrancarse uno de estos sentimientos cuando sólo puede adquirir la plenitud de su ser con el mantenimiento de estos dos lazos de amor?

El desdoblamiento del alma y del sentimiento lleva consigo inevitables sufrimientos bajo el régimen burgués. La ideología basada en el instinto de propiedad ha inculcado al hombre durante siglos y siglos que todo sentimiento de amor debe estar fundamentado en un principio de propiedad. Ha grabado la ideología burguesa en la cabeza de los hombres la idea de que el amor da derecho a poseer enteramente, y sin *compartirlo con nadie*, el corazón del ser amado. Este ideal, esta exclusividad en el sentimiento de amor era la consecuencia natural de la fórmula establecida del matrimonio indisoluble del ideal burgués de «amor absorbente» entre los esposos. Pero ¿puede un ideal de esta clase responder a los intereses de la clase obrera? Desde el punto de vista de la ideología proletaria es mucho más importante y deseable que las sensaciones de I03 hombres se enriquezcan cada vez con mayor contenido y sean más diversas. La multiplicidad del alma constituye un hecho precisamente que facilita la educación y el desarrollo de los lazos del espíritu y del corazón, mediante los cuales se consolidará la colectividad trabajadora. Cuanto más numerosos son los hilos tendidos entre las almas, entre las inteligencias y los corazones, más solidez adquiere el espíritu de solidaridad y con más facilidad puede realizarse el ideal de la clase obrera: camaradería y unión.

No pueden constituir «la absorción» y el exclusivismo en el sentimiento de amor el ideal del amor determinante de las relaciones entre los sexos, desde el punto de vista de la ideología proletaria. Todo lo contrario. Al darse cuenta de la multiplicidad del «Eros de las alas desplegadas», el proletariado no se asusta en absoluto de este descubrimiento ni experimenta tampoco indignación moral como lo aparenta la hipocresía burguesa. En cambio, el proletariado trata de dar a este fenómeno (que es el resultado de complicadas causas sociales) una dirección que sirva a sus fines de clase en el momento de la lucha y de la edificación de la sociedad comunista. ¿La multiplicidad del amor en sí misma estará acaso en contradicción con los intereses del proletariado? Todo lo contrario: esta multiplicidad del sentimiento de amor en las relaciones entre los sexos facilita el triunfo del ideal de amor que se forma y cristaliza ya en el seno mismo de la clase obrera: el amor-camaradería.

La Humanidad del patriarcado se presentó el amor como el cariño entre los miembros de una familia (amor entre hermanos y hermanas, entre los hijos y los padres). El mundo antiguo anteponía el amor-amistad a todo otro sentimiento. El mundo feudal hacia su ideal de amor al amor «espiritual» del caballero, amor independiente del matrimonio y que no llevaba consigo la satisfacción de la carne. El ideal de amor de la sociedad burguesa era el amor de una pareja unida con un sentimiento legítimo.

El ideal de amor de la clase obrera está basado en la solidaridad de espíritu y de la voluntad de todos los miembros, hombres y mujeres, en la colaboración en el trabajo, y por lo tanto, se distingue de un modo absoluto de la noción que del amor tenían las otras épocas de civilización. ¿Qué es, pues, el «amor-camaradería»? ¿Querrá decir todo esto que la ideología severa de la clase obrera, forjada en una atmósfera de lucha para el triunfo de la dictadura del proletariado, se dispone a arrojar al delicado Eros alado de un modo despiadado? De ningún modo. La ideología de la clase obrera no puede desplazar al «Eros de las alas desplegadas». Más bien todo lo contrario; es decir, como fuerza social y psíquica, prepara el reconocimiento del sentimiento de amor.

La hipócrita moral de la cultura burguesa, que obligaba al dios Eros a no visitar más que a la «pareja unida legalmente», le arrancaba sin piedad las

plumas más bellas de sus alas de brillantes colores. Para la ideología burguesa, fuera del matrimonio no podía existir más que el Eros sin alas, el Eros despojado de sus plumas de vivos colores; la atracción pasajera entre los sexos bajo la forma de caricias robadas (adulterio) o de caricias compradas (prostitución).

Por el contrario, la moral de la clase obrera rechaza francamente la forma exterior que establece las relaciones de amor entre los sexos.

Es completamente igual para el logro de las tareas del proletariado que el amor tome la forma de una unión estable o que no tenga más importancia que la de una unión pasajera. La ideología de la clase obrera no puede fijar límites formales al amor. Esta ideología, por el contrario, empieza a sentir inquietud por el contenido del amor, por los lazos de emociones y sentimientos que unen a los dos sexos. *Por eso en este sentido tiene la ideología proletaria que perseguir al «Eros sin alas» (lujuria, satisfacción única de los deseos carnales por sí mismo, lo que hace de él un «placer sexual» con un fin en sí mismo, lo que hace de él un «placer fácil», etc.) más implacablemente que lo hacia la moral burguesa*. El «Eros sin alas» se contradice con los intereses de la clase obrera. Este amor supone, en primer lugar, inevitablemente los excesos y el agotamiento físico, lo que contribuye a que disminuya la reserva de energía de la Humanidad. En segundo término, el «Eros sin alas» empobrece el alma, porque impide el desenvolvimiento de sensaciones de simpatía y de lazos psíquicos entre los seres humanos. En tercer lugar, tiene por base este amor la desigualdad de derechos entre los sexos en las relaciones sexuales; esto es, está fundado en la dependencia de la mujer con relación al hombre, en la insensibilidad o fatuidad del hombre; todo lo cual necesariamente ahoga toda posibilidad de experimentar un sentimiento de camaradería. Es completamente distinta, en cambio, la acción ejercida sobre los seres humanos por el «Eros de alas desplegadas».

Lo mismo que en el «Eros sin alas», es indudable que no se manifiestan sólo en las relaciones con el objeto de amor físico entre los sexos. La diferencia consiste precisamente en que en el ser movido por sentimientos de amor que le empujan hacia otro ser se manifiestan y despiertan justamente aquellas cualidades del alma necesarias a los constructores de la

nueva cultura: delicadeza, sensibilidad y deseo de ser útil a otro. En cambio, la ideología burguesa exige que el hombre o la mujer no hagan gala de estas cualidades más que en presencia del elegido o elegida; esto es, en sus relaciones con un solo hombre o con una sola mujer. Para la ideología proletaria, lo más importante es que estas cualidades se despierten, se eduquen y se desarrollen en todos los hombres, y, por tanto, que no se manifiesten sólo en las relaciones con el objeto amado, sino en las relaciones con todos los demás miembros de la colectividad.

No tienen importancia, en realidad, para el proletariado los matices y sentimientos predominantes en el «Eros de alas desplegadas»; se siente indiferente el proletariado ante los tonos delicados del complejo amoroso, ante los colores encendidos de la pasión o ante la armonía del espíritu. Lo que únicamente le interesa es que en todos los sentimientos y manifestaciones de amor existan los elementos psíquicos que desarrollen el sentimiento de camaradería.

El ideal de amor-camaradería forjado por la ideología proletaria para substituir al «exclusivo» y «absorbente» amor conyugal de la moral burguesa está fundado en el reconocimiento de derechos recíprocos, en el arte de saber respetar, incluso en el amor, la personalidad de otro, en un firme apoyo mutuo y en la comunidad de colectivas aspiraciones.

El amor-camaradería es el ideal necesario al proletariado en los períodos difíciles de grandes responsabilidades, en los que lucha para el establecimiento de su dictadura o para fortalecer su mantenimiento. No obstante, cuando el proletariado haya triunfado totalmente y sea ya un hecho la sociedad comunista, el amor, el «Eros de alas desplegadas» revestirá un aspecto diferente por completo del que tiene actualmente, se presentará en una forma totalmente distinta, adquirirá un aspecto completamente desconocido hasta ahora por los hombres. Entre los miembros de la nueva sociedad se habrán desarrollado y fortalecido los «lazos de simpatía», «la capacidad para amar» será mucho mayor y se convertirá en «animador» el amor-camaradería, papel que en la sociedad burguesa estaba reservado al principio de concurrencia y al egoísmo. El colectivismo del espíritu y de la voluntad triunfarán sobre el individualismo que se bastaba a sí mismo. Desaparecerá el «frío de la soledad moral», de la

que en el régimen burgués intentaban escapar los hombres refugiándose en el amor o en el matrimonio; los hombres quedarán unidos entre sí por innumerables lazos psíquicos y sentimentales. Se modificarán los sentimientos de los hombres en el sentido de los intereses cada vez más grandes hacia la cosa pública. La desigualdad entre los sexos y todas las formas de dependencia de la mujer con relación al hombre desaparecerán en el olvido sin dejar el menor rastro.

Eros, el dios del amor, ocupará un puesto de honor como sentimiento capaz de enriquecer la felicidad humana en esta nueva sociedad, colectivista por su espíritu y sus emociones, caracterizada por la unión feliz y las relaciones fraternales entre los miembros de la colectividad trabajadora y creadora. ¿Cómo se transfigurará este Eros? Ni la más creadora fantasía puede imaginárselo. Lo únicamente indiscutible es que *cuanto más unida esté la Humanidad por los lazos duraderos de la solidaridad, más unida íntimamente estará en todos los aspectos de la vida, de las relaciones mutuas o de la creación. Por consiguiente, tanto menos lugar quedará para el amor en el sentido contemporáneo de la palabra*. El amor peca siempre, en nuestros tiempos, por un exceso de absorción de todos los sentimientos, de todos los pensamientos entre dos «corazones que se aman», y que, por lo mismo, aíslan y separan a la pareja amante del resto de la colectividad. Este aislamiento moral, este apartamiento de la «pareja amorosa» no sólo será completamente inútil, sino que psicológicamente será imposible en una sociedad en que estén íntimamente unidos los intereses, las aspiraciones y las tareas de todos los miembros de la colectividad. En ese mundo nuevo la forma normal, reconocida y deseable de las relaciones entre los sexos estará basada puramente en la atracción sana, libre y natural «sin perversiones ni excesos» de los sexos; las relaciones sexuales de los hombres en la nueva sociedad estarán determinadas por el «Eros transfigurado».

Pero actualmente nos encontramos en el recodo donde se cruzan dos civilizaciones: la civilización proletaria y la civilización burguesa. En este período de transición, en el que estos dos mundos luchan encarnizadamente en todos los frentes, incluso en el frente ideológico, el proletario está muy interesado en lograr por todos los medios a su alcance la más rápida acumulación posible de «sensaciones o sentimientos de simpatía». En este

período de transición la idea moral que determina las relaciones entre los sexos no puede ser el brutal instinto sexual, sino las múltiples sensaciones del amor-camaradería experimentadas por hombres y mujeres. Es necesario, para que estas sensaciones correspondan a la nueva moral proletaria en formación, que estén basadas en los tres postulados siguientes:

1.º Igualdad en las relaciones mutuas (es decir, desaparición de la suficiencia masculina y de la sumisión servil de la individualidad de la mujer al amor).

2.º Mutuo y recíproco reconocimiento de sus derechos, sin pretender ninguno de los seres unidos por relaciones de amor la posesión absoluta del corazón y el alma del ser amado. (Desaparición del sentimiento de propiedad fomentado por la civilización burguesa.)

3.º Sensibilidad fraternal: el arte de asimilarse y comprender el trabajo psíquico que en el alma del ser amado se efectúa. (La civilización burguesa sólo exigía que la mujer poseyese en el amor esta sensibilidad.)

Pero aunque la ideología de la clase obrera proclame los derechos del «Eros de alas desplegadas» (del amor), subordina al mismo tiempo el amor que los miembros de la colectividad trabajadora sienten entre sí a otro sentimiento mucho más poderoso, un sentimiento de deber con la colectividad. Por muy grande que sea el amor que una a dos individuos de sexos diferentes, por muchos que sean los vínculos que unan sus corazones y sus almas, tienen que ser mucho más fuertes, más orgánicos y numerosos los lazos que los unan a la colectividad. «Todo para el hombre amado», proclama la moral burguesa. «Todo para la colectividad», determina la moral proletaria.

Ahora te oigo argumentar, mi joven camarada: Concedido, como afirmas, que las relaciones de amor basadas en el espíritu de fraternidad se conviertan en el ideal de la clase obrera. Mas, ¿no pesará demasiado este ideal, esta «medida moral» del amor sobre los sentimientos amorosos? ¿No pudiera ocurrir que este ideal destroce y mutile las delicadas alas del «suspicaz-Eros»? Hemos liberado al amor de las cadenas de la moral burguesa: pero, ¿no le crearemos tal vez otras?

Mi joven camarada, tienes razón. Al rechazar la «moral» burguesa en el dominio de las relaciones matrimoniales, la ideología proletaria se forja

inevitablemente su propia moral de clase, sus nuevas y reglamentadoras normas de las relaciones entre los sexos, que corresponden mejor a las tareas de la clase obrera, que sirven para educar los sentimientos de sus miembros y que, por lo tanto, constituyen hasta cierto punto cadenas que aprisionan el sentimiento de amor. Es indudable que el proletariado arrancará irremisiblemente muchas plumas de las alas del delicado Eros, si hablamos del amor patrocinado por la ideología burguesa, tal y como se lo representa aquella ideología. Pero lo que no se puede hacer, porque significa no darse cuenta del porvenir, es lamentarse de que la clase obrera imprima su sello en las relaciones sexuales con el fin de lograr que el sentimiento de amor corresponda con sus tareas de clase. Es evidente que en vez de las viejas plumas arrancadas a las alas de Eros, la clase ascendente de la Humanidad hará que le crezcan otras de una belleza, brillo y fuerza desconocidos hasta ahora. No olvides, joven camarada, que el amor cambia de aspecto y se transforma de una manera inevitable a la vez que cambian las bases culturales y económicas de la sociedad.

Si conseguimos que de las relaciones de amor desaparezca el ciego, el absorbente y exigente sentimiento pasional; si desaparece también el sentimiento de propiedad, lo mismo que el deseo egoísta de «unirse para siempre al ser amado»; si logramos que desaparezca la fatalidad del hombre y que la mujer no renuncie criminalmente a su «yo», no cabe duda que la desaparición de todos estos sentimientos hará que se desarrollen otros preciosos elementos para el amor. Así se desarrollará y aumentará el respeto hacia la personalidad de otro, lo mismo que se perfeccionará el arte de contar con los derechos de los demás; se educará la sensibilidad recíproca y se desarrollará enormemente la tendencia de manifestar el amor no solamente con besos y abrazos, sino también con una unidad de acción y de voluntad en la creación común.

No es, pues, la tarea de la ideología proletaria separar al «Eros alado» de sus relaciones sociales. Consiste simplemente en llenar su carcaj con nuevas flechas; en hacer que se desarrolle el sentimiento de amor entre los sexos basado en la más poderosa fuerza psíquica nueva: la solidaridad fraternal.

Joven camarada, espero que ahora verás claramente que el hecho de que el problema del amor despierte un interés tan extraordinario entre la juventud trabajadora no es síntoma de «decadencia» en modo alguno. Creo que ahora podrás encontrar por ti mismo el lugar que debe corresponder al amor, tanto en la ideología del proletariado como en la vida diaria de la juventud trabajadora.

III
EL AMOR-CAMARADERÍA

La nueva sociedad comunista está edificada sobre un principio de camaradería y solidaridad. Pero ¿qué es la solidaridad? No solamente debemos entender por solidaridad la conciencia de la comunidad de intereses; la solidaridad la constituyen también los lazos sentimentales y espirituales establecidos entre los miembros de una misma colectividad trabajadora. El régimen social edificado sobre principios de solidaridad y colaboración exige, sin embargo, que la sociedad en cuestión posea, desarrollada en alto grado, «la capacidad de potencial de amor», es decir, la capacidad para sensaciones de simpatía.

Si faltan estas sensaciones, el sentimiento de camaradería no puede consolidarse. Por esto intenta la ideología proletaria educar y reforzar en cada uno de los miembros de la clase obrera sentimientos de simpatía ante los sufrimientos y las necesidades de sus camaradas de clase. También tiende la ideología proletaria a comprender las aspiraciones de los demás y a desarrollar la conciencia de su unión con los otros miembros de la colectividad. Pero todas estas «sensaciones de simpatía», delicadeza, sensibilidad y simpatía se derivan de una fuente común: de la capacidad para amar, no de amar en un sentido puramente sexual, sino con un amor en el sentido más amplio de esta palabra.

El amor es un sentimiento que une a los individuos; podemos incluso decir que es un sentimiento de orden orgánico. La burguesía ha comprendido también toda la fuerza de unión entre los hombres que puede tener el amor, y, por lo tanto, procuraba sujetarlo bien a sus intereses. Por eso la ideología burguesa, al intentar consolidar la familia, recurre a la

virtud moral del «amor entre esposos»; ser «un padre de familia» era a los ojos de la burguesía una de las más grandes y preciadas cualidades del hombre.

Por su parte, el proletariado debe considerar el papel social y psicológico del sentimiento de amor, tanto en el amplio sentido de la palabra como en lo referente a las relaciones entre los sexos, que puede y debe jugar para reforzar los lazos, no en el dominio de las relaciones matrimoniales y de la familia, sino los que contribuyen al desenvolvimiento de la solidaridad colectiva.

¿Cuál, pues, será el ideal de amor de la clase obrera? ¿En qué sentimientos tienen que basarse las relaciones sexuales en la ideología proletaria?

Hemos visto ya, mi joven camarada, cómo cada época de la historia posee su ideal de amor peculiar; hemos analizado cómo cada clase, en su propio interés, da a la noción moral del amor un determinado contenido. Cada grado de civilización trae a la Humanidad sensaciones intelectuales y morales más ricas en matices, que recubren de un color determinado las delicadas alas de Eros. La evolución en el desenvolvimiento de la economía y las costumbres sociales ha ido acompañada de modificaciones nuevas en el concepto del amor. Algunos matices de este sentimiento se reforzaban mientras otros disminuían o desaparecían totalmente.

El amor, en el transcurso de los siglos de existencia de la sociedad humana, evolucionaba desde ser un simple instinto biológico (el instinto de reproducción, común a todos los seres vivientes superiores o inferiores, divididos en dos sexos) y se enriquecía sin cesar con nuevas sensaciones psíquicas hasta convertirse en un sentimiento muy complicado.

De ser un fenómeno biológico pasó el amor a convertirse en un factor social y psicológico.

El instinto biológico de reproducción, que en los primeros grados del desenvolvimiento de la humanidad determinó las relaciones entre los sexos, tomó bajo la presión de las fuerzas económicas y sociales dos sentidos diametralmente opuestos: de un lado, bajo la presión de relaciones económicas y sociales monstruosas, sobre todo bajo el yugo capitalista, el sano instinto sexual (la atracción de dos seres de sexo distinto basada en el

instinto de reproducción) degeneró y se convirtió en *malsana lujuria*. El acto sexual se transformó en un fin en sí mismo, en un medio para lograr «mayor voluptuosidad», en una depravación exacerbada por los excesos, las perversiones y los malsanos aguijonazos de la carne. Buscaba el hombre a la mujer, no impulsado por una sana corriente sexual que le empujase con todo su ímpetu hacia una mujer; el hombre «buscaba» a la mujer sin experimentar ninguna necesidad sexual, y la buscaba con el único fin de provocar esta necesidad mediante la intimidad del contacto con la mujer. De este modo el hombre se procura una voluptuosidad con el hecho mismo del acto sexual. Si la intimidad del trato con la mujer no provoca en el hombre la excitación esperada, los hombres estragados por los excesos sexuales recurren a toda clase de aberraciones.

Es ésta una desviación del instinto biológico en una lujuria malsana que hace que se aleje de su fuente primitiva.

La atracción física entre los sexos se complica, por otro lado, en el transcurso de los siglos de vida social de la Humanidad y de las diversas civilizaciones, y adquiere toda una gama de diversos matices y sentimientos. El amor es un estado psicológico muy complejo, en su forma actual, que desde hace mucho tiempo se desprendió por completo de su fuente originaria, el instinto biológico de reproducción, y que en muchos casos llega a contradecirse con él. Es el amor un conglomerado de sentimientos diversos: ternura espiritual, pasión, inclinación, lástima, costumbres, etc. Es difícil, pues, ante tan gran complejidad, establecer un lazo de unión directo entre el «Eros sin alas» (atracción física entre los sexos) y el «Eros de alas desplegadas» (atracción psíquica). El amor-amistad, en el que no es posible encontrar ni un átomo de atracción física; el amor espiritual, sentido por la causa, por la idea; el impersonal hacia una colectividad, son sentimientos que demuestran claramente hasta qué punto se ha idealizado y se ha alejado de su base biológica el *sentido de amor*. Pero aún el problema se complica mucho más. Surge con gran frecuencia una flagrante contradicción entre las diversas manifestaciones del amor, y comienza la lucha. El amor sentido por la «causa amada» (no el amor sentido simplemente por la causa, sino por la causa amada) no concuerda con el amor sentido por el elegido o elegida del corazón, amor por la mujer,

el marido o los hijos. El amor-amistad se encuentra en contradicción con el amor-pasión. En un caso el amor está dominado por la armonía psíquica; en el otro, tiene por base «la armonía del cuerpo».

Se ha revestido el amor de múltiples aspectos. Desde el punto de vista de las emociones de amor, el hombre de nuestra época, en el cual han hecho los siglos de evolución cultural que se eduquen y desarrollen los diferentes matices de este sentimiento, se siente como a disgusto en el significado demasiado vago y general del sentido de la palabra amor.

La multiplicidad del sentimiento de amor, bajo el yugo de la ideología y costumbre capitalista, crea una serie de dolorosos e insolubles dramas morales. Desde fines del siglo XIX los psicólogos y escritores empezaron a tratar como tema favorito la multiplicidad del sentimiento de amor. Los representantes reflexivos de la cultura burguesa empezaron a sentir desconcierto e inquietud ante aquel «enigma» del «amor por dos y hasta por tres seres». H. A. Herzen, nuestro gran pensador y publicista del pasado siglo, intentó encontrar una solución a esta complejidad del alma humana, a este desdoblamiento de sentimientos, en su novela titulada *¿De quién es la culpa?* También Chernichevski intentó encontrar la solución a este problema en la novela social *¿Qué hacer?* El desdoblamiento del sentimiento de amor, su multiplicidad, ha preocupado a los más grandes escritores de Escandinavia, tales como Hansen, Ibsen, Bernsen y Heiderstam. También se han ocupado de este tema los literatos franceses del pasado siglo. Romain Rolland, escritor que simpatiza con el comunismo, y Maeterlinck, que no puede encontrarse más alejado de nuestros ideales, han tratado igualmente de encontrar la solución a este problema. Los genios poéticos como Goethe, Byron y George Sand, este último uno de los *pionniers* más ardientes del dominio de las relaciones entre los sexos, han intentado resolver este problema complicado en la práctica, este «enigma del amor». Herzen, el autor del libro antes citado, lo mismo que otros pensadores, poetas y hombres de Estado, se han dado cuenta a la luz de su propia experiencia del terrible problema. Pero bajo el peso del «enigma de la dualidad de sentimientos de amor» también se doblegan los hombres que no son «grandes» en modo alguno, pero que en vano buscan la clave de la solución del problema dentro de los límites impuestos por el pensamiento

burgués. La solución del problema está en manos del proletariado precisamente. Pertenece a la ideología y al nuevo género de vida de la Humanidad trabajadora la solución de este problema.

EL COMUNISMO Y LA FAMILIA

I. LA MUJER NO DEPENDE YA DEL HOMBRE

¿Se mantendrá la familia en un Estado comunista? ¿Persistirá en la misma forma actual? Son estas cuestiones que atormentan, en los momentos presentes, a la mujer de la clase trabajadora, y preocupan igualmente a sus compañeros, los hombres.

No debe de extrañarnos que en estos últimos tiempos este problema perturbe las mentes de las mujeres trabajadoras. La vida cambia continuamente ante nuestros propios ojos; antiguos hábitos y costumbres desaparecen poco a poco. Toda la existencia de la familia proletaria se modifica y organiza en forma tan nueva, tan fuera de lo corriente, *tan extraña*, como nunca pudimos imaginar.

Y una de las cosas que mayor perplejidad produce en la mujer en estos momentos, es la manera como se ha facilitado el divorcio en Rusia.

De hecho, en virtud del decreto del Comisariado del Pueblo del 18 de diciembre de 1917, el divorcio ha dejado de ser un lujo accesible sólo a los ricos; desde ahora en adelante, la mujer trabajadora no tendrá que esperar meses y meses, e incluso hasta años, para que sea tallada la petición de separación matrimonial que le dé derecho a independizarse de un marido borracho o brutal, acostumbrado a golpearla. Desde ahora en adelante el divorcio se podrá obtener amigablemente dentro del período de una o dos semanas todo lo más.

Pero es precisamente esta facilidad para obtener el divorcio, manantial de tantas esperanzas para las mujeres que son desgraciadas en su matrimonio, lo que asusta a otras mujeres, particularmente a aquellas que consideran todavía al marido como el «proveedor» de la familia, como el

único sostén en la vida, a esas mujeres que no comprenden todavía que *deben acostumbrarse a buscar y a encontrar ese sostén en otro sitio, no en la persona del hombre, sino en la persona de la sociedad, en el Estado*.

II. DESDE LA FAMILIA GENÉSICA A NUESTROS DÍAS

No hay ninguna razón para pretender engañarnos a nosotros mismos: la familia normal de los tiempos pasados, en la cual el hombre lo era todo y la mujer nada —puesto que no tenía voluntad propia, ni dinero propio, ni tiempo del que disponer libremente—, este tipo de familia sufre modificaciones día por día, y actualmente es casi una cosa del pasado, lo cual no debe asustarnos.

Bien sea por error o ignorancia, estamos dispuestos a creer que todo lo que nos rodea debe permanecer inmutable, mientras todo lo demás cambia. *Siempre ha sido así y siempre lo será*. Esta afirmación es un error profundo.

Para darnos cuenta de su falsedad, no tenemos más que leer cómo vivían las gentes del pasado, e inmediatamente veremos cómo todo está sujeto a cambio y cómo no hay costumbres, ni organizaciones políticas, ni moral que permanezcan fijas e inviolables.

Así, pues, la familia ha cambiado frecuentemente de forma en las diversas ¿-pocas de la historia de la humanidad. Hubo épocas en que la familia fue completamente distinta a como estamos acostumbrados a admitirla.

Hubo un tiempo en que la única forma de familia que se consideraba normal era la llamada familia *genésica*, es decir, aquella en que el cabeza de familia era la *anciana madre*, en torno a la cual se agrupaban, en la vida y en el trabajo común, los hijos, nietos y biznietos.

La familia *patriarcal* fue en otros tiempos considerada también como la única forma posible de familia, presidida por un *padre-amo*, cuya voluntad era ley para todos los demás miembros de la familia. Aun en nuestros tiempos se pueden encontrar en las aldeas rusas familias campesinas de ese tipo. En realidad podemos afirmar que en esas localidades la moral y las leyes que rigen la vida familiar son completamente distintas de las que reglamentan la vida de la familia del obrero de la ciudad. En el campo existen todavía gran número de costumbres que ya no es posible encontrar en la familia de la ciudad proletaria.

El tipo de familia, sus costumbres, etc., varían según las razas. Hay pueblos, como por ejemplo los turcos, árabes y persas, entre los cuales la ley autoriza al marido el tener varias mujeres. Han existido y todavía se encuentran tribus que toleran la costumbre contraria, es decir, que la mujer tenga varios maridos.

La moralidad al uso del hombre de nuestro tiempo le autoriza para exigir de las jóvenes virginidad hasta su matrimonio legítimo. Pero, sin embargo, hay tribus en las que ocurre todo lo contrario: la mujer tiene por orgullo haber tenido muchos amantes, y se engalana brazos y piernas con brazaletes que indican el número…

Diversas costumbres, que a nosotros nos sorprenden, hábitos que podemos incluso calificar de inmorales, los practican otros pueblos, con la sanción *divina*, mientras que, por su parte, califican de «pecaminosas» muchas de nuestras costumbres y leyes.

Por lo tanto, no hay ninguna razón para que nos aterroricemos ante el hecho de que la familia sufra un cambio, porque gradualmente se descarten vestigios del pasado vividos hasta ahora, ni porque se implanten nuevas relaciones entre el hombre y la mujer. No tenemos más que preguntarnos: ¿qué es lo que ha muerto en nuestro viejo sistema familiar y qué relaciones hay entre el hombre trabajador y la mujer trabajadora, entre el campesino y la campesina?

¿Cuáles de sus respectivos derechos y deberes armonizan mejor con las condiciones de vida de la nueva Rusia? Todo lo que sea compatible con el nuevo estado de cosas se mantendrá; lo demás, toda esa anticuada morralla que hemos heredado de la maldita época de servidumbre y dominación, que

era la característica de los terratenientes y capitalistas, todo eso tendrá que ser barrido juntamente con la misma clase explotadora, con esos enemigos del proletariado y de los pobres.

III. EL CAPITALISMO HA DESTRUIDO LA VIEJA VIDA FAMILIAR

La familia, en su forma actual, no es más que una de tantas herencias del pasado. Sólidamente unida, compacta en sí misma en sus comienzos, e indisoluble —tal era el carácter del matrimonio santificado por el cura—, la familia era igualmente necesaria para cada uno de sus miembros. Porque, ¿quién se hubiera ocupado de criar, vestir y educar a los hijos de no ser la familia? ¿Quién se hubiera ocupado de guiarlos en la vida? Triste suerte la de los huérfanos en aquellos tiempos; era el peor destino que pudiera tocarle a uno en suerte.

En el tipo de familia a que estamos acostumbrados, es el marido el que gana el sustento, el que mantiene a la mujer y a los hijos. La mujer, por su parte, se ocupa de los quehaceres domésticos y de criar a los hijos como le parece.

Pero, desde hace un siglo, esta forma corriente de familia ha experimentado una destrucción progresiva en todos los países del mundo, en los que domina el capitalismo, en aquellos países en que el número de fábricas crece rápidamente, juntamente con otras empresas capitalistas que emplean trabajadores.

Las costumbres y la moral familiar se forman simultáneamente como consecuencia de las condiciones generales de la vida que rodea a la familia. Lo que más ha contribuido a que se modificasen las costumbres familiares de una manera radical, ha sido, indiscutiblemente, la enorme expansión que

ha adquirido por todas partes el trabajo asalariado de la mujer. Anteriormente, era el hombre el único sostén posible de la familia. Pero desde los últimos cincuenta o sesenta años, hemos experimentado en Rusia (con anterioridad en otros países) que el régimen capitalista obliga a las mujeres a buscar trabajo remunerador fuera de la familia, fuera de su casa.

IV. TREINTA MILLONES DE MUJERES SOPORTAN UNA DOBLE CARGA

Como el salario del hombre *sostén de la familia* resultaba insuficiente para cubrir las necesidades de la misma, la mujer se vio obligada a su vez a buscar trabajo remunerado; la madre tuvo que llamar también a la puerta de la fábrica. Año por año, día tras día, fue creciendo el número de mujeres pertenecientes a la clase trabajadora que abandonaban sus casas para ir nutrir las filas de las fábricas, para trabajar como obreras, dependientas, oficinistas, lavanderas o criadas.

Según cálculos de antes de la Gran Guerra, en los países de Europa y América ascendían a sesenta millones las mujeres que se ganaban la vida con su trabajo. Durante la guerra este número aumentó considerablemente.

La inmensa mayoría de estas mujeres estaban casadas; fácil es imaginamos la vida familiar que podrían disfrutar, ¡Qué vida familiar puede existir donde la esposa y madre se va de casa durante ocho horas diarias, diez mejor dicho (contando el viaje de ida y vuelta)! La casa queda necesariamente descuidada; los hijos crecen sin ningún cuidado maternal, abandonados a sí mismos en medio de los peligros de la calle, en la cual pasan la mayor parte del tiempo.

La mujer casada, la madre que es obrera, suda sangre para cumplir con tres tareas que pesan al mismo tiempo sobre ella, disponer de las horas

necesarias para el trabajo, lo mismo que hace su marido, en alguna industria o establecimiento comercial; consagrarse después, lo mejor posible, a los quehaceres domésticos, y, por último, cuidar de sus hijos.

El capitalismo ha cargado sobre los hombros de la mujer trabajadora un peso que la aplasta; la ha convertido en obrera, sin aliviarla de sus cuidados de ama de casa y madre.

Por lo tanto, nos encontramos con que la mujer se agota como consecuencia de esta triple e insoportable carga, que con frecuencia expresa con gritos de dolor y hace asomar lágrimas a sus ojos.

Los cuidados y las preocupaciones han sido en todo tiempo el destino de la mujer; pero nunca ha sido su vida más desgraciada, más desesperada que en estos tiempos bajo el régimen capitalista, precisamente cuando la industria atraviesa su período de máxima expansión.

V. LOS TRABAJADORES APRENDEN A EXISTIR SIN VIDA FAMILIAR

Cuanto más se extiende el trabajo asalariado de la mujer, más progresa la descomposición de la familia. ¡Qué vida familiar puede haber donde el hombre y la mujer trabajan en la fábrica, en secciones diferentes, si la mujer no dispone siquiera del tiempo necesario para guisar una comida medianamente buena para sus hijos! ¡Qué vida familiar puede ser la de una familia en la que el padre y la madre pasan fuera de casa la mayor parte de las veinticuatro horas del día, entregados a un duro trabajo, que les impide dedicar unos cuantos minutos a sus hijos.

En épocas anteriores, era completamente diferente. La madre, el ama de la casa, permanecía en el hogar, se ocupaba de las tareas domésticas y de sus hijos, a los cuales no dejaba de observar, siempre vigilante. Hoy día,

desde las primeras horas de la mañana hasta que suena la sirena de la fábrica, la mujer trabajadora corre apresurada para llegar a su trabajo; por la noche, de nuevo, al sonar la sirena, vuelve precipitadamente a casa para preparar la sopa y hacer los quehaceres domésticos indispensables. A la mañana siguiente, después de breves horas de sueño, comienza otra vez para la mujer su pesada carga. No puede sorprendernos, por lo tanto, el hecho de que, debido a estas condiciones de vida, se deshagan los lazos familiares y la familia se disuelva cada día más. Poco a poco va desapareciendo todo aquello que convertía a la familia en un todo sólido, todo aquello que constituía sus seguros cimientos. *La familia es cada vez menos necesaria a sus propios miembros y al Estado*. Las viejas formas familiares se convierten en un obstáculo.

¿En qué consistía la fuerza de la familia en los tiempos pasados? En primer lugar, en el hecho de que era el marido, el padre, el que mantenía a la familia; en segundo lugar, el hogar era algo igualmente necesario a todos los miembros de la familia, y en tercer y último lugar, en que los hijos eran educados por los padres.

¿Qué es lo que queda actualmente de todo esto? El marido, como hemos visto, ha dejado de ser el sostén único de la familia. La mujer, que va a trabajar, se ha convertido, a este respecto, en igual a su marido. Ha aprendido no sólo a ganarse la vida, sino también, con gran frecuencia, a ganar la de sus hijos y su marido. Queda todavía, sin embargo, la función de la familia de criar y mantener a los hijos mientras son pequeños. Veamos ahora, en realidad, lo que subsiste de esta obligación.

VI. EL TRABAJO CASERO NO ES YA UNA NECESIDAD

Hubo un tiempo en que la mujer de la clase pobre, tanto en la ciudad como en el campo, pasaba su vida entera en el seno de la familia. La mujer no sabía nada de lo que ocurría más allá del umbral de su casa y es casi seguro que tampoco deseaba saberlo. En compensación, tenía dentro de su casa las más variadas ocupaciones, todas útiles y necesarias, no sólo para la vida de la familia en sí, sino también para la de todo el Estado.

La mujer hacía, es cierto, todo lo que hoy hace cualquier mujer obrera o campesina. Guisaba, lavaba, limpiaba la casa y planchaba la ropa de la familia. Pero no hacía esto sólo. Tenía sobre sí, además, una serie de obligaciones que no tienen ya las mujeres de nuestro tiempo: hilaba la lana y el lino; tejía las telas y los adornos, las medias y los calcetines; hacía encajes y se dedicaba, en la medida de las posibilidades familiares, a las tareas de la conservación de carnes y demás alimentos; destilaba las bebidas de la familia, e incluso moldeaba las velas para la casa.

¡Cuán diversas eran las tareas de la mujer en los tiempos pasados! Así pasaron la vida nuestras madres y abuelas. Aun en nuestros días, allá en remotas aldeas, en pleno campo, sin contacto con las líneas férreas o lejos de los grandes ríos, se pueden encontrar pequeños núcleos donde se conserva todavía, sin modificación alguna, este modo de vida de los buenos tiempos del pasado, en la que el ama de casa realizaba una serie de trabajos de los que no tienen noción las mujeres trabajadoras de las grandes ciudades o de las regiones de gran población industrial, desde hace mucho tiempo.

VII. EL TRABAJO INDUSTRIAL DE LA MUJER EN EL HOGAR

En los tiempos de nuestras abuelas eran absolutamente necesarios y útiles todos los trabajos domésticos de la mujer, de los que dependía el bienestar de la familia. Cuanto más se dedicaba la mujer de su casa a estas tareas, tanto mejor era la vida en el hogar, más orden y abundancia se reflejaban en la casa. Hasta el propio Estado podía beneficiarse un tanto de las actividades de la mujer como ama de casa. Porque, en realidad, la mujer de otros tiempos no se limitaba a preparar purés para ella o su familia, sino que sus manos producían muchos otros productos de riqueza, tales como telas, hilo, mantequilla, etc., cosas que podían llevarse al mercado y ser consideradas como mercancías, como cosas de valor.

Es cierto que en los tiempos de nuestras abuelas y bisabuelas, el trabajo no era evaluado en dinero. Pero no había ningún hombre, fuera campesino u obrero, que no buscase como compañera una mujer con «manos de oro», frase todavía proverbial entre el pueblo.

Porque sólo los recursos del hombre, *sin el trabajo doméstico de la mujer*, no hubieran bastado para mantener el hogar.

En lo que se refiere a los intereses del Estado, a los intereses de la nación, coincidían con los del marido; cuanto más trabajadora resultaba la mujer en el seno de la familia, tantos más productos de todas clases producía: telas, cueros, lana, cuyo sobrante podía ver vendido en el mercado de las cercanías; consecuentemente, la «mujer de su casa» contribuía a aumentar en su conjunto la prosperidad económica del país.

VIII. LA MUJER CASADA Y LA FABRICA

El capitalismo ha modificado totalmente esta antigua manera de vida. Todo lo que antes se producía en el seno de la familia, se fabrica ahora en grandes cantidades en los talleres y en las fábricas. La máquina sustituyó a los ágiles dedos del ama de casa. ¿Que mujer de su casa trabajaría hoy día

en moldear velas, hilar o tejer tela? Todos estos productos pueden adquirirse en la tienda más próxima. Antes, todas las muchachas tenían que aprender a tejer sus medias: ¿es posible encontrar en nuestros tiempos una joven obrera que se haga las medias? En primer lugar, carece del tiempo necesario para ello. El tiempo es dinero y no hay nadie que quiera perderlo de una manera improductiva, es decir, sin obtener ningún provecho. Actualmente, toda mujer de su casa, que es a la vez una obrera, prefiere comprar las medias hechas que perder tiempo haciéndolas.

Pocas mujeres trabajadoras, y sólo en casos aislados, podremos encontrar hoy día que preparen las conservas para la familia, cuando la realidad es que en la tienda de comestibles de al lado de su casa puede comprarlas perfectamente preparadas. Aun en el caso de que el producto vendido en la tienda sea de una calidad inferior, o que no sea tan bueno como el que pueda hacer un ama de casa ahorrativa en su hogar, la mujer trabajadora no tiene ni tiempo ni energías para dedicarse a todas las laboriosas operaciones que requiere un trabajo de esta clase.

La realidad, pues, es que la familia contemporánea se independiza cada vez más de todos aquellos trabajos domésticos, sin cuya preocupación no hubieran podido concebir la vida familiar nuestras abuelas.

Lo que se producía anteriormente en el seno de la familia se produce actualmente con el trabajo común de hombres y mujeres trabajadoras en las fábricas y talleres.

IX. LOS QUEHACERES INDIVIDUALES ESTÁN LLAMADOS A DESAPARECER

La familia actualmente consume sin producir. Las tareas esenciales del ama de casa han quedado reducidas a cuatro; limpieza (suelos, muebles,

calefacción, etc.); cocina (preparación de comida y cena): lavado y cuidado de la ropa blanca y vestidos de la familia (remendado y planchado de la ropa).

Estos son trabajos agotadores. Consumen todas las energías y todo el tiempo de la mujer trabajadora, que, además, tiene que trabajar en una fábrica.

Ciertamente los quehaceres de nuestras abuelas comprendían muchas más operaciones, pero sin embargo, estaban dotados de una cualidad de la que carecen los trabajos domésticos de la mujer obrera de nuestros días; éstos han perdido su cualidad de trabajos útiles al Estado desde el punto de vista de la economía nacional, porque son trabajos con los que no se crean nuevos valores. Con ellos no se contribuye a la prosperidad del país.

Es inútil que la mujer trabajadora se pase el día desde la mañana hasta la noche limpiando su casa, lavando y planchando la ropa, consumiendo sus energías para conservar sus gastadas ropas en orden, matándose para preparar con sus modestos recursos la mejor comida posible, porque cuando termine el día no quedará, a pesar de sus esfuerzos, un resultado material de todo su trabajo diario; con sus manos infatigables no habrá creado en todo el día nada que pueda ser considerado como una mercancía en el mercado comercial. Mil años que viviera todo seguiría igual para la mujer trabajadora. Todas las mañanas habría que quitar polvo de la cómoda; el marido vendría con ganas de cenar por la noche y sus chiquitines volverían siempre a casa con los zapatos llenos de barro… El trabajo del ama de casa reporta cada día menos utilidad, es cada vez más improductivo.

X. LA AURORA DEL TRABAJO CASERO COLECTIVO

Los trabajos caseros en forma individual han comenzado a desaparecer y de día en día van siendo sustituidos por el trabajo casero colectivo, y llegará un día, más pronto o más tarde, en que la mujer trabajadora no tendrá que ocuparse de su propio hogar.

En la Sociedad Comunista del mañana, estos trabajos serán realizados por una categoría especial de mujeres trabajadoras dedicadas únicamente a estas ocupaciones.

Las mujeres de los ricos, hace ya mucho tiempo que viven libres de estas desagradables y fatigosas tareas. ¿Por qué tiene la mujer trabajadora que continuar con esta pesada carga?

En la Rusia Soviética, la vida de la mujer trabajadora debe estar rodeada de las mismas comodidades, la misma limpieza, la misma higiene, la misma belleza, que hasta ahora constituía el ambiente de las mujeres pertenecientes a las clases adineradas. En una Sociedad Comunista la mujer trabajadora no tendrá que pasar sus escasas horas de descanso en la cocina, porque en la Sociedad Comunista *existirán restaurantes públicos y cocinas centrales* en los que podrá ir a comer todo el mundo.

Estos establecimientos han ido en aumento en todos los países, incluso dentro del régimen capitalista. En realidad, se puede decir que desde hace medio siglo aumentan de día en día en todas las ciudades de Europa; crecen como las setas después de la lluvia otoñal. Pero mientras en un sistema capitalista sólo gentes con bolsas bien repletas pueden permitirse el gusto de comer en los restaurantes, en una ciudad comunista estarán al alcance de todo el mundo.

Lo mismo se puede decir del lavado de la ropa y demás trabajos caseros. La mujer trabajadora no tendrá que ahogarse en un océano de porquería ni estropearse la vista remendando y cosiendo la ropa por las noches. No tendrá más que llevarla cada semana a los *lavaderos centrales* para ir a buscarla después lavada y planchada. De este modo tendrá la mujer trabajadora una preocupación menos.

La organización de talleres especiales para planchar y remendar la ropa ofrecerán a la mujer trabajadora la oportunidad de dedicarse por las noches a lecturas instructivas, a distracciones saludables, en vez de pasarlas como hasta ahora en tareas agotadoras.

Por lo tanto, vemos que las cuatro últimas tareas domésticas que todavía pesan sobre la mujer de nuestros tiempos, desaparecerán con el triunfo del régimen comunista.

No tendrá de qué quejarse la mujer obrera, porque la Sociedad comunista habrá terminado con el yugo doméstico de la mujer para hacer su vida más alegre, más rica, más libre y más completa.

XI. LA CRIANZA DE LOS HIJOS EN EL RÉGIMEN CAPITALISTA

¿Qué quedará de la familia cuando hayan desaparecido todos estos quehaceres del trabajo casero individual? Todavía tendremos que luchar con el problema de *los hijos*. Pero en lo que se refiere a esta cuestión, el Estado de los Trabajadores acudirá en auxilio de la familia, sustituyéndola; gradualmente, la Sociedad se hará cargo de todas aquellas obligaciones que antes recaían sobre los padres.

Bajo el régimen capitalista *la instrucción del niño ha cesado de ser una obligación de los padres*. El niño aprende en la escuela. En cuanto el niño entra en la edad escolar, los padres respiran más libremente. Cuando llega este momento, el desarrollo intelectual del hijo deja de ser un asunto de su incumbencia.

Sin embargo, con ello no terminaban todas las obligaciones de la familia con respecto al niño. Todavía subsistía la obligación de alimentar al niño, de calzarle, vestirle, convertirlo en obrero diestro y honesto para que, con el tiempo, pudiera bastarse a sí mismo y ayudar a sus padres cuando éstos llegaran a viejos.

Pero lo más corriente era, sin embargo, que la familia obrera no pudiera casi nunca cumplir enteramente estas obligaciones con respecto a sus hijos.

El reducido salario de que depende la familia obrera, no le permite ni tan siquiera dar a sus hijos lo suficiente para comer, mientras que el excesivo trabajo que pesa sobre los padres les impide dedicar a la educación de la joven generación toda la atención a que obliga este deber. Se daba por sentado que la familia se ocupaba de la crianza de los hijos. ¿Pero lo hacía en realidad? Más justo sería decir que es en la calle donde se crían los hijos de los proletarios. Los niños de la clase trabajadora desconocen las satisfacciones de la vida familiar, placeres de los cuales participamos todavía nosotros con nuestros padres.

Pero, además, hay que tener en cuenta que lo reducido de los jornales, la inseguridad en el trabajo y hasta el hambre, convierten frecuentemente al niño de diez años de la clase trabajadora, en un obrero independiente a su vez. Desde este momento, tan pronto como el hijo (lo mismo si es chico o chica) comienza a ganar un jornal, se considera a sí mismo dueño de su persona, hasta tal punto que las palabras y los consejos de sus madres dejan de causarle la menor impresión, es decir, que se debilita la autoridad de los padres y termina la obediencia.

A medida que van desapareciendo uno a uno los trabajos domésticos de la familia, todas las obligaciones de sostén y crianza de los hijos son desempeñadas por la sociedad en lugar de por los padres. Bajo el sistema capitalista, los hijos eran con demasiada frecuencia, en la familia proletaria, una carga pesada e insostenible.

XII. EL NIÑO Y EL ESTADO COMUNISTA

En este aspecto también acudirá la sociedad comunista en auxilio de los padres. En Rusia Soviética, se han emprendido, merced a los Comisariados de Educación Pública y Bienestar Social, grandes adelantos. En este aspecto

se han hecho ya muchas cosas para facilitar la tarea de la familia de criar y mantener a los hijos.

Existen ya casas para los niños lactantes, guarderías infantiles, jardines de la infancia, colonias y hogares para niños, enfermerías y sanatorios para los enfermos o delicados, restaurantes, comedores gratuitos para los alumnos en las escuelas, libros de estudio gratuitos, ropas de abrigo y calzado para los niños de los establecimientos de enseñanza. ¿Todo esto no demuestra suficientemente que el niño sale ya del marco estrecho de la familia, pasando la carga de su crianza y educación de los padres a la colectividad?

Los cuidados de los padres con respecto a los hijos, pueden clasificarse en tres grupos; 1.º, cuidados que los niños requieren imprescindiblemente en los primeros tiempos de su vida; 2.º, los cuidados que supone la crianza del niño, y 3.º los cuidados que necesita la educación del niño.

Lo que se refiere a la instrucción de los niños, en escuelas primarias, institutos y universidades, se ha convertido ya en una obligación del Estado, incluso en la sociedad capitalista.

Por otra parte, las ocupaciones de la clase trabajadora, sus condiciones de vida, obligaban, incluso en la sociedad capitalista, a la creación de lugares de juego, guarderías, asilos, etc. Cuanto más conciencia tenga la clase trabajadora de sus derechos, cuanto mejor estén organizados en cualquier Estado específico, tanto más interés tendrá la sociedad en el problema de aliviar a la familia del cuidado de los hijos.

Pero la sociedad burguesa tiene miedo de ir demasiado lejos en lo que respecta a considerar los intereses de la clase trabajadora, y mucho más si contribuye de este modo a la desintegración de la familia.

Los capitalistas se dan perfecta cuenta de que el viejo tipo de familia, en la que la esposa es una esclava y el hombre es responsable del sostén y bienestar de la familia, de que una familia de esta clase es la mejor arma para ahogar los esfuerzos del proletariado hacia su libertad, para debilitar el espíritu revolucionario del hombre y de la mujer proletarios. La preocupación por lo que le pueda pasar a su familia, priva al obrero de toda su firmeza, le obliga a transigir con el capital. ¿Qué no harán los padres proletarios cuando sus hijos tienen hambre?

Contrariamente a lo que sucede en la sociedad capitalista, que no ha sido capaz de transformar la educación de la juventud en una verdadera función social, en una obra del Estado, la sociedad Comunista considerará como base real de sus leyes y costumbres, como la primera piedra del nuevo edificio, la educación social de la generación naciente.

No será la familia del pasado, mezquina y estrecha, con riñas entre los padres, con sus intereses exclusivistas para sus hijos, la que moldeará al hombre de la sociedad del mañana.

El hombre nuevo, de nuestra nueva sociedad, será moldeado por las organizaciones socialistas, jardines infantiles, residencias, guarderías de niños, etc., y muchas otras instituciones de este tipo, en las que el niño pasará la mayor parte del día y en las que educadores inteligentes le convertirán en un comunista consciente de la magnitud de esta inviolable divisa: solidaridad, camaradería, ayuda mutua y devoción a la vida colectiva.

XIII. LA SUBSISTENCIA DE LA MADRE ASEGURADA

Veamos ahora, una vez que no se precisa atender a la crianza y educación de los hijos, qué es lo que quedará de las obligaciones de la familia con respecto a los hijos, particularmente después que haya sido aliviada de la mayor parte de los cuidados materiales que lleva consigo el nacimiento de un hijo, o sea, excepción hecha de los cuidados que requiere el niño recién nacido cuando todavía necesita de la atención de su madre, mientras aprende a andar, agarrándose a las faldas de su madre. En esto también el Estado Comunista acude presuroso en auxilio de la madre trabajadora. Ya no existirá la madre agobiada con un chiquillo en brazos. El

Estado de los Trabajadores se encargará de la obligación de asegurar la subsistencia a todas las madres, estén o no legítimamente casadas, en tanto que amamanten a su hijo; instalará por doquier casas de maternidad, organizará en todas las ciudades y en todos los pueblos guarderías e instituciones semejantes para que la mujer pueda ser útil trabajando para el Estado mientras, al mismo tiempo, cumple sus funciones de madre.

XIV. EL MATRIMONIO DEJARA DE SER UNA CADENA

Las madres obreras no tienen por qué alarmarse. La sociedad Comunista no pretende separar a los hijos de los padres, ni arrancar al recién nacido del pecho de su madre. No abriga la menor intención de recurrir a la violencia para destruir la familia como tal. Nada de eso. Estas no son las aspiraciones de la Sociedad Comunista

¿Qué es lo que presenciamos hoy? Pues que se rompen los lazos de la gastada familia. Esta, gradualmente, se va libertando de todos los trabajos domésticos que anteriormente eran otros tantos pilares que sostenían la familia como un todo social. ¿Los cuidados de la limpieza, etc., de la casa? También parece que han demostrado su inutilidad. ¿Los hijos? Los padres proletarios no pueden ya atender a su cuidado: no les pueden asegurar ni su subsistencia ni su educación.

Esta es la situación real cuyas consecuencias sufren por igual los padres y los hijos.

Por lo tanto, la Sociedad Comunista se acercará al hombre y a la mujer proletarios para decirles. «Sois jóvenes y os amáis. Todo el mundo tiene derecho a la felicidad. Por eso debéis vivir vuestra vida. No tengáis miedo al matrimonio, aun cuando el matrimonio no fuera más que una cadena para

el hombre y la mujer de la clase trabajadora en la sociedad capitalista. Y, sobre todo, no temáis, siendo jóvenes y saludables el dar a vuestro país nuevos obreros, nuevos ciudadanos niños. La sociedad de los trabajadores necesita de nuevas fuerzas de trabajo; saluda la llegada de cada recién venido al mundo. Tampoco temáis por el futuro de vuestro hijo; vuestro hijo no conocerá ni el hambre, ni el frío. No será desgraciado, ni quedará abandonado a su suerte como sucedía en la sociedad capitalista.» Tan pronto como el nuevo ser llegue al mundo, el Estado de la clase Trabajadora, la Sociedad Comunista asegurará al hijo y a la madre una ración para su subsistencia y cuidados solícitos. La Patria comunista alimentará, criará y educará al niño. Pero esta patria no intentará, en modo alguno, arrancar al hijo de los padres que quieran participar en la educación de sus pequeñuelos. La Sociedad Comunista tomará a su cargo todas las obligaciones de la educación del niño, pero nunca despojará de las alegrías paternales, de las satisfacciones maternales a aquellos que sean capaces de apreciar y comprender estas alegrías. ¿Se puede, pues, llamar a esto destrucción de la familia por la violencia o separación a la fuerza de la madre y el hijo?

XV. LA FAMILIA COMO UNIÓN DF AFECTOS Y CAMARADERÍA

Hay algo que no se puede negar y es el hecho de que le ha llegado su hora al viejo tipo de familia. No tiene de ello la culpa el Comunismo: es el resultado del cambio experimentado por las condiciones de vida. *La familia ha dejado de ser una necesidad para el Estado como ocurría en el pasado*.

Todo lo contrario, resulta algo peor que inútil, puesto que sin necesidad impide que las mujeres de la clase trabajadora puedan realizar un trabajo

mucho más productivo y mucho más importante. Tampoco es ya necesaria la familia a los miembros de ella, puesto que la tarea de criar a los hijos, que antes le pertenecía por completo, pasa cada vez más a manos de la colectividad.

Sobre las ruinas de la vieja vida familiar, veremos pronto resurgir una nueva forma de familia que supondrá relaciones completamente diferentes entre el hombre y la mujer, basadas *en una unión de afectos y camaradería, en una unión de dos personas iguales en ta Sociedad Comunista, las dos libres, las dos independientes, las dos obreras.* ¡No más «servidumbre» doméstica para la mujer! ¡No más desigualdad en el seno mismo de la familia! ¡No más temor por parte de la mujer de quedarse sin sostén y ayuda si el marido la abandona!

La mujer, en la Sociedad Comunista, no dependerá de su marido, sino que sus robustos brazos serán los que le proporcionen el sustento. Se acabará con la incertidumbre sobre la suerte que puedan correr los hijos. El estado comunista asumirá todas estas responsabilidades. El matrimonio quedará purificado de todos sus elementos materiales, de todos los cálculos de dinero que constituyen la repugnante mancha de la vida familiar de nuestro tiempo. El matrimonio se transformará desde ahora en adelante en la unión sublime de dos almas que se aman, que se profesen fe mutua; una unión de este tipo promete a todo obrero, a toda obrera, la más completa felicidad el máximo de la satisfacción que les puede caber a criaturas conscientes de sí mismas y de la vida que les rodea.

Esta *unión libre*, fuerte en el sentimiento de camaradería en que está inspirada, *en vez de la esclavitud conyugal del pasado, es lo que la sociedad comunista del mañana ofrecerá a hombres y mujeres*.

Una vez se hayan transformado las condiciones de trabajo, una vez haya aumentado la seguridad material de la mujer trabajadora; una vez haya desaparecido el matrimonio tal y como lo consagraba la Iglesia —esto es, el llamado matrimonio indisoluble que no era en el fondo más que un mero fraude—, una vez este matrimonio sea sustituido por la unión libre y honesta de hombres y mujeres que se aman y son camaradas, habrá comenzado a desaparecer otro vergonzoso azote, otra calamidad horrorosa

que mancilla a la humanidad y cuyo peso recae por entero sobre el hambre de la mujer trabajadora: la prostitución.

XVI. SE ACABARÁ PARA SIEMPRE LA PROSTITUCIÓN

Esta vergüenza se la debemos al sistema económico hoy en vigor, a la existencia de la propiedad privada. Una vez haya desaparecido la propiedad privada, desaparecerá automáticamente el comercio de la mujer.

Por lo tanto, la mujer de la clase trabajadora debe dejar de preocuparse porque esté llamada a desaparecer la familia tal y conforme está constituida en la actualidad. Sería mucho mejor que saludaran con alegría la aurora de una nueva sociedad, que liberará a la mujer de la servidumbre doméstica, que aliviará la carga de la maternidad para la mujer, una sociedad en la que, finalmente, veremos desaparecer la más terrible de las maldiciones que pesan sobre la mujer: la prostitución.

La mujer, a la que invitamos a que luche por la gran causa de la liberación de los trabajadores, tiene que saber que en el Nuevo Estado no habrá motivo alguno para separaciones mezquinas, como ocurre ahora.

«Estos son mis hijos. Ellos son los únicos a quienes debo toda mi atención maternal todo mi afecto; esos son hijos tuyos; son los hijos del vecino. No tengo nada que ver con ellos. Tengo bastante con los míos propios.»

Desde ahora, la madre obrera que tenga plena conciencia de su función social, se elevará a tal extremo que llegará a no establecer diferencias entre «los tuyos y los míos»; tendrá que recordar siempre que desde ahora no habrá más que «nuestros» hijos, los del Estado Comunista, posesión común de todos los trabajadores.

XVII. LA IGUALDAD SOCIAL DEL HOMBRE Y LA MUJER

El Estado de los Trabajadores tiene necesidad de una nueva forma de relación entre los sexos. El cariño estrecho y exclusivista de la madre por sus hijos, tiene que ampliarse hasta dar cabida a todos los niños de la gran familia proletaria.

En vez del matrimonio indisoluble, basado en la servidumbre de la mujer, veremos nacer la unión libre fortificada por el amor y el respeto mutuo de dos miembros del Estado Obrero, iguales en sus derechos y en sus obligaciones.

En vez de la familia de tipo individual y egoísta, se levantará una gran familia universal de trabajadores, en la cual todos los trabajadores, hombres y mujeres, serán ante todo obreros y camaradas. Estas serán las relaciones entre hombres y mujeres en la Sociedad Comunista de mañana. Estas nuevas relaciones asegurarán a la humanidad todos los goces del llamado amor libre, ennoblecido por una verdadera igualdad social entre compañeros, goces que son desconocidos en la sociedad comercial del régimen capitalista.

¡Abrid paso a la existencia de una infancia robusta y sana: abrid paso a una juventud vigorosa que ame la vida con todas sus alegrías, una juventud libre en sus sentimientos y en sus afectos!

Esta es la consigna de la Sociedad Comunista. En nombre de la igualdad, de la libertad y del amor, hacemos un llamamiento a todas las mujeres trabajadoras, a todos los hombres trabajadores, mujeres campesinas y campesinos para que resueltamente y llenos de fe se entreguen al trabajo de reconstrucción de la sociedad humana para hacerla más perfecta, más justa y más capaz de asegurar al individuo la felicidad a que tiene derecho.

La bandera roja de la revolución social que ondeará después de Rusia en otros países del mundo, proclama que ya no está lejos el momento en que podamos gozar del cielo en la tierra, a lo que la humanidad aspira desde hace siglos.

PLATAFORMA
DE LA OPOSICIÓN OBRERA

LA OPOSICIÓN OBRERA[*]

¿Qué es la Oposición Obrera? Bajo el punto de vista de nuestro partido y de la revolución obrera internacional, ¿debemos felicitarnos de su existencia, o considerarla como algo perjudicial y capaz de disolver el partido, como un fenómeno «políticamente peligroso», según ha declarado Trotsky últimamente, durante la discusión abierta sobre los sindicatos?

Para contestar a estas preguntas, que interesan y des conciertan a muchos de nuestros camaradas obreros y obreras, hay que preguntarse ante todo: 1) cuál es la composición de la Oposición Obrera y cómo se ha constituido; 2) cuál es la cuestión de fondo en la divergencia entre nuestros camaradas de los centros dirigentes del Partido y la Oposición Obrera.

Un hecho muy significativo sobre el cual nunca insistiremos bastante ante nuestros dirigentes es que la Oposición agrupa, dentro de las filas comunistas, al sector avanzado de los proletarios organizados. La Oposición cuenta casi exclusivamente con profesionales —los nombres de los firmantes de las tesis de la Operación sobre el papel de los sindicatos lo confirman. Ahora bien, ¿qué son los profesionales? Son obreros, la vanguardia, la cabeza del proletariado ruso, que ha soportado todo el peso de la lucha revolucionaria y que, en vez de dispersarse en las oficinas estatales y de perder con ello la vinculación con las masas obreras ha permanecido, por el contrario, ligada a ellas. Ser un profesional, conservar relaciones sólidas y vivas con el sindicato, con los obreros de su misma rama, durante estos años tormentosos en que el centro de gravedad de la vida social y política se ha desplazado, yendo más allá del terreno profesional, no es fácil ni sencillo. La oleada revolucionaria ha arrastrado muy lejos de los sindicatos a los mejores elementos, los más capaces y activos del proletariado industrial, a unos al frente, a otros a la

administración, a otros ante mesas de oficina, frente a legajos, informes y proyectos.

Los sindicatos se han despoblado. Sólo los obreros con el más sólido espíritu proletario, la auténtica flor y nata de la clase revolucionaria, reacios a la corrupción del poder, a las mezquindades de la vanidad, a la tentación de hacer carrera en la administración, en una palabra a todo ese «burocratismo soviético», han conservado una vinculación estrecha con las masas, con los obreros, con estas «capas inferiores» de las que ellos mismos proceden, y han sabido preservar su ligamen orgánico con estos medios, contra la influencia de los pontífices del Estado soviético. En cuanto se calmó la situación en los frentes y la vida se orientó hacia la organización económica, estos proletarios auténticos e inquebrantables, estos representantes de su clase, los más preparados y sobresalientes, se apresuraron a despojarse del uniforme militar y a dejar de lado el papeleo para responder al llamamiento de sus hermanos, los obreros de fábrica, los millones de proletarios rusos que siguen teniendo, en la República Soviética del trabajo, una existencia miserable y vergonzosa de presidiarios… Estos camaradas, que están a la cabeza de la Oposición Obrera, han comprendido, con su instinto de clase, que algo no marcha. Han comprendido que a través de tres años de revolución hemos edificado, sin duda, el Estado Soviético y afianzado el principio de la República Obrera y Campesina de los trabajadores, pero que la clase obrera, como unidad social indivisible con determinadas necesidades, intereses y objetivos unánimes y homogéneos, que desea por lo tanto una política uniforme constante, clara y precisa, desempeña en la República Soviética un papel cada vez menos importante, imprime cada vez menos su sello en las medidas de toda especie que adopta su propio gobierno, dirige cada vez menos su política, influye cada vez menos sobre la actividad y las ideas de los órganos centrales del poder. Al principio de la revolución, ¿a quién se le hubiera ocurrido hablar de capas «inferiores» o «superiores»? Las «masas», es decir, las masas obreras y los centros dirigentes del partido, formaban un solo bloque. Las aspiraciones nacidas de la vida misma y de la lucha en el peldaño más bajo de la escalera encontraban su expresión más exacta, su formulación más clara y enérgica en los centros dirigentes del partido. No había ningún antagonismo entre la

cumbre y la base, no podía haber ninguno. Hoy, este antagonismo existe y ningún artificio propagandístico, ningún procedimiento de intimidación podrá alejar de la conciencia de las masas la idea de que los elementos que están en la cumbre de la administración soviética y del Partido comunista constituyen actualmente una nueva «capa social» perfectamente caracterizada.

Los profesionales que constituyen el núcleo esencial de la Oposición Obrera así lo han entendido, o, mejor dicho, lo han intuido con su preciso instinto de clase. Su primera preocupación ha sido la de vincularse a esas masas, ingresar en los sindicatos, que son el órgano de su clase, el órgano que ha quedado menos afectado por esos tres años de influencia disolvente de toda especie de intereses, extraños al proletariado (provenientes de la clase campesina y de elementos burgueses amoldados al régimen soviético), que deforman nuestra administración estatal y desvían nuestra política de su sincera linea de clase, orientándola hacia la ciénaga del oportunismo.

De modo que la Oposición Obrera está formada ante todo por los proletarios que han permanecido ante el banco o en la mina, por la carne de la carne de la clase obrera.

La Oposición Obrera resulta chocante por no tener grandes líderes ni personalidades, nada de lo que suele denominarse «jefes». Como todo movimiento sano y surgido de las relaciones sociales, ha aparecido en el seno de las masas obreras y sus raíces han crecido rápidamente en todas direcciones, llegando incluso a esos rincones de la Rusia Soviética donde ni siquiera se sabía aún que hubiera una oposición.

«Nosotros no teníamos ni idea de que en Moscú hubieran desacuerdos y discusiones sobre el papel de los sindicatos, dijo un delegado siberiano en el congreso de los mineros, pero ya nos inquietaban los mismos problemas que aquí se plantean.» Detrás de la Oposición Obrera están las masas proletarias o, mejor dicho, la Oposición Obrera es la parte más coherente, más consciente y más firme, hablando en términos de clase, de nuestro proletariado industrial. Considera que es inadmisible, mientras se edifica la economía comunista, suplantar la fuerza creadora del proletariado por una simple fachada de dictadura del proletariado.

Cuanto más subimos la escalera de los «puestos» del Estado soviético o del Partido comunista, menos partidarios de la Oposición encontramos. Cuanto más se penetra en el seno de las masas mayor eco encuentra el programa de la Oposición Obrera.

Éste es un hecho característico y significativo que deben tener en cuenta los centros dirigentes de nuestro partido. Si las masas se alejan de la cumbre, si se abre una brecha, una fisura entre los centros dirigentes y las capas inferiores, es señal de que no todo marcha bien en la cumbre; sobre todo si las masas no permanecen en silencio, sino que reflexionan, actúan, se defienden, hacen triunfar sus ideas. Los elementos de la cumbre sólo pueden desviar a las masas del camino recto que conduce a la victoria del comunismo si estas masas callan, se someten, siguen a sus jefes de forma pasiva y ciega. Esto es lo que ocurrió en 1914, al principio de la Guerra Mundial, cuando los obreros hicieron caso de los jefes y pensaron: «Conocen mejor que nosotros los caminos de la historia. Nuestra oposición instintiva a la guerra nos hace extraviar, reprimámosla, callémonos y hagamos caso de los veteranos». Pero cuando, por el contrario, la masa se agita, hace trabajar el cerebro, critica, cuando vota obstinada mente contra los admirados jefes —a pesar de sentir simpatía por ellos— y con ello se ve obligada a combatir, entonces el asunto se presenta grave. Entonces el deber del Partido es no ocultar la disputa, no intentar desprestigiar a la oposición colgándole calificativos injustificados y que no explican nada, sino al contrario preguntarse con toda sinceridad dónde y en qué está la base del desacuerdo y qué es lo que quiere la clase obrera, portavoz del comunismo y su único creador.

De modo que la Oposición Obrera representa al sector avanzado del proletariado que no ha cortado su vinculación orgánica con las masas obreras organizadas en sindicatos, y que no se ha dispersado en la administración del Estado.

EL FONDO DEL DESACUERDO

Antes de entrar en la cuestión de fondo del desacuerdo entre la Oposición Obrera y el punto de vista oficial representado por nuestros centros dirigentes, debemos recordar dos verdades: ante todo, que la Oposición Obrera ha nacido de las raíces mismas del proletariado industrial de la Rusia soviética, y que ha obtenido su fuerza no sólo de las espantosas condiciones de vida y de trabajo de siete millones de proletarios industriales, sino también de las múltiples desviaciones, oscilaciones y contradicciones de nuestra política gubernamental, e incluso de sus evidentes desviaciones de la línea de clase clara, francamente consecuente del programa comunista. En segundo lugar, hay que recordar que la oposición no está limitada a tal o cual región; no ha sido el fruto de diferencias o discusiones personales; se ha extendido, por el contrario, a toda la República Soviética, cuyas provincias han respondido todas unánimemente a cada una de las tentativas de nuestros camaradas de formular, expresar y determinar las razones profundas de la controversia, y de definir qué pretende la Oposición Obrera.

Hoy predomina la impresión de que el desacuerdo entre la Oposición Obrera y las tendencias de las capas superiores se resume en una manera diferente de concebir el papel y los objetivos de los sindicatos. Es falso. El desacuerdo es más profundo. Los representantes de la Oposición no siempre saben enunciarlo claramente y definirlo con precisión, pero basta con abordar una serie de problemas que conciernen a la estructura misma de nuestra República para que estalle el desacuerdo en torno a postulados fundamentales de carácter económico y político.

Los dos puntos de vista enfrentados, el de los dirigen tes de la cumbre de nuestro Partido y el de los representantes del proletariado organizado en sindicatos, se manifestaron por primera vez en el IX Congreso Panruso del Partido comunista, en torno a la cuestión de la dirección única o colegiada. La Oposición aún no existía como grupo constituido, pero estaba claro que los defensores del sistema colegial eran los representantes de los sindicatos, es decir de las organizaciones netamente proletarias, y que tenían contra ellos a los dirigentes del Partido, acostumbrados a juzgarlo todo bajo el punto de vista de la política de los distintos departamentos administrativos, política que exige una habilidad consumada para adaptarse a las

aspiraciones socialmente heterogéneas, y a veces contradictorias políticamente, de los diversos grupos sociales de la población: proletariado, pequeños propietarios, campesinos, burguesía (personificada por «especialistas» o pseudoespecialistas de toda ralea y todo tipo de formación).

¿Por qué fueron precisamente los sindicatos los que, inhábiles para sostener sus argumentos a favor de proposiciones científicamente lógicas, se declararon partidarios de sistema colegial, mientras los defensores de los «especialistas» fueron los campeones de la dirección única? Lo que ocurrió fue que, en este desacuerdo (a pesar de que las dos partes hayan negado toda importancia de principio a la cuestión), estaban en presencia dos puntos de vista basados en razones profundas e inconciliables. La dirección única es la encarnación misma de la concepción individualista que caracteriza a la clase burguesa. La dirección única, es decir, la voluntad de un hombre aislado, «libre», desligado de la colectividad, cualquiera que sea el terreno en que se manifieste, desde la autocracia del jefe de gobierno hasta la autocracia del director de fábrica, es la expresión más perfecta del pensamiento burgués. La burguesía no cree en la fuerza de la colectividad. Lo que pretende es reunir a la multitud en un rebaño obediente que pueda conducir a su gusto allí donde el guía quiera…

La clase obrera y sus intérpretes saben, por el contrario, que los nuevos objetivos de su clase, en una palabra, el comunismo, sólo puede realizarse mediante una creación colectiva, mediante el esfuerzo común de los propios obreros. Cuanto más compacta sea la colectividad obrera, tanto más acostumbradas estarán las masas a manifestar su voluntad y sus ideas colectivas y comunes, y tanto más completa y rápidamente la clase proletaria realizará su misión, es decir, edificará un sistema económico nuevo, ya no compuesto de piezas dispersas sino unido, armonioso, coherente, comunista. Sólo aquel que está ligado de una forma práctica a la producción puede aportar a ella novedades vivificadoras. Al renunciar al principio de la dirección colectiva en la industria, el Partido comunista se ha hecho culpable de un desistimiento grave, de un acto de oportunismo, de una desviación de la línea de clase que habíalos afianzado y defendido tan apasionadamente en el primer período de la revolución.

¿Cómo ha ocurrido esto? ¿Cómo puede nuestro partido, con toda su firmeza y su temple adquiridos en los combates revolucionarios, haberse desviado del recto camino proletario, poniéndose a vagar por los senderos de este oportunismo al que detesta tan profundamente?

Contestaremos a esto más adelante. Por ahora, preguntémonos cómo se ha constituido y desarrollado la Oposición Obrera.

El IX Congreso se celebró en la primavera. Durante el verano, la Oposición no se manifestó. Tampoco se oyó hablar de ella durante los vivos debates del II Congreso de la Internacional sobre la cuestión de los sindicatos. Pero se realizaba entre las masas un trabajo de acumulación de experiencias y de reflexión crítica. Este trabajo encontró una expresión, todavía muy imperfecta, en la Conferencia comunista de septiembre de 1920. Nuestras ideas aún se diluían en la negación y la crítica. No teníamos propuestas positivas ni fórmulas propias. Pero se daban ya los primeros signos de que el partido comunista entraba en una nueva fase; se producía una fermentación, las capas inferiores reclamaban la libertad de crítica y declaraban abiertamente que la burocracia las asfixiaba, bloqueaba toda acción independiente y toda iniciativa.

Los dirigentes de la cumbre del partido supieron apreciar en su justo valor esta fermentación naciente y, por boca de Zinoviev, ¡multiplicaron las promesas verbales! Libertad de crítica, ampliación de las iniciativas de las masas, necesidad de combatir las deformaciones burocráticas, severa persecución de todos los dirigentes que infringieran los principios democráticos…

Se dijeron, y bien dichas, muchas frases. Pero entre las frases y los actos sigue habiendo una inmensa distancia. La conferencia de setiembre, a pesar de todas las promesas de Zinoviev, no ha aportado ningún cambio ni al partido ni a las condiciones de vida de las masas obreras. La fuente que nutría a la Oposición no se ha agotado. Entre las masas progresaban y crecían sordamente el des contento, la crítica, la reflexión.

Esta sorda fermentación llegó hasta los dirigentes, engendró entre ellos desacuerdos que adquirieron una acuidad inesperada. Hay que señalar que, en los medios dirigentes de nuestro partido, la cuestión en la que estas

discusiones tuvieron mayor acuidad fue precisamente la de los sindicatos. Era lógico.

Hoy, en el debate entre la Oposición y la cumbre del partido, este tema no es el único, pero sí es, dada la situación, el punto central de toda nuestra política interior.

Antes de que la Oposición Obrera reuniera sus tesis y formulara los principios sobre los que debe descansar, según su opinión, la dictadura del proletariado en el terreno de la organización económica, los medios dirigentes se habían dividido claramente en la apreciación del papel a desempeñar por las organizaciones de la clase obrera para restaurar la producción sobre nuevas bases comunistas. El Comité Central de nuestro partido se había dividido: Lenin contra Trotsky, con Bujarin en el centro «orno elemento estabilizador.

No fue sino hasta el VII Congreso de los Soviets y en el tiempo inmediatamente posterior cuando se vio claramente que dentro del partido existía una oposición compacta, agrupada principalmente en Lorno a las tesis sobre el papel de los sindicatos, y que esta oposición, sin tener ni un solo gran líder, ni un teórico, y a pesar de verse violentamente atacada por los jefes más populares del partido, crecía y se fortalecía, y ganaba terreno sobre todo en la Rusia trabajadora… Y aún si sólo hubiera existido en Moscú y Petrogrado; pero no: en Donetz, en el Ural, en Siberia y en varios centros industriales, los informes señalaban al comité central del partido la formación y el funcionamiento de una «Oposición Obrera». En realidad, esta Oposición estaba lejos de coincidir en todas partes sobre unos mismos puntos de opinión en los distintos centros obreros de la Rusia soviética. Había a veces en sus manifestaciones, sus reivindicaciones y sus motivaciones una buena dosis de confusión, de disparate, de mezquindad, mientras que los puntos esenciales quedaban olvida dos. Sin embargo algo quedaba fijado, esta pregunta: ¿quién debe asegurar la actividad creadora de la dicta dura del proletariado en el terreno económico? ¿Acaso los sindicatos, estos órganos esencialmente proletarios, ligados directamente, con vínculos orgánicos, a la producción? ¿o las administraciones del Estado, sin una relación directa y viva con la actividad productiva y, además, con una composición social compleja? Ahí está el centro del

debate. La Oposición Obrera está a favor de la primera opción. La cumbre de nuestro partido, sean cuales sean las divergencias entre sus tesis sobre tal o cual otro punto esencial, está, con una solidaridad conmovedora, a favor de la segunda.

¿Qué se demuestra con esto?

Que nuestro partido atraviesa su primera crisis desde el comienzo de la revolución y que no tiene derecho a desembarazarse de la Oposición calificándola de sindica lista o aplicándole otros epítetos infundados, sino que por el contrario todos los camaradas deben deflexionar y preguntarse de dónde proviene esta crisis. ¿De qué lado está la verdad de clase, del lado de la cumbre o del lado de los obreros y de las masas proletarias, poseedoras de un exacto instinto de clase?

LA CRISIS DEL PARTIDO

Antes de tomar en consideración los puntos principales que son objeto de debate entre los dirigentes de nuestro partido y la Oposición Obrera, debemos buscar una respuesta a la siguiente pregunta: ¿cómo ha podido nuestro partido, combativo, sólido, poderoso e invencible gracias a la firmeza y a la claridad de su línea —linea de clase— desviarse de esa línea?

Cuanto más valioso es para nosotros el Partido comunista por haber dado un paso tan decisivo hacia la emancipación de los trabajadores del yugo capitalista, menos derecho tenemos a cerrar los ojos ante los errores de sus dirigentes.

La fuerza de nuestro partido ha consistido siempre, y debe hoy seguir consistiendo, en el hecho de que sus centros dirigentes prestan oído atento a las inquietudes y a las aspiraciones nuevas que agrupan a los obreros y en que, conociendo estas preocupaciones, saben orientarlas para que sirvan a las masas de trampolín hacia nuevas conquistas. Esto se lograba antes, pero ya no sucede hoy. Nuestro partido no se limita a frenar su fulgurante carrera hacia el futuro. Cada vez más mira prudentemente hacia atrás, preguntándose si no ha llegado demasiado lejos, si no ha llegado el

momento de detenerse, si no sería más sensato ser circunspecto y evitar experiencias audaces sin precedente en la historia.

¿De dónde procede esta prudencia demasiado sensata (se manifiesta muy claramente en la falta de confianza de nuestros medios dirigentes hacia las capacidades económicas de los sindicatos obreros) que, estos últimos tiempos, se ha apoderado de nuestros centros? ¿Cuál es su causa?

Si examinamos atentamente la razón de nuestras disensiones internas, nos convenceremos de que la actual crisis del Partido comunista proviene de tres causas fundamentales.

La primera, la principal, es la difícil situación en que el Partido comunista se ve obligado a trabajar y a actuar. El Partido comunista tiene que edificar el comunismo y poner en práctica su programa en la siguiente situación: 1) completa desorganización y ruina de la economía nacional; 2) ataques incesantes de las potencias imperialistas y de la contrarrevolución rusa durante los tres años de la revolución; 3) país económicamente atrasado, en el que la clase obrera debe por sí sola encarnar el comunismo y construir las formas nuevas de la economía comunista, aun con un predominio de población campesina; país donde todavía no se dan las condiciones económicas necesarias para la colectivización y la centralización de la producción, y donde el capitalismo no ha tenido tiempo de completar su desarrollo (entre la competencia ilimitada, que constituye el estadio primitivo del capitalismo, y la regularización de la producción, que es su forma última, están los sindicatos y los *trusts* de empresarios).

Está claro que estas circunstancias obstaculizan la realización práctica de nuestro programa, sobre todo en lo que se refiere a su principio fundamental, la organización de la economía nacional sobre bases nuevas; que determinan un abigarramiento y desvían inevitablemente la política del partido de la aplicación firme y constante de su línea teórica o de principio en la práctica cotidiana. Un partido situado a la cabeza del Estado soviético, con una composición social heterogénea, se ve obligado, de buen o mal grado, a tomar también en cuenta las aspiraciones del pequeño propietario campesino, de sus intereses egoístas y de su distanciamiento del comunismo, y también del inmenso estrato de los elementos pequeño-burgueses de la antigua Rusia capitalista: intermediarios de toda especie,

pequeños comerciantes, dependientes, artesanos, pequeños funcionarios, que se han adaptado rápidamente a la organización soviética. Ellos son, ante todo, quienes ocupan las oficinas de los soviets, quienes actúan de agentes del Comisariado de Abastecimientos, de jefes de los servicios del Ejército; ellos son los audaces hombres de negocios de las oficinas centrales de nuestras industrias. El Comisario del Pueblo para el Abastecimiento ha citado, en la fracción comunista del VIII Congreso de los Soviets, cifras muy significativas: su Comisariado cuenta con un 17% de obreros, un 13% de campesinos, menos de un 20% de especialistas, y todos los demás, más del 50%, son antiguos artesanos o dependientes, o gente de «pequeños oficios», en su mayoría incluso analfabeta (Tsiurupa es quien lo dice) —lo cual, según él, demuestra la calidad democrática de su personal que, en realidad, no tiene nada en común con la clase proletaria, con los productores de riqueza, con los obreros industriales.

Es precisamente esta categoría, ampliamente difundida en la administración soviética, esta categoría de pequeña burguesía hostil al comunismo, apegada a la rutina del pasado, llena de repulsión y de miedo ante la acción revolucionaria, la que corrompe nuestro aparato gubernamental, aportándole un espíritu completamente extraño a la clase obrera. Hay ahí dos mundos, dos mundos enemigos. Ahora bien, en Rusia nos vemos obligados a persuadirnos y a persuadir a toda la clase obrera de que ella misma y la pequeña burguesía (sin mencionar a los campesinos, al campesino medio ahorrador y laborioso) pueden coexistir admirablemente bien bajo la consigna común de «todo el poder a los soviets», olvidando al hacerlo que, en la práctica de la vida cotidiana, los intereses de los obreros chocan inevitablemente con los de la pequeña burguesía o de los campesinos saturados también de espíritu pequeño burgués, y que, mellando el filo de clase del Estado soviético, desconciertan su política.

Contando con el pequeño propietario campesino y con el elemento pequeño burgués (no obrero, sino pequeño burgués) de la ciudad, nuestro partido debe contar también, en su política de gobierno, con la influencia de elementos de la alta burguesía, técnicos especializados, ingenieros, antiguos tiburones de las finanzas y la industria, vinculados por su pasado con el sistema capitalista, incapaces de imaginar una forma de producción distinta

a la del régimen al que están acostumbrados, el de la economía capitalista. Cuanto mayor es la necesidad para la Rusia soviética de disponer de especialistas para las cuestiones técnicas y la dirección de su industria, tanto más estos elementos, extraños a la clase obrera, influyen sobre la marcha y el desarrollo de las formas y el carácter de nuestra economía nacional. Esta categoría social de hombres de negocio del sistema capitalista, de servidores sumisos y bien pagados del capital, arrinconada completamente al comienzo de la revolución, luego, durante los meses más difíciles de nuestra lucha, situada en una posición de espera o incluso de franca hostilidad frente al poder de los soviets (sabotaje de los intelectuales), adquiere cada día más influencia e importancia en la política. ¿Hace falta dar nombres? Cualquier obrero que esté al corriente de nuestra política interior y exterior pensará inmediatamente en tal o cual de estos individuos…

Mientras el centro de gravedad de nuestra actividad se encontró en el frente, la influencia de estos caballeros, de este elemento extraño a la clase obrera, sobre la política de nuestro Estado soviético, en particular en lo que se refiere al aparato económico, fue relativamente mínima.

Los especialistas, hijos del pasado, vinculados de una forma íntima e indisoluble con el régimen burgués que nosotros hemos eliminado, se deslizaron en nuestro Ejército Rojo, introduciendo en él el espíritu de antes (subordinación, galones, distinciones, obediencia pasiva en lugar de disciplina de clase, arbitrariedad de los jefes, etc.). Pero su influencia no afectaba la línea política general de la República soviética. El proletariado no les disputaba la dirección de los asuntos militares porque, con la seguridad de su instinto de clase, se daba cuenta de que en este terreno la clase obrera, como clase, no puede aportar nada nuevo, debido a su impotencia para transformar fundamentalmente el sistema militarista, cambiar su naturaleza, reconstruirlo sobre una nueva base social. El militarismo es producto de una civilización ya superada por la humanidad. El militarismo, el servicio militar, la guerra, no tendrán sitio en la sociedad comunista. La lucha por la vida seguirá una linea distinta, adoptará formas completamente diferentes, inaccesibles a nuestra imaginación. El militarismo vive sus últimos días en la época de la dictadura del

proletariado, y por esto es lógico que los obre ros, como clase, no puedan aportar al militarismo nada auténticamente creativo, nuevo, útil para el desarrollo futuro de la sociedad, ni en cuanto a la forma ni en cuanto al sistema. Sin duda, hay en el Ejército Rojo intentos de renovación, pero el oficio militar ha seguido siendo el mismo en el fondo. A pesar de todo, la orientación dada por los oficiales y los generales del antiguo ejército no ha desviado la política soviética en el terreno militar en un sentido que fuera extraño al nuestro hasta el punto de que los obreros pudieran sentir un perjuicio evidente para ellos, es decir, para su clase y su misión fundamental.

En el terreno económico la cosa es distinta. La producción, la organización de la producción; ahí está la esencia del comunismo. Apartar a los obreros de la organización de la producción, negar a las organizaciones profesionales, verdaderos intérpretes de la clase proletaria, la posibilidad de dotar a la producción y a su organización con formas económicas nuevas, su elemento creador, no confiar más que en la ciencia de especialistas adiestrados y educados para un sistema de producción completamente distinto, significa abandonar de hecho el marxismo científico. Sin embargo, es precisamente esto lo que hoy se lleva en práctica en la cumbre de nuestro partido. Ante el estado catastrófico de nuestra economía en lo referente a la cuestión monetaria, las tarifas, la cualificación del trabajo, etc., los dirigentes de nuestro partido, desconfiando de las fuerzas creadoras de las colectividades obreras, buscan la salvación en el desorden económico… ¿recurriendo a quién?: a los representantes del pasado burgués y capitalista, a los hombres de negocios y a los técnicos cuyas facultades creadoras, precisamente en el terreno económico, están paralizadas por la rutina, los hábitos y los métodos propios del sistema económico capitalista. También son nuestros dirigentes quienes implantan esta confianza, ingenua hasta el ridículo, en la posibilidad de establecer el comunismo por vía burocrática. Ellos prescriben, cuando debería investigarse y crear.

Cuanto más retrocede a un segundo plano el frente militar respecto al frente económico, tanto más aguda y dolorosa se hace nuestra miseria, y tanto más se afianza la influencia de grupos de gente no sólo completamente extraña y hostil al comunismo con toda su alma, sino

también absolutamente incapaz de manifestar una verdadera capacidad de iniciativa en la búsqueda de formas nuevas de organización del trabajo, de móviles nuevos para el aumento del rendimiento, de procedimientos originales para coordinar la producción y el consumo. Todos estos técnicos, expertos y hombres de negocios que emergen a la superficie de la vida soviética ejercen, desde el momento en que operan sobre la política económica, una presión sobre la cumbre de nuestro partido a través de las administraciones y en el seno de estas administraciones.

Nuestro partido está en una situación difícil y penosa; para gobernar al Estado soviético, se ve obligado a tomar en cuenta y a adaptarse a tres sectores de la población, distintos en cuanto a su composición social y también, por lo tanto, en cuanto a sus intereses económicos.

Por un lado, el proletariado, que reclama una política clara y sana, un avance a marchas forzadas hacia el comunismo.

Por otro lado, la clase campesina, con sus aspiraciones propias de pequeño propietario, y con su simpatía por las libertades de toda especie, sobre todo por la libertad de comercio, y por la no injerencia del Estado en sus asuntos. A la clase campesina se une la pequeña burguesía, personificada por los agentes y los funcionarios del Estado, los empleados de los servicios del Ejército, etc., acostumbrados al régimen soviético pero que, debido a su mentalidad, deforman nuestra política a imagen de sus tendencias pequeñoburguesas. La influencia de estos elementos pequeño-burgueses no se nota mucho en Moscú; pero en provincias, en la base misma de la acción soviética, es enorme y perniciosa.

Finalmente, el tercer grupo lo forman los hombres de negocios, los antiguos dirigentes del régimen capitalista. No están en él los magnates del capital, los Riabuchinski y los Bublikov, eliminados por la República de los trabajadores ya en el primer período de la revolución, sino los antiguos servidores con talento del sistema capitalista, los que constituían el cerebro y el genio del capitalismo, los que verdaderamente lo crearon y lo hicieron fructificar. Aparte de las defender las muchas ventajas de la regularización de la industria y de su organización en *trusts* (a eso tiende el capital en los Estados burgueses con un mayor desarrollo industrial), están a favor de las tendencias centralistas de la política económica soviética; sólo que desean

que esta regularización no la realicen las organizaciones obreras, sino ellos mismos, al amparo de los departamentos económicos del Estado, de las oficinas centrales y de los Consejos Económicos Nacionales, en los que ya han enraizado profundamente. La influencia de estos caballeros sobre la «sensata» política gubernamental de nuestros dirigentes es grande, infinitamente mayor de lo que debiera ser. Se manifiesta en la tendencia a asentar y a mantener, pese a quien pese, el sistema burocrático (con concesiones en el sentido de una «mejora», pero no de una modificación del sistema mismo). De una forma todavía más evidente se nota su presencia en las relaciones comerciales establecidas con las potencias capitalistas, relaciones que se desarrollan a espaldas del proletariado organizado, tanto el de los países extranjeros como el de Rusia. Puede verse en una serie de medidas que desembocan en reducir la iniciativa de las masas y en afianzar en su papel dirigente a los representantes del pasado capitalista.

Nuestro partido se ve obligado a navegar entre estas categorías heterogéneas, y a encontrar un término medio político que no destruya la unidad del Estado. La política real del Partido Comunista, identificándose con el aparato del Estado, con el aparato soviético, pierde cada vez más su carácter de clase y se modifica para convertirse en una política neutra, indiferente desde el punto de vista clasista, bajo el efecto de una adaptación por arriba a los intereses diferenciados y contradictorios de una población socialmente heterogénea y mezclada. Esta adaptación causa inevitablemente oscilaciones, incertidumbres, desviaciones y errores.

Recordemos, en cuanto a esto, nuestros zigzags en nuestras relaciones con los campesinos, yendo desde la «orientación hacia el campesino pobre» hasta la «orientación hacia el pequeño propietario trabajador y ahorrativo». Esta política, por lo demás, da testimonio de la profundidad y la sensatez en las tareas de gobierno de nuestros «hombres de Estado», pero el historiador que considere sin prejuicios los estadios sucesivos de nuestro poder gubernamental no dejará de ver en ella una peligrosa desviación de la línea de clase y una tendencia que comporta peligrosas consecuencias hacia el oportunismo y el navegar sin rumbo…

Veamos ahora la cuestión del comercio exterior. En este punto hay en nuestra política, sin duda alguna, un desacuerdo intimo del que dan fe las

incesantes tensiones entre nuestros comisariados de Asuntos Exteriores y de Comercio Exterior. Estas tensiones no tienen sólo un carácter estrictamente «departamental»; son más profundas, y si lo que está en juego tras los bastidores de nuestros órganos dirigentes se llevara ante el tribunal de las masas, ¿quién sabe la amplitud que podrían adquirir los desacuerdos entre el Comisariado de Asuntos Exteriores y nuestros representantes comerciales en el extranjero?

Los desacuerdos entre distintos departamentos, que se ocultan a las masas pero que, por su significado social, son profundos; la necesidad de adaptar la política gubernamental a las tres categorías sociales heterogéneas de la población (obreros, campesinos, elementos de la antigua burguesía): he aquí la segunda causa de crisis en nuestro partido. No es admisible ignorarla. Es demasiado significativa, sus consecuencias son demasiado graves. El deber de los dirigentes del partido, si realmente les importan su vitalidad y su unidad, es analizar esta causa y sacar de ella la lección exigida imperiosamente por el descontento que ella ha creado, descontento ampliamente extendido entre las masas.

Mientras la clase obrera, en la primera época de la revolución, supo que era ella el único intérprete del comunismo, la unidad en el partido fue perfecta. No podía hablarse de «dirigentes» ni de «capas inferiores» en el período inmediatamente posterior a octubre, cuando la vanguardia del proletariado realizaba apresuradamente y sancionaba, uno tras otro, todos los artículos de nuestro programa de clase, de nuestro programa comunista. El campesino al que se había dado la tierra no tenía aún conciencia de ser parte integrante de la República soviética, de ser un ciudadano investido con todos los derechos. Los intelectuales, los «especialistas», los hombres de negocios de la clase burguesa, los pseudoespecialistas que ascienden cada día un poco más alto por la escalera soviética bajo la máscara de especialistas, conservaban calladamente una actitud expectante y de esta manera dejaban campo libre al impulso creador de las masas obreras avanzadas.

Hoy sucede lo contrario. El obrero intuye, ve, se da cuenta a cada paso de que los especialistas y, aún peor, los pseudoespecialistas, ignorantes e inexpertos, los «expertos», desplazan al obrero supuestamente «inculto»

bajo el pretexto de incapacidad o de jactancia en la exhibición de sus conocimientos prácticos, y de que se instalan en los principales órganos de dirección de nuestra producción. El Partido, en vez de poner en su sitio a estos elementos extraños a la clase obrera y al comunismo, los apoya y busca en ellos la salvación y el remedio contra el desorden económico en vez de buscarlos en las organizaciones obreras. El Partido concede su confianza no a los obreros, ni a los sindicatos, ni a las organizaciones de clase, sino a esta gente. Las masas obreras se dan cuenta de esto y, en vez de haber un partido y una clase proletaria compactos y unidos, hay una brecha; en lugar de un intento de identificación, hay una marcha hacia la desunión… Las masas no son ciegas. Por mucho que los líderes más populares oculten detrás de bonitas frases su deserción de la verdadera política de clase y sus concesiones —a los pequeños propietarios campesinos unas veces, otras veces al capitalismo internacional—, las masas ven muy bien, en esta confianza demostrada por los dirigentes a los mejores discípulos del sistema de producción capitalista, dónde empieza el retroceso. Los obreros pueden sentir por la persona de Lenin la mayor admiración y el más caluroso afecto; pueden estar seducidos por el admirable, el incomparable talento de orador de Trotsky, o por su capacidad de organización; pueden sentir respeto por muchos otros jefes individualmente; pero cuando la masa se da cuenta de que no se confía en ella, en sus facultades creadoras, grita: «Alto ahí, no os seguiremos más lejos con los ojos cerrados. Dejadnos ver claramente la situación. Quizá vuestra política del justo medio entre tres categorías sociales esté inspirada en una profunda sabiduría; pero huele de una forma sospechosamente parecida a ese personaje ya muy visto, el oportunismo. Puede que hoy esta política tan sensata nos aporte algo, pero cuidado con no extraviarnos en ese camino equivocado que, a través de sus curvas y sus zigzags, nos alejaría poco a poco del futuro, arrastrándonos hacia la selva del pasado…»

La desconfianza de la clase proletaria hacia los dirigentes del partido está creciendo, y cuanto más «sensatos» son estos dirigentes, tanto más ofrecen el aspecto de hábiles «hombres de Estado», de equilibristas entre el comunismo y el pasado burgués; cuanto más se ahonda el abismo entre la

«cumbre» y la «masa», tanto más se deteriora su mutua comprensión y tanto más dolorosa y fatal se hace la crisis interior de nuestro partido.

La tercera causa determinante de esta crisis es el hecho de que realmente, prácticamente, durante estos tres años de revolución, las condiciones materiales de vida de las masas obreras, de los productores, de la gente que está en las fábricas, en vez de mejorar ha empeorado. Esto es algo que nadie, en los medios dirigentes de nuestro partido, podrá negar. El descontento sordo, pero extendido, de los obreros (atención: de los obreros) tiene causas materiales.

Los que han, salido directamente beneficiados de la revolución son ¡los campesinos!; además, no sólo los pequeños burgueses, sino también los miembros de la alta burguesía que han ocupado puestos influyentes y de mando en los departamentos del Estado (en particular en los departamentos económicos), en la industria o en el comercio exterior, también se han adaptado admirablemente a las nuevas formas socialistas de organización y de vida. Únicamente la clase esencial de la República soviética, la clase que ha soportado toda la responsabilidad de la dictadura, lleva una vida escandalosamente desgraciada.

La República de los trabajadores, dirigida por los comunistas, vanguardia de la clase obrera que, según Lenin, «ha encamado la energía revolucionaria de toda la clase», ha otorgado condiciones privilegiadas a ciertas empresas o ramas industriales «de choque» aisladas, presentadas de improviso ante el Consejo de los Comisarios del Pueblo. ¡Pero todavía no ha encontrado el momento de proporcionar condiciones de vida mínimamente humanas a la masa, a la gran masa de los obreros y las obreras!

El Comisariado del Trabajo es el más inerte de nuestros comisariados. ¿Acaso la política soviética no se ha atrevido a estudiar con seriedad, a escala nacional, lo que debe hacerse y lo que puede hacerse, dado el actual estado de cosas, tomando en cuenta unas circunstancias exteriores desfavorables, para mejorar la vida del obrero, para conservar su capacidad de trabajo para la producción, para situar el trabajo del obrero en condiciones relativamente soportables? La política soviética se ha caracterizado hasta estos últimos tiempos por la ausencia de una línea, de

un plan meditado y regular para organizar la vida de los obreros y mejorar las condiciones de trabajo. Todo lo que se ha hecho en este terreno ha sido hecho por casualidad, a sacudidas, por parte de las autoridades locales, bajo la presión de las masas.

Durante estos tres años de guerra civil, el proletariado ha realizado heroicamente, en el altar de la revolución, innumerables sacrificios. Ha esperado pacientemente. Pero hoy, en el momento del cambio de dirección, cuando el nervio vital de nuestra República es el frente económico, la masa obrera juzga superfluo seguir sufriendo y esperando. ¿No es ella acaso la que construye el edificio sobre la base comunista? «Construyámoslo nosotros mismos, dice; indudablemente sabemos mejor lo que nos importa que esos señores de las oficinas centrales…»

El obrero de la masa abre los ojos. Ve que hasta ahora la higiene, la mejora de las condiciones sanitarias en los talleres, la protección de la salud del trabajador, en resumen todo lo que afecta a la organización de la vida cotidiana y a la mejora de condiciones de trabajo, se relega al último plano de nuestra política. No se ha descubierto nada mejor para resolver el problema del alojamiento que instalar a las familias obreras en casas burguesas incómodas e inadecuadas. Para nuestra vergüenza, vemos emerger de la tierra cuarteles obreros hediondos, superpoblados, antihigiénicos, no sólo en las provincias más lejanas, sino también en el corazón de la República, en Moscú; al entrar en ellos, podría creerse que no ha habido ninguna revolución… El problema del alojamiento no puede resolverse en unos meses, ni siquiera en unos años, eso lo sabemos todos. En el estado de indigencia en que nos encontramos, este problema presenta una dificultad particular: pero la desigualdad creciente, cada vez más acusada, entre las categorías privilegiadas de la población y los simples obreros, que son la espina dorsal de la dictadura del proletariado, engendra y alimenta un descontento creciente.

El obrero de la masa ve cómo vive el funcionario soviético y cómo vive él mismo; él, sobre quien descansa la dictadura del proletariado… No puede dejar de ver que durante toda la revolución a nada se ha concedido menos atención que a la vida y a la salud del obrero del taller. Allí donde, antes de la revolución, el régimen era en cierta medida tolerable, sigue siéndolo

gracias a los comités de fábrica; pero en todos los sitios donde la humedad, la falta de aire, las emanaciones deletéreas envenenaban, contaminaban y agotaban el cuerpo del obrero, nada ha Cambiado… Había otras cosas por hacer… No había que pensar sino en el frente de la guerra civil… Sin embargo, cuando se trata de acondicionar un local para algún órgano administrativo, siempre se encuentran materiales y mano de obra… Si intentáramos alojar a los especialistas o a los expertos en transacciones comerciales con el capital extranjero en los cubiles donde viven y trabajan las masas proletarias, proferirían tales chillidos que nos veríamos obligados a movilizar a toda la sección de alojamientos para poner fin a una «desidia intolerable» que obstaculiza la productividad del trabajo de los especialistas.

El mérito de la Oposición Obrera está en haber hecho insertar el problema de la organización de las condiciones de vida de los obreros, junto con todas las reivindicaciones obreras pretendidamente mezquinas y sin importancia, en el plano económico nacional. El aumento de la producción es imposible si al mismo tiempo no se organiza la existencia de los obreros sobre bases nuevas, adecuadas y comunistas.

Hasta ahora, en la misma medida en que se han dejado de emprender iniciativas, o incluso proyectos, en este terreno, se ha profundizado la incomprensión mutua, el distanciamiento y la falta de confianza entre los medios dirigentes del partido y las masas obreras. No hay unión, ni ningún sentimiento de comunidad de necesidades, aspiraciones y reivindicaciones. «Los dirigentes están en un lado y nosotros en otro. Puede que ellos sepan administrar mejor el país, pero en cuanto a nuestro trabajo cotidiano, a la vida del taller, con sus necesidades y sus exigencias inmediatas, ni los comprenden ni quieren conocerlos.» Eso explica la confianza instintiva de las masas obreras en los sindicatos y, por el contrario, su alejamiento instintivo del partido. «¿Es uno de los nuestros? Lo ha sido quizá, pero desde que está en el Comité Central ya no quiere saber nada de nosotros… ya no vive como nosotros. ¿Qué le importan nuestros problemas? Ya no son los suyos, está claro…»

A medida que el partido iba sacando de las fábricas y de los sindicatos a los elementos más conscientes y abnegados para enviarlos al frente o a la

administración, iba rompiéndose el ligamen entre las masas obreras y los centros políticos dirigentes. La brecha se ensanchaba, la fisura se ahondaba… Hoy, esta fisura puede verse ya dentro del mismo partido. En él los obreros, por boca de la Oposición Obrera, preguntan: «¿Qué somos nosotros? ¿Es cierto que somos la piedra angular de la dicta dura del proletariado, o, acaso somos tan sólo un rebaño sin voluntad propia, un peldaño para aquellos que, desligándose de las masas, se han hecho un confortable nido amparados por la bandera comunista, o para aquellos que dirigen la política y guían la vida económica sin contar con nosotros, al margen del impulso creador de nuestra clase?»

Aunque los dirigentes del partido desprecien a la Oposición Obrera, ella es la fuerza saludable y creciente de una clase que aporta su energía vivificadora a la restauración de nuestra vida económica y al mismo Partido Comunista, que empieza a decaer.

• • •

Son, pues, tres las causas que engendran la crisis de nuestro partido: en primer lugar, las condiciones objetivas dentro de las cuales nos vemos obligados a aplicar los principios del comunismo en Rusia (guerra civil, débil desarrollo económico del país, desorganización profunda como resultado de largos años de guerra). En segundo lugar, la heterogénea composición social de la población: tan sólo siete millones de proletarios frente a una enorme masa de campesinos, pequeños burgueses, restos de la antigua burguesía alta, hombres de negocios de toda especie y de distinta formación que influyen sobre la política de los departamentos estatales e incluso sobre el partido. Finalmente, la pasividad del partido en todo lo que se refiere a mejoras directas de las condiciones de existencia del proletariado, y frente a la incapacidad y a la impotencia de los órganos administrativos a los que correspondería plantear y resolver estos problemas.

¿Qué quiere la Oposición? ¿Cuáles son sus méritos?

Sus méritos son que ha indicado al partido todos estos problemas candentes, que ha dicho claramente qué era aquello que fermentaba silenciosamente en el seno de las masas y alejaba cada vez más a los obreros sin partido del Partido Comunista, que ha gritado sin ambages y sin miedo al rostro de los dirigentes del partido: «¡Alto ahí! Mirad en torno vuestro, reflexionad. ¿Adónde nos conducís? ¿No estaremos en un camino equivocado. ¿No estaremos apartándonos del principio de clase? El partido se encontrará en una mala situación si se llega a ver subsistir por separado la espina dorsal de la dictadura, la clase obrera, y el Partido Comunista… Esto sería la ruina de la Revolución.» En la actual crisis, el partido debe abjurar valientemente de sus errores, prestar atención al preciso instinto de las masas obreras que le hacen, a través de la iniciativa creadora de los sindicatos, un llamamiento para restaurar y desarrollar las fuerzas productivas del país, purgar al partido de todos los elementos extraños que se le han incrustado, corregir su actividad, volver al espíritu democrático, a la libertad de opinión y de crítica dentro del partido.

EL PAPEL Y LA FUNCIÓN DE LOS SINDICATOS

Hemos expuesto, en sus trazos fundamentales, aunque por encima, las causas de la crisis interior de nuestro partido. Examinemos ahora los principales puntos de desacuerdo entre los medios dirigentes del Partido comunista y la Oposición Obrera. Estos puntos son dos: el papel y la función de los sindicatos en el período de la restauración económica y de la organización de la industria sobre una base comunista, y la presión de las masas y de la burocracia sobre el partido y los soviets. Detengámonos en el primer punto; el segundo se desprende directamente de él.

El largo periodo de la elaboración de las «tesis» sobre la cuestión de los sindicatos ha terminado. Tenemos delante seis plataformas, seis agrupamientos dentro del partido. No se había visto nunca en el Partido Comunista tanta diversidad, tal gama de matices; nunca el pensamiento comunista se había enriquecido con un bagaje tan importante de fórmulas

referidas a una sola y única cuestión. La cuestión, según toda apariencia, es grave y esencial.

Nada tan cierto. Ya que, en efecto, de lo que se trata es de saber quién edificará la economía comunista y cómo será edificada. Ahí está el fondo, el centro de nuestro programa. Esta cuestión no tiene una importancia menor que la de la toma del poder político por el proletariado, sino quizá mayor. Tan sólo el grupo del «centralismo democrático», de Bubnov, puede ser tan ciego como para considerar que «la cuestión de los sindicatos, actualmente, no tiene la menor importancia objetiva, y no presenta ninguna particular complejidad teórica».

Es natural que esta cuestión inquiete al partido. En esencia, podría formularse así: ¿Hacia dónde gira la rueda de la historia, hacia adelante o hacia atrás? Ningún comunista puede considerarse ajeno a la discusión sobre el papel de los sindicatos. Por esta razón se han formado seis agrupamientos distintos.

Pero si examinamos atentamente las tesis de estos seis grupos, separadas sólo por matices infinitamente tenues, nos daremos cuenta de que sobre la cuestión fundamental: «¿Quién debe construir la economía comunista y organizar la producción sobre bases nuevas?» hay sólo dos puntos de vista enfrentados: uno de ellos está expuesto y fijado en las tesis de la Oposición Obrera; el otro agrupa todos los demás matices, multiformes pero idénticos en el fondo.

¿A qué tienden las tesis de la Oposición Obrera, y cómo concibe, en estos momentos, las funciones y el papel de los sindicatos profesionales, o mejor dicho, de las «uniones de producción»?

«Consideramos que el problema de la restauración y el desarrollo de las fuerzas productivas de nuestro país no puede resolverse más que a condición de cambiar todo nuestro sistema de organización en la dirección de la economía nacional» (Discurso de Schliapnikov, 30 de noviembre). Fijaos bien, camaradas, en este pasaje: «a condición de cambiar todo nuestro sistema». ¿No está bien? «El fondo del desacuerdo, prosigue Schliapnikov, está referido a la forma en que nuestro partido, en la actual época de transición, realizará su política económica: por medio de las masas obreras organizadas en sindicatos, o pasando por encima de ellas, por medio

de la actuación burocrática de funcionarios especialmente investidos.» Ahí está el fondo de la discusión; ¿realizaremos el comunismo por medio de los obreros, o con la mediación de los funcionarios del Estado? Los camaradas deben pensarlo bien: ¿es posible realizar, construir la economía y la industria comunistas a través de personas que pertenecen a una clase extraña, impregnados por la rutina del pasado? Si razonamos como marxistas y como científicos, contestaremos categóricamente que no, que no es posible. Imaginarse que unos «especialistas», unos técnicos, unos expertos de organización de la industria capitalista, serán capaces de liberarse de golpe de sus métodos y sus puntos de vista, estando aún imbuidos por las ideas recibidas en su educación, adaptadas al sistema capitalista cuando ellos lo servían, y de contribuir a levantar el nuevo aparato económico comunista —porque realmente de lo que se trata es de descubrir esas nuevas formas de producción y de organización del trabajo, esos nuevos estímulos al trabajo—, pensar así significa olvidarse de la verdad, confirmada por la experiencia mundial, de que un sistema económico no puede ser cambiado por unos individuos determinados, sino por las necesidades profundas de toda una clase.

Hagámonos esta pregunta: ¿Qué hubiera ocurrido si, en la época de transición entre el sistema feudal, basado en la servidumbre y el látigo, y el sistema capitalista, con su pretendida libertad de trabajo y su sistema de salarios, la clase burguesa, todavía inexperta para construir su economía capitalista, hubiera recurrido, para organizar y dirigir sus fábricas más avanzadas, a los más inteligentes de los intendentes y empleados de las grandes propiedades territoriales, acostumbrados a dirigir el trabajo de los-siervos? Estos hombres de experiencia, estos «especialistas» en su terreno, educados en el respeto al látigo, ¿hubieran sido capaces de conseguir un buen rendimiento del trabajo «libre» de unos proletarios que, aun a costa de pasar hambre, seguían disponiendo de ciertos medios para escapar a la brutalidad de un director de fábrica convirtiéndose en soldado, jornalero, vagabundo o mendigo, con tal de eludir un trabajo odioso? ¿Acaso, por el contrario, estos «especialistas» no hubieran arruinado desde un comienzo la nueva organización del trabajo y, con ella, todo el sistema capitalista? Algunos amos de siervos, algunos antiguos grandes propietarios, algunos

intendentes supieron adaptarse a las nuevas condiciones de producción, pero no fue entre ellos donde la burguesía reclutó a los verdaderos creadores de su sistema económico. El instinto de clase indicaba a los patronos de las primeras fábricas que era mejor avanzar lentamente y a tientas, recurrir sólo a sus propios medios y a su propio olfato para encontrar el buen camino y definir las nuevas relaciones entre el trabajo y el capital, antes que tomar prestados, de un sistema de explotación del trabajo ya caducado, unos procedimientos inaplicables y funestos, que no podían más que hacer bajar la producción en vez de aumentarla. El instinto creador de su clase enseñaba a los capitalistas, en la época de la primera acumulación de la energía capitalista, que en vez del látigo del amo debía emplearse otro estímulo: el de la emulación y la concurrencia, con la amenaza del desempleo y la miseria. Los capitalistas, recurriendo a este estímulo al trabajo, supieron servirse de él para desarrollar las nuevas formas de la producción capitalista burguesa, aumentando de golpe, con este procedimiento, el rendimiento del trabajo asalariado, supuestamente libre.

Hace cinco siglos, la burguesía procedió de este modo, a tientas, a ciegas y obedeciendo tan sólo a su instinto de clase. Confió más en su intuición que en la experiencia de los sabios expertos, de los «especialistas)) en organización de la economía feudal. Y la historia le ha dado la razón.

Hoy poseemos un arma preciosa que nos ayuda a encontrar el camino más corto hacia la victoria y que, en este camino, disminuye los sufrimientos de la clase obrera y proporciona al nuevo sistema económico comunista un fundamento sólido. Este arma, es la interpretación materialista de la historia. Sin embargo, en vez de utilizarla, de profundizar en nuestra experiencia y de verificar nuestra búsqueda con la ayuda de la historia comprendida de este modo, ¡estamos dispuestos a dejar de lado las verdades históricas y a extraviamos en la estepa de un empirismo ciego, confiando en la buena suerte!… Por mala que sea nuestra situación económica, no hay ninguna justificación para que nos abandonemos a semejante estallido de desesperación. Los que deben desesperarse son los gobiernos capitalistas que, debido al agotamiento de la energía creadora del

capitalismo, están realmente acorralados en un callejón sin salida; pero no nosotros, no la Rusia trabajadora a quien la Revolución de Octubre abre horizontes ilimitados de creación económica, de formas de producción inauditas con un rendimiento de una riqueza aún desconocida. Debemos aprender a no beber en la fuente del pasado, sino a dar libre curso a la iniciativa creadora del futuro.

Esto es lo que hace la Oposición Obrera. ¿Quién será el creador, el fundador de la economía comunista? No unos representantes del pasado, por mucho talento que tengan, sino sólo esa clase vinculada con todo su ser a este nuevo sistema de producción, más productivo y más perfecto, nacido con dolor. ¿Cuál es el órgano capaz de proporcionar y hacer funcionar un elemento creador, en esta nueva organización de la economía y de la producción? ¿Los sindicatos obreros, o la administración estatal, con un personal socialmente mezclado y funcionarizado? La Oposición Obrera considera que deben ser los sindicatos obreros y no el grupo heterogéneo y burocrático de los funcionarios, con su elevada proporción de negociantes a la antigua usanza capitalista, con las ideas enfangadas en la rutina capitalista.

«En vez de limitarse, como ahora, a solicitar a los departamentos económicos del Estado una contribución pasiva, los sindicatos obreros deben ser llamados a participar de una forma activa y directa en la dirección de la economía nacional» (tesis de la Oposición Obrera). Buscar, encontrar y poner en práctica nuevas formas económicas más perfectas, poner a prueba nuevos estímulos para aumentar el rendimiento del trabajo, es algo que sólo pueden hacer unas asociaciones vinculadas indisolublemente, por su experiencia cotidiana, con la naciente forma de producción, y capaces de deducir de esta experiencia conclusiones prácticas, mínimas en apariencia, pero infinitamente valiosas porque podrán aproximar al obrero a un nuevo estado de cosas en el que la miseria, el desempleo y la concurrencia en el mercado de trabajo hayan desaparecido como estímulos.

Encontrar un estímulo, un motivo para el trabajo, es el mayor problema que se plantea a la clase obrera en el umbral del comunismo. Nadie aparte de la misma clase obrera, a través de sus asociaciones, está en condiciones de resolver este problema.

La actividad sindical abre un amplio campo a la experiencia práctica y al instinto de clase para organizar y descubrir nuevas formas de producción, recurriendo a las facultades de organización del proletariado, que es el único capaz de instaurar el comunismo.

De esta forma es como la Oposición Obrera enfoca la cuestión, y como entiende el papel de los sindicatos. De ahí se deriva uno de los puntos más importantes de sus tesis: «La organización de la dirección de la economía nacional compete al Congreso Panruso de los trabajadores agrupados en uniones profesionales y de producción, el cual elige un órgano central para dirigir toda la economía nacional de la República.»

Este artículo abre un amplio campo a la iniciativa del proletariado, que deja de verse oprimido y mutilado por un aparato burocrático impregnado por el espíritu rutinario característico de la economía capitalista y burguesa. La Oposición Obrera confía en la fuerza creadora de la clase obrera. De esta afirmación se deriva todo el resto de su programa.

Pero es ahí precisamente donde nace el desacuerdo entre la Oposición Obrera y los centros dirigentes de nuestro partido: en *la falta de confianza en la clase obrera* (claro está que no en el sentido político, sino en lo que se refiere a la capacidad económica del proletariado); ése es el fondo de las tesis de nuestros centros dirigentes. La cumbre de nuestro partido no cree que las manos rudas de unos obreros poco formados técnicamente puedan crear las formas económicas de las que, con el tiempo, saldrá el sistema armonioso de la producción comunista. A todos les parece, a Lenin tanto como a Trotsky, a Bujarin tanto como a Zinoviev, que la producción es una cosa tan delicada que no es posible prescindir de «guías». Ante todo hay que educar a los obreros, enviarlos a la escuela, y luego, cuando sean mayorcitos, sacaremos del Consejo Superior de Economía Nacional a los profesores y autorizaremos a los sindicatos a tomar en sus manos la dirección de la economía nacional.

Es significativo que todas las tesis de nuestros dirigen tes concuerden en un punto fundamental: es demasiado pronto para poner la producción y la dirección económica en manos de los sindicatos, hay que tener paciencia. Los puntos de vista de Lenin, Trotsky, Zinoviev, Bujarin y otros difieren en cuanto a la razón de no entregar todavía la administración económica a los

sindicatos, pero todos están de acuerdo en afirmar que esta dirección debe llevarse hoy prescindiendo de los obreros, mediante un sistema burocrático heredado del antiguo régimen. En este punto, todos nuestros camaradas de la cumbre del partido manifiestan una solidaridad conmovedora. «El centro de gravedad de la actividad sindical, se dice en las «Tesis de los Diez», debe desplazarse, en el momento actual, hacia la organización económica. Los sindicatos, como organización de clase del proletariado edificada según el principio de las ramas de producción, deben encargarse de la parte principal de la organización de la producción». La «parte principal», es una expresión extensible e inexacta; permite un amplio margen de interpretación, pero también permite pensar que la plataforma de los «Diez» concede a los sindicatos, en las tareas de dirección económica, un margen mayor que el sistema de Trotsky. La tesis de los «Diez» explica luego qué debe entenderse por «parte principal»; se trata de «la más enérgica participación en todos los centros reguladores de la producción, la organización del control obrero, el registro y la distribución de la mano de obra, los intercambios entre la ciudad y el campo, la desmovilización de la industria, la lucha contra el sabotaje, la puesta en práctica de la movilización general del trabajo, etc.»

Y eso es todo. No hay ahí nada de nuevo ni que sobrepase lo que han hecho hasta ahora los sindicatos, pero tampoco salva a nuestra industria ni permite avanzar un solo paso en la cuestión esencial del desarrollo y la restauración de las fuerzas productivas del país. Para que no quede ninguna duda en cuanto al papel auxiliar, y no dirigente que se concede a los sindicatos en la economía nacional, la plataforma de los «Diez» declara: «Los sindicatos, bajo una forma evolucionada (atención: no inmediatamente, sino bajo una forma evolucionada), deben convertirse, en el curso de la revolución social empezada, en los instrumentos del poder socialistas y actuar como tales, en relación con las demás organizaciones, para poner en práctica los nuevos principios de organización de la vida económica». Se habla luego de las relaciones entre los sindicatos y el Consejo Superior de Economía Nacional o sus servicios. ¿Cuál es la diferencia entre esto y la «fusión» de Trotsky? Sólo hay una diferencia de métodos. Las tesis de los «Diez» subrayan mucho el carácter educativo de

los sindicatos. Cuando hablan del papel de los sindicatos, en particular de su papel como organizadores y educadores en el terreno económico, {nuestros dirigentes, de hombres de Estado, se transforman de repente en pedagogos!

Vemos aquí iniciarse una curiosísima discusión, no ya sobre el sistema de dirección económica, sino sobre la manera de educar a las masas. Realmente, ojeando las tesis, los estenogramas o los discursos de nuestros camaradas dirigentes, sorprende el talento pedagógico que súbitamente han descubierto tener. Cada fabricante de tesis tiene su sistema propio, que es el mejor de todos, para la educación de las masas obreras. Pero todos estos sistemas parten del único postulado según el cual no debe dejarse al alumno ningún margen de libertad para perfeccionarse y manifestar sus facultades creadoras. En este punto, los pedagogos de nuestros centros dirigentes han quedado anticuados.

Porque en efecto, para Lenin. Trotsky, Bujarin y otros, el papel de los sindicatos no consiste en dirigir la vida económica, ni en tomar en sus manos la producción, sino en ser un instrumento para la educación de las masas. En el curso de la discusión, muchos camaradas han pensado que Trotsky estaba a favor de la estatización progresiva y no inmediata de los sindicatos y que les reconocía, de cualquier modo, la misión de dirigir la economía nacional, como se dice en nuestro programa. Este punto parecía acercar a Trotsky a la Oposición; mientras que el grupo Lenin-Zinoviev, que negaba la estatización, veía la principal razón de ser de los sindicatos en que funcionaran como «escuela de comunismo». «Los sindicatos, replica Trotsky a Zinoviev, serían, según vosotros, necesarios para dar los primeros pasos» (discurso del 30 de diciembre). En lo que a él se refiere, a primera vista entiende de otra forma el papel de los sindicatos. Considera que su función principal es la de organizar la producción. En este punto, tiene mucha razón. Trotsky tiene también razón cuando dice: «en la medida en que los sindicatos son la escuela del comunismo, hay que entender esto no como una propaganda general del comunismo entre los obreros organizados (porque entonces los sindicatos desempeñarían simplemente el papel de clubs), ni como una movilización de sus miembros para el aprovisionamiento o para los frentes, sino como una amplia educación de

sus miembros mediante su participación en la producción» (discurso del 30 de diciembre). Todo esto son verdades innegables, pero hay un pequeño olvido: los sindicatos no son tan sólo las escuelas del comunismo, son los creadores del comunismo.

Lo que se olvida es la actividad creadora del proletariado. Trotsky la escamotea diciendo que «los verdaderos organizadores de la producción (dentro del sindicato) son los comunistas que dirigen este sindicato». ¿Qué comunistas? ¿Esos que, como quiere Trotsky (ver sus tesis del primer proyecto), están designados por el partido por razones que a menudo no tienen nada que ver con las funciones del sindicato en la economía y la producción, esos que el partido envía y sitúa en tal o cual puesto sindical o administrativo? Trotsky habla con franqueza. No cree que la masa obrera esté preparada para crear el comunismo ni, aunque fuera a través de una dolorosa búsqueda y cometiendo errores, para edificar formas nuevas de producción. Lo ha dicho de una forma clara y públicamente. Ha puesto en práctica su sistema de educación de las masas a garrotazos y, en su comité central de transportes, ha preparado a estas masas para desempeñar en el futuro un papel de patrono con los mismos métodos que antes se empleaban con los aprendices. Indudablemente, cuando el aprendiz, después de haber recibido un número suficiente de coscorrones, se convierta en amo, arruinará la tienda a fuerza de estancarse en la rutina; en cambio, mientras se vea amenazado por el garrote del patrono-pedagogo, ¡estará trabajando, producirá!

¡He ahí a qué llama Trotsky desplazar el centro de la cuestión «de la política a la producción»! Aumentar la producción, aunque sólo fuera por un instante y cualquiera fuera el medio, significa todo para él, éste es el único problema. A esto debería reducirse el papel educativo de los sindicatos.

Lenin y Zinoviev no comparten esta opinión. Son pedagogos más modernos. «Se ha dicho muchas veces que los sindicatos son escuelas de comunismo. ¿Qué es una escuela de comunismo? Entendiendo el término en un sentido estricto, en una escuela de comunismo es necesario ante todo enseñar y educar, no mandar» (aplausos). ¡Una piedra sobre el tejado de Trotsky! Y Zinoviev añade: «los sindicatos… realizan una labor enorme en

el espíritu proletario, y también en el espíritu puramente comunista. Ahí está el papel fundamental de los sindicatos». Hoy, esta verdad empieza a olvidarse, pues parece admisible tratar al movimiento profesional, es decir a la organización más amplia de la clase obrera, de forma descarada, grosera, brutal. Hay que recordar que la organización profesional tiene una misión propia que no es la de mandar directamente, dar órdenes ni actuar dictatorialmente, sino ante todo arrastrar a millones de trabajadores hacia el movimiento proletario organizado…»

Con esto, el pedagogo Trotsky ha rebasado los límites, ha demostrado un exceso de celo en su sistema educativo. Ahora bien, ¿qué es lo que propone por su parte Zinoviev? Propone que en los sindicatos se den lecciones elementales de comunismo, que «se enseñen a las masas las bases mismas del movimiento proletario». ¿Pero cómo? ¿A través de la experiencia práctica diaria, de la creación real de nuevas formas económicas, como pretende la Oposición? ¡Nada de eso! El grupo Lenin-Zinoviev preconiza el sistema de educar mediante preceptos y lecciones de moral, ilustrados por ejemplos elegidos cuidadosamente. Contamos con medio millón de comunistas (entre ellos, desgraciadamente, muchos extraños de diversa procedencia), sobre siete millones de obreros. Según Lenin, el Partido abarca la vanguardia del proletariado y la élite de los comunistas, que, en estrecha colaboración con los «especialistas» de los departamentos económicos del Estado, elaboran, con métodos de laboratorio, las formas de la sociedad comunista; esos comunistas que, trabajando bajo la supervisión de los «buenos pedagogos» del Consejo Superior de Economía Nacional y de las oficinas centrales, constituyen los «buenos alumnos», los que siempre tenían diez. Las masas obreras de los sindicatos deben tener consideración para estos alumnos ejemplares e instruirse con su ejemplo. Pero en lo que se refiere a permitir que estas masas cojan el timón, ¡alto ahí! ¡no ha llegado el momento!…

Según la opinión de Lenin, los sindicatos, es decir, la verdadera organización de la clase obrera, no son los auténticos creadores de la economía comunista; sirven de puente entre la vanguardia y las masas; los sindicatos, a través de su acción cotidiana, convencen a las masas, etc.

Aquí no tenemos ya el garrote de Trotsky, sino el sistema al estilo alemán Fróbel-Pcstalozzi, la enseñanza por el ejemplo. Los sindicatos no llevan a cabo nada esencial en la vida económica, pero convencen a las masas y les sirven de puente con la vanguardia de la clase, con el Partido, el cual a su vez no administra por sí mismo como colectividad ni organiza la producción, sino que pone en pie órganos administrativos económicos de composición heteróclita, en los que se encuentran también comunistas…

¿Cuál es el mejor sistema? Podría discutirse. En todo caso, el de Trotsky es más notable y realista. Nunca se podrá hacer avanzar el arte pedagógico mediante prescripciones o el ejemplo de los «buenos alumnos». Esta verdad no debería perderse de vista.

El grupo de Bujarin ocupa una posición intermedia, o, mejor dicho, trata de combinar los dos sistemas educativos; hay que subrayar que tampoco este grupo reconoce a los sindicatos el derecho de actuar independientemente en las cuestiones económicas. Según Bujarin y su grupo, los sindicatos «desempeñan un doble papel; por un lado, son una escuela de comunismo, un intermediario entre el Partido y la masa sin Partido (idea tomada de Lenin), un aparato que dirige a las masas proletarias en el trabajo cotidiano, pero no en la creación de nuevas formas económicas ni en la búsqueda y el descubrimiento de un nuevo sistema de producción; por otro lado son, de un modo cada vez más acusado, una parte integrante del aparato económico y en general del aparato de poder gubernamental (idea tomada de Trotsky y de su "fusión")».

Tampoco ahí se refiere el debate al papel de los sindicatos, sino al método a seguir para educar a las masas utilizando a los sindicatos. Trotsky recomienda —o, mejor dicho, recomendaba— meter la sensatez comunista en la cabeza de los sindicatos mediante el sistema empleado por él en los transportes y, para educarlos, funcionar a golpe de nombramientos, desplazamientos, militarizaciones y otras medidas mágicas por el estilo, con objeto de que se confundan con los departamentos económicos del Estado y se conviertan en los ejecutores obedientes de los planes elaborados por el Consejo Superior de la Economía Nacional. Zinoviev y Lenin tienen menos prisa por fundir a los sindicatos con los departamentos económicos del Estado. Los sindicatos, dicen, pueden seguir siendo sindicatos. La industria

estará administrada por hombres que nosotros habremos elegido. La oficina de organización del Comité Central se ha convertido en maestra en la materia. Cuando en los sindicatos se hayan formado buenos alumnos, obedientes y aplicados, los trasladaremos a las oficinas del Estado. Entonces a los sindicatos no les quedará otra cosa que haber que desaparecer y disolverse.

En cuanto al papel activo en el terreno económico, lo tenemos reservado para el Consejo Superior de Economía Nacional y los demás órganos del Estado burocrático; a los sindicatos les reservamos el papel de escuelas. Educación, educación y educación… Ésta es la divisa de Zinoviev y de Lenin. Bujarin tiene pretensiones de radicalismo en este sistema educativo, razón por la cual ha recibido una reprimenda de Lenin y ha logrado incluso hacerse colgar un epíteto malsonante. Bujarin y su grupo, que subrayan el papel educador de los sindicatos en las actuales circunstancias políticas, son partidarios de la más amplia democracia obrera dentro de los sindicatos. El principio electoral en todas partes, tan sólo el principio electoral; candidaturas presentadas por los sindicatos, obligatorias, no ya condicionales. ¡Cuánto democratismo! Casi parece la Oposición Obrera. Sólo que hay una pequeña reserva: la Oposición Obrera reconoce en los sindicatos a los creadores y dirigentes de la economía comunista; Bujarin, igual que Trotsky y que Lenin, los relega al papel de escuela del comunismo, ni más ni menos. ¿Para qué entonces hacerse el radical en la cuestión del principio electoral, sabiendo de antemano que este principio resulta completamente indiferente en lo que se refiere a la dirección de la industria? Esta dirección sigue estando en manos de la administración del Estado, fuera del alcance de los sindicatos… Bujarin se parece a esos pedagogos que enseñan según los métodos antiguos, haciendo estudiar los manuales de tal a cual línea, y alentando la «iniciativa» de sus alumnos haciéndoles elegir a compañeros para el servicio de la clase, para el refectorio, para juegos y espectáculos…

De esta manera los dos sistemas se concilian y se compenetran de maravilla. En lo que se refiere a saber qué saldrá de ahí, para qué servirán los alumnos de nuestros eclécticos mentores, ésa es otra cuestión. Si Anatol Vasilievich Lunatcharski se viera obligado, en sus reuniones con profesores,

a perder el tiempo refutando herejías semejantes, el cargo de comisario del pueblo para la instrucción pública sería insoportable…

De todos modos no se debe exagerar al rebajar el valor de los métodos educativos de nuestros camaradas dirigentes en relación con los sindicatos. Todos, sin exceptuar a Trotsky, comprenden que la «iniciativa» desempeña en la educación un papel nada despreciable. La verdad es que todos ellos tratan de descubrir en qué terrenos pueden los sindicatos, sin perjuicio para el sistema burocrático del Estado en su conjunto, manifestar su iniciativa y su actividad económica.

El terreno más inofensivo que se ha encontrado donde pueda ejercerse esta iniciativa de las masas y esta «participación activa en la vida del país» (según Bujarin), es el de la mejora de las condiciones de vida. La Oposición toma muy en cuenta esta cuestión, pero comprende perfectamente que el terreno esencial donde debe ejercerse la actividad primordial del proletariado es el de la creación de nuevas formas económicas, dentro de las cuales las condiciones de vida serán sólo una parte. Para Trotsky y Zinoviev, por el contrario, la producción debe organizarse a partir de la administración estatal, mientras que los sindicatos reciben la invitación de dedicarse a la función, útil pero restringida, de velar por el orden doméstico. Zinoviev, por ejemplo, identifica el «papel económico de los sindicatos» en la distribución de ropas de trabajo; también dice que «no hay funciones más importantes que las económicas; actualmente, reparar un establecimiento de baños en Petrogrado es diez veces más esencial que pronunciar cinco conferencias excelentes».

¿Qué significa esto? O se trata de una confusión ingenua, o de un sabotaje deliberado del papel primordial y orgánico de los sindicatos en la producción y el desarrollo de las fuerzas productivas, bajo el pretexto de confiarles la limitada misión de organizar la vida cotidiana y el orden doméstico. Encontramos en Trotsky la misma idea, con formas un tanto distintas. Trotsky invita magnánimamente a los sindicatos a demostrar la más amplia capacidad de iniciativa en el terreno económico. Pero ¿en qué consiste esta iniciativa, o esta colaboración para mejorar la suerte de las masas? ¿en poner cristales a un taller, en colmar los charcos delante de una fábrica?… Discurso de Trotsky en el congreso de mineros.) Perdón,

camarada Trotsky, pero estas cosas pertenecen simplemente al orden doméstico, y si reduces la actividad de los sindicatos a tan brillantes iniciativas, los sindicatos ya no serán es cuelas de comunismo, sino escuelas profesionales de conserjes. Claro que Trotsky abre un campo más amplio para la «iniciativa de las masas», haciéndoles un llamamiento, no para organizar de manera independiente las condiciones de vida —ir más allá de esto significa estar loco como la Oposición Obrera— sino tan sólo para que tomen lesiones del Consejo de Economía Nacional para mejorar la suerte de los obreros. «En todo lo concerniente a los obreros, a su alimentación, al ahorro de sus energías, los sindicatos deben conocer (conocer, no participar activamente), no sólo en términos generales, como el público en general, sino en detalle, todos los trabajos corrientes desarrollados en el Consejo Superior de Economía Nacional» (discurso del 30 de diciembre). Los mentores del Consejo Superior de Economía Nacional ya no se contentan con obligar a los sindicatos a ejecutar sus planes; además comentan sus prescripciones ante sus alumnos. Ya es todo un adelanto si se compara con el sistema aplicado a la Federación de Transportes.

Pero no hay obrero que no pueda comprender que, por muy útil que sea poner cristales en un taller, no hay en ello nada que se parezca a la dirección de la industria. Las fuerzas productivas y su desarrollo no tienen nada que ver con semejantes operaciones. La pregunta planteada es ésta: ¿cómo desarrollar las fuerzas productivas? ¿Cómo organizar la vida económica, cómo conciliar las nuevas condiciones de vida con las necesidades de la producción de manera que pueda ahorrarse un máximo de energía para obtener un resultado benéfico, la disminución de la suma de trabajo improductivo? El partido puede formar un soldado, un agitador político, o al ejecutor de un plan previamente elaborado. Pero no puede formar al constructor de la economía comunista; sólo el sindicato abre un campo a la actividad creadora en el terreno económico.

Por lo demás, éste no es el papel del partido. Su papel consiste en crear, entre unas masas obreras agrupadas por la identidad de su ideal económico, unas condiciones favorables para la formación del obrero que crea a su vez nuevos métodos de trabajo, nuevas formas de utilizar la mano de obra, nuevos reagrupamientos de energías productivas. Para vencer la crisis

económica, para realizar la economía comunista, el obrero debe ante todo imaginar un nuevo método de organización del trabajo y nuevos procedimientos de dirección.

Desgraciadamente, la cumbre de nuestro partido no comparte hoy esta verdad obvia y marxista. ¿Por qué? Porque la cumbre confía más en los burócratas y los técnicos heredados del antiguo régimen que en el espíritu creador y saludable de la clase proletaria.

En otros terrenos, es todavía posible preguntarse si la dirección debe pertenecer a la colectividad obrera o a los especialistas burócratas: en la educación de las masas, en el desarrollo científico, en la organización del ejército o del sistema sanitario; en cualquier terreno menos en el económico, respecto al cual la respuesta es indiscutible y evidente para todos los que todavía no hayan olvidado la historia.

Ningún marxista ignora que el restablecimiento de la producción y el desarrollo de las fuerzas productivas mediante el progreso técnico pasa a segundo plano en relación a otro factor, la organización racional del trabajo y el descubrimiento de un nuevo sistema económico. Aun en el caso de que la Rusia soviética realizara íntegramente su plan de electrificación, si no aportara al mismo tiempo novedades fundamentales en cuanto a la administración y la organización de su economía nacional no haría otra cosa que ponerse al nivel de los países capitalistas. En cambio, en lo que se refiere al empleo racional de energías y a la formación de un nuevo sistema de producción, la Rusia trabajadora está colocada en unas condiciones particularmente favorables, que le permiten dejar muy atrás a todos los países burgueses y capitalistas gracias al desarrollo de sus fuerzas productivas. En la Rusia soviética ya no existe el estímulo proveniente del desempleo. La clase obrera, liberada del yugo del capital, tiene algo nuevo y origina] que decir en cuanto a la aparición de nuevas motivaciones para el esfuerzo y a la creación de formas de producción aún inéditas.

¿Quién será capaz de manifestar, en este terreno, ese espíritu creador, esta intuición innata y razonable? ¿Los burócratas que dirigen la administración pública, o los sindicatos, cuyos miembros, enriquecidos por la experiencia en la organización de las fuerzas productivas en el taller,

poseen conocimientos prácticos y realmente útiles que permiten reorganizar la economía nacional?

La Oposición Obrera defiende el principio de que la dirección de la economía nacional pertenece a los sindicatos; en este punto es más marxista que los teóricos de nuestros centros dirigentes.

Sin embargo, la Oposición Obrera no ignora la importancia del papel que desempeñan la técnica y la ciencia. No pretende constituir un órgano de dirección elegido por el Congreso de los trabajadores y disolver luego los Consejos de Economía Nacional y las oficinas centrales. Ve las cosas de una manera muy distinta. Quiere subordinar a su dirección las oficinas centrales, que son indispensables, técnicamente necesarias; darles directrices teóricas, utilizarlas igual como, en otros tiempos, los fabricantes utilizaban a técnicos y especialistas a sueldo para realizar los planes que ellos concebían y esbozaban. Los especialistas pueden hacer grandes aportes en mejoras técnicas, pueden facilitar la búsqueda del proletariado; son necesarios e indispensables, así como la ciencia y sus progresos son necesarios para la clase militante en ascenso. Pero los especialistas burgueses, aunque lleven pegada la etiqueta de comunistas, son incapaces, y moralmente impotentes, para aumentar las fuerzas productivas en un Estado no capitalista, descubrir nuevos procedimientos de organización del trabajo o encontrar nuevos estímulos para incrementar el esfuerzo. Respecto a todo esto, es la clase quien tiene la palabra, es decir, su encarnación más sólida y evidente: los sindicatos.

Cuando, en la fase intermedia entre la Edad Media y la época moderna, la burguesía en ascenso empezó la lucha económica contra la clase feudal, económicamente decadente, no tenía ninguna ventaja técnica frente a la nobleza. El primer capitalista, el revendedor, se veía obligado a comprar la mercancía al artesano que, empleando limas, tijeras y tornos primitivos, elaboraba objetos para su amo, su propietario, o para el mercader de otras tierras con quien practicaba un comercio «libre». Pero el sistema de servidumbre, después de alcanzar su más alto nivel de perfección, dejó de resultar beneficioso, y el crecimiento de las energías productivas se hizo más lento. Entonces, la humanidad se encontró ante la alternativa de entrar en una fase de decadencia económica o de buscar nuevas formas de trabajo

y, por consiguiente, un nuevo sistema económico capaz de aumentar el rendimiento, ampliar y hacer retroceder los límites de la producción y abrir nuevas posibilidades de progreso de las energías productivas.

¿Quién podía entonces encontrar una nueva vía para reorganizar la producción? Naturalmente, los representantes de la clase que no estaba ligada por la rutina del pasado, que comprendía que la tijera y el torno en manos del siervo eran infinitamente menos rentables que los mismos instrumentos en manos de un obrero «libre», es decir, asalariado, estimulado incesantemente por el aguijón de la miseria.

Y la clase naciente y en ascenso, habiendo descubierto el motor esencial de la productividad del trabajo, construyó sobre esta base todo el sistema, complejo y grandioso en su género, de la producción capitalista… No fue sino más tarde cuando los técnicos acudieron en ayuda de los capitalistas, en el momento en que el nuevo sistema de organización de trabajo exigía, en la base, nuevas relaciones entre el trabajo y el capital.

La situación es hoy la misma. Ningún especialista o técnico impregnado por la rutina del pasado puede aportar nada vivo ni vivificador en la organización del trabajo ni en la creación de una economía comunista. En este punto, la clase obrera tiene la palabra. El gran mérito de la Oposición Obrera está en haber planteado de forma clara y franca, ante el partido, esta cuestión extremadamente importante.

Lenin considera que el elemento creador del comunismo en el terreno económico puede manifestarse por el canal del partido. ¿Es esto cierto? Ante todo, ¿cómo funciona el partido? Según Lenin, «engloba a la vanguardia del proletariado revolucionario». Y es el partido el que luego dispersa a esta vanguardia en la administración del Estado, restituyendo a parte de ella a los sindicatos —privados de todo campo de acción en la dirección y la organización de la economía nacional; y ahí estos comunistas, bien educados, abnegados, a veces con mucho talento, se ven asfixiados y corrompidos por la atmósfera de rutina y de burocratismo que impregna todos los órganos que presiden la «creación económica» (la influencia de estos camaradas se borra, se debilita, su capacidad de iniciativa se pierde).

En los sindicatos las cosas suceden de otro modo. Aquí, el contenido proletario es más denso, los elementos son más homogéneos, el objetivo

colectivo está estrechamente ligado a los intereses del trabajo y de la vida cotidiana de los trabajadores, los cuales forman parte de los comités de fábrica, de las direcciones de fábrica o de las oficinas sindicales. La iniciativa creadora, la búsqueda de nuevas formas económicas, de motivaciones nuevas para intensificar el trabajo, son cosas que sólo pueden nacer en el seno de esta colectividad natural de la clase proletaria. La vanguardia de esta clase puede hacer la revolución, pero sólo la clase en su conjunto es capaz, a través de la práctica cotidiana de su vida de clase, de servir de base económica de la nueva sociedad.

Quien no crea en las facultades primordiales de la colectividad proletaria, cuya expresión más viva son los sindicatos, debe renunciar para siempre a crear la economía comunista. Ni Krestinsky, ni Freobrazhenski, ni siquiera Lenin o Trotsky, han podido descubrir infaliblemente, a través del partido, a aquellos, entre los obreros, capaces de encontrar, experimentar y revelar el nuevo sistema de producción, la forma nueva de tratar con el trabajador, porque obreros así sólo pueden encontrarse en medio de la existencia cotidiana de hombres que son a la vez productores y organizadores de la producción.

Por desgracia esta verdad, simple y clara para cualquier obrero, ha sido olvidada por la cumbre de nuestro partido. El comunismo no puede decretarse. Ha de crearse mediante la búsqueda de los hombres, mediante el impulso creador de la propia clase obrera, a veces a costa de errores.

El punto de litigio, en las apasionadas discusiones entre la cumbre de nuestro partido y la Oposición Obrera, es éste: ¿A quién confía nuestro partido la realización de la economía comunista? ¿Al Consejo Superior de Economía Nacional, con sus ramificaciones burocráticas, o a los sindicatos? Trotsky quiere que se opere, entre el Consejo Superior y los sindicatos, una «fusión», de forma que el primero engulla a los segundos. Zinoviev y Lenin quieren someter a las masas sindicales a una educación comunista llevada de tal manera que los sindicatos se disuelvan sin dolor en el seno de la administración estatal. Bujarin y todos los demás fabricantes de tesis dicen en el fondo lo mismo; con variación en las fórmulas y diferencias en las palabras; pero el fondo es idéntico.

Solamente la Oposición Obrera habla de otra manera y defiende los intereses de clase del proletariado en la elaboración y la realización de aquello que constituye su tarea esencial.

La dirección de la economía nacional, en la República del Trabajo, en la época de transición en que nos encontramos, debe confiarse a un órgano elegido por los obreros. Sin embargo, los departamentos económicos del Estado no hacen más que poner en práctica la política económica del órgano supremo de la República de los trabajadores. Todo lo demás no es otra cosa que estancamiento, y pone en evidencia una falta de confianza en las energías creadoras de los obreros, una falta de confianza que es indigna de nuestro partido, el cual debe todo su poder precisamente a la fuente inagotable de energía revolucionaría del proletariado.

No tiene nada de extraño que, al celebrarse el Congreso, los autores de las distintas plataformas económicas, excepción hecha de la Oposición Obrera, se hayan puesto de acuerdo en base a concesiones recíprocas y a compromisos. No los separa nada esencial.

Sólo la Oposición Obrera no debe ni puede hacer concesiones. Esto no quiere decir que quiera una escisión. Tiene otro objetivo, y, aun en el caso de resultar vencida en el Congreso, seguiría en el partido para defender firmemente, paso a paso, su punto de vista, para salvar al partido y rectificar su comportamiento.

Una vez más, en pocas palabras, ¿qué pretende la Oposición Obrera?

1. Constituir el órgano de dirección de la economía nacional en base a los obreros, a los productores mismos.
2. Para conseguir que los sindicatos, en vez de colaborar pasivamente con los departamentos económicos del Estado, participen activamente y manifiesten en estos departamentos la iniciativa creadora de los obreros, la Oposición Obrera elabora una serie de medidas previas que preparan progresivamente el establecimiento de este régimen.
3. La dirección de tal o cual rama de la industria sólo se pondrá en manos del sindicato correspondiente cuando el Consejo central panruso de los sindicatos haya reconocido que está lo suficientemente preparado para ello.

4. Quedan rigurosamente prohibidos los nombramientos para puestos administrativos de la industria sin autorización del sindicato. Los candidatos de los sindicatos son impuestos obligatoriamente. Los delegados enviados por los sindicatos son responsables ante ellos y pueden ser retirados por ellos.
5. Para la realización del plan así esbozado, debe empezarse por reforzar los sindicatos por la base, preparando a cada comité de fábrica para tomar la dirección de la empresa.
6. La concentración en una sola mano de la dirección de toda la economía nacional crea (más fácilmente que la actual dualidad entre el Consejo Superior de Economía Nacional y el Consejo Panruso de los Sindical) una unidad de voluntad que facilita la puesta en práctica del plan económico único, condición necesaria para el sistema comunista.

¿Es esto sindicalismo? ¿No es más bien la realización del programa de nuestro partido? ¿Y, por el contrario, no serán los mantenedores de las otras tesis los que se alejan del programa?

LA BUROCRACIA Y LA INICIATIVA DE LAS MASAS

¿Burocracia o iniciativa de las masas? Este es el segundo punto que separa a la cumbre del partido y a la Oposición Obrera. El problema de la burocracia se planteó, pero se examinó de una forma demasiado superficial, en el octavo Congreso de los Soviets. En esta cuestión, como en la del papel y el carácter de los sindicatos, la discusión entró en una vía ciega. También aquí el debate es más profundo de lo que parece. En el fondo, consiste en lo siguiente: en el momento en que se constituye la base económica del comunismo, ¿cuál es, para los trabajadores, el sistema de gobierno que garantiza las más amplias posibilidades de acción a la iniciativa del proletariado? ¿El sis tema burocrático de la administración estatal, o la iniciativa, amplia y práctica, de las masas obreras? Plantear esta pregunta significa poner frente a frente dos principios que se excluyen mutuamente

de forma inevitable, la burocracia y la capacidad de iniciativa. ¡Se pretende, a la fuerza, incluir esta pregunta en la cuestión de los medios de vivificar el aparato soviético! También aquí se escamotea el debate, como en la discusión sobre el papel de los sindicatos.

Hay que decirlo de forma clara y rotunda: las medidas tomadas a medias, las modificaciones de detalle en las relaciones entre las oficinas centrales y los órganos administrativos locales, u otras innovaciones igualmente insignificantes y mezquinas, como cambiar de puesto a militantes influyentes o enviar a comunistas a la administración estatal, donde, a pesar suyo, se dejan integrar en el clima burocrático y se disuelven entre los elementos burgueses, no pueden aportar la menor democratización ni la menor revitalización en la administración soviética.

No es de esto de lo que se trata. En la Rusia soviética, cualquier niño sabe que el problema consiste en lograr la participación de la mayor masa posible de obreros, campesinos y jornaleros en la organización de la vida económica, de la vida cotidiana y del Estado de los trabajadores. El problema está claro. Dicho en otros términos, hay que despertar la iniciativa de las masas. Ahora bien: ¿qué se hace para alentar y facilitar esta iniciativa? Nada. Al contrario. Cierto que en cada asamblea decimos a los obreros y a las obreras: «¡Cread la nueva vida, construid! ¡Ayudad al poder de los soviets!» Pero si a la masa, a un grupo determinado de obreros o de obreras, se le ocurre tomarse en serio nuestro llamamiento y trata de ponerlo en práctica, alguno de nuestros órganos burocráticos, inmediatamente, considerará la cosa como una intrusión y les dará con la regla en los dedos a esos iniciadores demasiado fogosos… Nuestros camaradas tendrán presentes decenas de casos en que los obreros han pensado organizar ellos mismos un refectorio, una guardería, una corta de leña, etc.; todas y cada una de las veces su interés vivo e inmediato por la tarea ha quedado aniquilado por la lentitud burocrática, por el peregrinaje de sección a sección, las negativas, la reiniciación de trámites, etc. Con esas fuerzas y ese ardor hubiera podido organizarse un refectorio, una corta de leña o una guardería, pero en cambio se recibía una negativa basada en la escasez de objetos de mobiliario en los almacenes centrales, la falta de caballos para el acarreo de la leña o la ausencia de local para la guardería…

Con cuánta amargura ven y saben los obreros que si les dieran la posibilidad de actuar llevarían el proyecto a buen fin; con cuánto despecho reciben negativas como éstas cuando ellos mismos han encontrado ya los medios necesarios y se los han asegurado. Entonces la iniciativa decae, la voluntad de actuar queda asfixiada. «Si es así como van las cosas, ¡que sean las oficinas quienes se preocupen de nosotros!» Y con esto se produce la más funesta de las divisiones. «Nosotros», son los trabajadores, y «ellos» los funcionarios soviéticos de quienes todo depende. Eso es lo peor de todo.

Ahora bien, ¿qué hace la cumbre de nuestro partido? ¿intenta descubrir la raíz del mal, reconoce francamente que el sistema aplicado y realizado por medio de los soviets, lejos de alentar la iniciativa de las masas, no hace más que ahogarla? No, nuestra cumbre no hace esto. Al contrario: en vez de encontrar la forma de alentar la iniciativa de las masas, las cuales, si se dieran determina das condiciones, se avendrían perfectamente con la flexibilidad de nuestros órganos soviéticos, la cumbre se con vierte de repente en defensora, en paladín de la burocracia. Muchos camaradas repiten, siguiendo a Trotsky, que «lo que nos molesta no es haber adquirido los aspectos malos de la burocracia, sino no haber adquirido los buenos» *(Hacia un plan económico único)*.

La burocracia es la negación directa de la iniciativa de las masas. Por esto todo aquel que, en la República de los trabajadores, base el sistema administrativo sobre el principio de alentar las iniciativas y hacer un llamamiento a las masas para que participen en esta administración, se ve forzado a no contemplar en la burocracia buenos o malos aspectos y, pura y simplemente, a rechazar el sistema burocrático como absolutamente pernicioso.

La burocracia no es un fenómeno surgido de nuestra miseria, como afirma Zinoviev; no es tampoco un reflejo del hábito de subordinación ciega contraído bajo el régimen militar, como dicen otros; el fenómeno es más pro fundo. Proviene de la misma fuente de donde procede nuestra política inestable y equívoca respecto a los sindicatos: la influencia creciente, en el aparato gubernamental, de grupos sociales extraños no sólo al comunismo, sino incluso a las más elementales aspiraciones sociales del proletariado. La burocracia es una plaga que ha penetrado hasta lo más

hondo en nuestro partido y corroe en toda su extensión los órganos soviéticos, como reconocen no sólo la Oposición Obrera, sino también muchos de los camaradas más conscientes que han quedado fuera de este grupo.

No sólo se ha reprimido la iniciativa de la masa sin partido (cosa que, en rigor, podría comprenderse como consecuencia lógica de la atmósfera tensa de la guerra civil); también se ha amputado al máximo la iniciativa de los miembros del partido. Cualquier iniciativa independiente, cualquier idea nueva que no haya pasado por la censura de los centros dirigentes, se considera una herejía, una violación de la disciplina del partido, como algo que atenta contra los derechos del Centro, que debe preverlo y prescribirlo todo. Si no ha prescrito, no hay sino esperar. Ya llegará el día en que el Centro disponga de tiempo y prescriba; entonces ya se podrá, dentro de un marco estrictamente determinado, desplegar la iniciativa…

¿Qué ocurriría, por ejemplo, si a miembros del Partido Comunista ruso, a quienes les gustaran los pájaros, se les antojara fundar una sociedad para la protección de los pájaros? El proyecto parece útil; de cualquier modo, resulta agradable, y nada susceptible de atentar contra los «planes gubernamentales». Pero sólo parece. Inmediatamente entrarían en escena organismos burocráticos que alegarían tener el derecho de organizar esa sociedad, que la fundarían dentro del aparato del Estado y, de este modo, aniquilarían la iniciativa directa, reemplazándola por montones de legajos e instrucciones cuyo manejo proporcionaría trabajo a centenares de nuevos funcionarios y recargaría, en la misma medida, los servicios de correos y transporte.

La esencia de la burocracia y su carácter perjudicial no residen tan sólo en su lentitud, como quisieran hacernos creer los camaradas que trasladan el debate al terreno del aparato soviético, sino en el hecho de que las decisiones no se adoptan como resultado de un intercambio de opiniones, a través de la vía normal, sino mediante una decisión desde arriba, tomada por un individuo o un minúsculo núcleo, con la ausencia total o casi total de las personas interesadas. Una tercera persona decide de la suerte de cada cual: esta es la esencia de la burocracia.

Frente a los sufrimientos crecientes que la clase obrera padece como resultado del caos de esta época de transición, la burocracia resulta inapta e impotente. El milagro del entusiasmo necesario para aumentar la producción y mejorar la suerte de los obreros sólo puede producirse a través de la iniciativa viva de las masas obreras afectadas, a condición de que esta iniciativa no se vea estorbada y limitada a cada paso por un sistema de jerarquías y prescripciones. Los marxistas, y en particular los bolcheviques, han debido siempre su fuerza a que no se han dedicado tanto a tratar de obtener éxitos cercanos e inmediatos (como los oportunistas y los conciliadores) como a esforzarse por colocar al proletariado en unas condiciones que le permitieran dar temple a su energía revolucionaria o desarrollar sus facultades para la acción. La iniciativa de los obreros nos es indispensable, pero le cerramos el camino.

Entre nosotros, el miedo a la crítica y a la libertad de pensamiento, vinculado con el burocratismo, adquiere a veces proporciones de caricatura.

¿Qué iniciativas son posibles sin libertad de opinión y de pensamiento? La iniciativa no se manifiesta únicamente en determinado acto concreto, en tal o cual trabajo sino más bien en el independiente trabajo de la inteligencia. Nos da miedo la independencia de las masas, vacilamos en dejar libre curso al espíritu creador del proletariado, tememos la crítica, hemos perdido la confianza en las masas; de ahí proviene nuestra burocracia. He aquí por qué la Oposición Obrera considera a la burocracia como nuestro enemigo, nuestro azote y el mayor de los peligros para la vitalidad del Partido Comunista.

Si queremos curarnos del mal de la burocracia, que se ha cobijado en la administración del Estado, debemos ante todo curarnos del mal burocrático que hace estragos dentro del partido. Para combatir la burocracia hay que combatir al sistema en su conjunto. Cuando nuestro partido admita, y no de palabra y en teoría, como base de nuestra administración, la independencia de las masas, los organismos estatales se convertirán automáticamente, por la fuerza misma de las cosas, en órganos vivos que cumplirán funciones revolucionarias y comunistas, y dejarán de ser los simples aparatos de contabilización, los cementerios de legajos y los laboratorios de circulares muertas ya al nacer que están siendo ahora, cada vez más.

Hay que tener claro ante todo que nuestros dirigentes no tienen razón al decir: hoy accedemos a soltar un poco las bridas, porque no tenemos ninguna amenaza seria en el frente; pero así que surja algún peligro volveremos al sistema militar. No tienen razón, porque debemos recordar que lo que salvó Petrogrado, lo que permitió defender Lugansk, y otras ciudades, y territorios enteros, fue el heroísmo. ¿Estaba solo el Ejército Rojo? No. Tenía al lado la actividad directa y la iniciativa heroica de las masas obreras. Cada uno de los camaradas tendrá presente en el momento del peligro que nuestro partido lanza un llamamiento a la iniciativa de las masas como ancla salvadora. Es verdad que en el momento del peligro conviene fortalecer la disciplina, la rapidez y la exactitud en la ejecución, el espíritu de abnegación, tanto en el proletariado como en el Partido Comunista; pero entre estas manifestaciones del espíritu de clase y la subordinación ciega preconizada, estos últimos tiempos, por nuestro partido, media un abismo.

La Oposición Obrera, junto con un grupo de militantes de Moscú, reclama, para sanear el partido y eliminar el nefasto espíritu burocrático, la puesta en práctica de los principios democráticos, no sólo en los períodos de tregua, sino también en casos de crisis interior o exterior. Esta es la condición primera y esencial para sanear el partido y volver a los principios de su propio programa del cual, bajo la presión de elementos extraños, se aleja cada vez más en la práctica.

La segunda condición que reclama imperiosamente la Oposición Obrera es la de liberar al partido de sus elementos no proletarios. Cuanto más se fortalece el poder de los soviets, mayor es el número de elementos extraños, arribistas, que no comparten el ideal o que, incluso, le son hostiles, infiltrados en el partido; hay que emprender una limpieza general. Para ello, hay que partir de la base de que los más revolucionarios de los elementos no obreros ingresaron en el partido durante el período de la Revolución de Octubre. *El Partido Comunista debe ser un partido obrero*; sólo bajo esta condición podrá resistir con éxito a los elementos pequeño burgueses procedentes del exterior, a las influencias campesinas o a los especia listas, servidores inveterados del capital.

La Oposición Obrera propone revisar el caso de todos los comunistas no obreros ingresados en el partido después de Octubre, y expulsar a todos los que hayan ingresado después de 1919, concediéndoles el derecho a pedir su readmisión en un plazo de tres meses.

También deberá imponerse cierto tiempo de trabajo manual a todos los elementos no obreros que quieran reingresar o ingresar en el partido; tiempo de trabajo que deberá insertarse en las condiciones ordinarias de vida y de trabajo del obrero.

El tercer paso decisivo hacia la democratización del partido consiste en que los comités provinciales y de distrito, así como el mismo Comité central, se compongan de manera que los obreros directamente ligados con las masas tengan en ellos una influencia preponderante.

En estrecha relación con este articulo del programa de la Oposición Obrera, está el que pide que todos nuestros centros dirigentes, desde el Comité central hasta los comités de distrito, dejen de ser órganos que rigen los detalles cotidianos de la vida política y que intervienen en los nombramientos y los cambios de puesto inspirándose del estrecho ángulo de visión de tal o cual oficina, para convertirse en órganos de control de la política general del aparato soviético.

Ya hemos señalado que la crisis de nuestro partido resulta de la conjunción de tres tendencias, diversas en cuanto a su composición social: la clase obrera, la clase campesina junto con la pequeña burguesía, y los restos de la antigua burguesía alta, representados por los «especialistas» y los hombres de negocios.

Serán razones de carácter político las que obligan a los órganos centrales o locales del Estado, a los comisariados e incluso al Consejo de los Comisarios del Pueblo, así como al Comité Ejecutivo central, a prestar oídos y a amoldarse a estos tres grupos heterogéneos de población de nuestra República de los trabajadores. Pero esto no deja de afectar la pureza y la firmeza de la línea de clase cuyo intérprete, en interés de la Revolución, debe ser el Partido Comunista. Ahora bien: dentro de él las consideraciones de política general empiezan a sobreponerse a los intereses de la clase obrera.

Para que el Comité Central y los diversos comités del partido defiendan realmente la pureza de nuestra política de clase y llamen al orden a los órganos del Estado cada vez que se advierta, en su política, una desviación de nuestro programa, debe reducirse al máximo el número de los militantes que ocupen a la vez cargos importantes en los organismos del Estado y en los del partido.

Recordemos que Rusia no ha logrado todavía unificar sus intereses económicos; es, por el contrario, una masa social heterogénea, y el Estado soviético se ve obligado a veces a conciliar intereses contrarios, a elegir un término medio y a mantener la balanza equilibrada.

Para que el Comité Central de nuestro partido sea un centro capaz de dominar la política de clase, el órgano del pensamiento comunista y el que ejerza el control permanente de la política efectiva de los soviets, la encarnación moral de los principios de nuestro programa, es necesario reducir, sobre todo en el Comité Central, el número de aquellos de sus miembros que ocupen al mismo tiempo funciones en los órganos supremos del Estado.

A este efecto, para que tengamos comités comunistas que sean realmente instrumentos de control moral de la administración del Estado y la mantengan dentro de una estricta línea de clase, y para reforzar también la actividad interna del partido, la Oposición Obrera propone adoptar, para toda Rusia, la siguiente medida general: la tercera parte, por lo menos, de los miembros de los comités comunistas, no ocuparán ninguna otra función en el partido o en los organismos estatales.

La cuarta reivindicación esencial de la Oposición Obrera es que el partido vuelva al principio electoral.

El principio de los nombramientos sólo es admisible a título excepcional, en casos especiales, y en cambio se ha convertido en regla. El nombramiento es el rasgo característico de la burocracia. Ahora bien: se ha instaurado en todas partes, es algo admitido y legal. El nombramiento crea dentro del partido un clima malsano, rompiendo las relaciones de igualdad y camaradería; alimenta el arribismo, ofrece un terreno abonado al favoritismo y a toda una gama de fenómenos lamentables en la actividad práctica de nuestro partido y del Estado. El nombramiento priva del sentido

de responsabilidad a aquel que ha sido designado desde arriba para mandar sobre otros, y ahonda el abismo entre la cumbre y los escalones más bajos.

El beneficiario del nombramiento está en realidad fuera de todo control, ya que desde arriba no se le pueden seguir los pasos en detalle y desde abajo no hay medios para llamarle al orden y destituirlo si está por debajo de sus tareas. Normalmente se crea en torno suyo una atmósfera «oficial» atestada de ambiciones e intrigas, atmósfera que contamina a sus colaboradores y desacredita al partido. El principio del nombramiento es una negación absoluta del principio colectivo. El principio del nombramiento favorece la ausencia de responsabilidad. El nombramiento desde arriba debe a bol irse y reemplazarse por la electividad a todos los niveles. Sólo pueden ser «delegados» los camaradas que han sido elegidos para los centros dirigentes por un congreso o una conferencia (por ejemplo los miembros del comité central, de los comités provinciales o de distrito).

Finalmente, es condición indispensable para sanear el partido destruir dentro de él el espíritu burocrático, volver al antiguo estado de cosas, cuando todas las cuestiones esenciales de la vida comunista y de la vida política soviética eran examinadas por las masas antes de serlo por la cumbre. Así se hacía en la época de clandestinidad, e incluso en el tiempo en que se concluyó la paz de Brest.

Hoy ya no ocurre así. A pesar de las promesas retumbantes de la Conferencia Panrusa de septiembre, un asunto tan serio como el de las concesiones sorprendió a las masas tan súbitamente como una avalancha.

Y no fue sino a consecuencia de las diferencias entre los dirigentes que la cuestión del papel de los sindicatos se sometió a discusión entre los comunistas.

Una amplia publicidad, libertad de opinión, libertad de discusión, derecho a la crítica dentro del partido y entre los miembros de los sindicatos: este es el método decisivo para abolir el sistema burocrático.

La libertad de critica, el derecho por parte de las distintas tendencias a manifestarse libremente en las asambleas del partido, el derecho a discutir, son cosas que ya sólo la Oposición Obrera reclama. Varias de las medidas reivindicadas por la Oposición desde antes de la Conferencia Panrusa son ahora, bajo la presión creciente de las masas, verdades reconocidas

oficialmente. Basta con leer la plataforma sobre la estructura interior del partido elaborada, con ocasión del congreso, por el comité de Moscú, para poder afirmar que la Oposición Obrera puede vanagloriarse de progresos de su influencia. ¿Podría haberse esperado, sin su existencia, un paso a la izquierda como éste por parte del comité de Moscú? Pero no debería exagerarse la importancia de este paso, no siendo más que una declaración presentada al congreso. Podría muy bien sucederle a esta plataforma lo mismo que, en el curso de estos últimos años, ha sucedido muchas veces con las decisiones de nuestros dirigentes: en los congresos y en las conferencias adoptan, bajo la presión de las masas, las medidas más radicales; pero una vez terminado el congreso, la vida vuelve a sus cauces y la decisión se convierte en una aspiración olvidada…

¿No fue esto acaso lo que ocurrió con la decisión de nuestro octavo congreso que ordenaba expulsar del partido a los elementos impuros, hacer más difícil el ingreso en el partido de los elementos no obreros? ¿Y qué pasó con la decisión de nuestra conferencia de 1920 reemplazando los nombramientos por un sistema de recomendaciones? Dentro del partido no han desaparecido las desigualdades, a pesar de las decisiones en este sentido, reiteradas tantas veces. En lo que se refiere a persecuciones contra camaradas que tienen una «opinión propia» diferente de la opinión prescrita desde arriba, es un mal que no ha desaparecido… Podrían darse numerosos ejemplos. Así pues, si estas decisiones no se ponen en práctica, hay que deducir la necesidad de suprimir la causa esencial que impide su realización, es decir, hay que echar del partido a los que temen la publicidad, la responsabilidad ante las masas y la libertad de crítica; éstos son o bien elementos no obreros infiltrados en el partido, o bien obreros con la mentalidad aburguesada bajo la influencia de estos mismos elementos. No basta con limpiar al partido de elementos no obreros recurriendo a depuraciones, a un reforzamiento del control en la admisión de nuevos miembros o a cualquier otro medio; también hay que aprender a abrir de par en par nuestras puertas a los obreros. Hay que facilitarles el ingreso en el partido comunista, hay que crear dentro del partido una atmósfera de más estrecha camaradería para que el obrero se sienta en el partido como en su casa, para que vea en cada uno de nuestros dirigentes no a un jefe, sino a un

camarada más, y su experiencia, dispuesto a estudiar solícitamente sus necesidades y sus aspiraciones. Muchos camaradas, sobre todo obreros jóvenes, se alejan del partido por culpa de la intolerancia, las exigencias, la severidad cicatera que mostramos con ellos en vez de orientarlos reflexivamente y de reeducarlos poco a poco dentro del espíritu del comunismo.

Junto a la mentalidad burocrática reina en nuestro partido la frialdad oficial. La camaradería sólo existe entre las masas.

Nuestro congreso no debe olvidar otro detalle poco halagador. Debe comprender por qué la Oposición Obrera reclama mayor igualdad, la supresión de los privilegios dentro del partido, la afirmación de la responsabilidad de cada militante ante las masas que lo han delegado o elegido.

Por esto, en su campaña para afirmar el espíritu democrático en el seno del partido y para abolir el espíritu burocrático, la Oposición Obrera proclama tres principios fundamentales:

1. Electividad a todos los niveles, supresión de los nombramientos y de los delegados, fortalecimiento de la responsabilidad ante las masas.
2. Publicidad dentro del partido (tanto en lo que se refiere a las apreciaciones personales respecto a los candidatos como a los problemas generales), consideración de la opinión de las masas (examen a fondo de los problemas en las asambleas generales, realizándose luego en la cumbre la síntesis de las opiniones; admisión de cualquier miembro del partido en las sesiones de los centros dirigentes donde se traten asuntos particularmente confidenciales), libertad de crítica y de opinión (no sólo derecho a discutir libremente, sino también ayuda material para las publicaciones de las distintas tendencias del partido).
3. Aumento de la influencia de los obreros en todo el partido, restricción de la acumulación de cargos en los puestos de dirección del partido y en la administración del Estado.

Este último punto es particularmente grave y esencial, porque no debe olvidarse que nuestro partido no sólo tiene que construir el comunismo, sino que también tiene la obligación de preparar a las masas para el comunismo, de educarlas para un período quizá largo de lucha contra el capitalismo mundial, lucha que puede adoptar las formas más inesperadas y nuevas. Seria ingenuo imaginarse que, después de rechazar en los campos de batalla la agresión de los guardias blancos y del imperialismo, no tenemos ya que temer ninguna nueva ofensiva por parte del capital, ningún intento de apoderarse de la Rusia Soviética empleando medios indirectos, para penetrar en nuestra vida, para subyugar a la República del Trabajo a los intereses del capitalismo, Es un deber de nuestros centros dirigentes prepararse para esta nueva página de nuestra historia revolucionaria.

La solución más elegante del problema consistirá en establecer una estrecha y continua vinculación entre nuestro partido y los organismos estatales; pero sobre todo con los sindicatos. En este caso la acumulación de cargos, en vez de desviar la política de nuestro partido de la pureza de su línea de clase, le dará, por el contrario, en el momento en que nos encontramos, mayor firmeza y fuerza para resistir a las influencias del capitalismo mundial que se ejercen a través de los tratados comerciales y de las concesiones.

Aumentar la influencia de los obreros en el seno del comité central significa constituir un comité central en el que los representantes directos de la masa comunista dejarán de desempeñar el papel de comparsas para convertirse por fin en el vinculo real e indisoluble entre el comité y las masas de obreros sin partido de los sindicatos, y esto les capacitará para tener siempre en cuenta y concretar las exigencias del momento, las necesidades y las aspiraciones de su clase, y para orientar la política del partido liada su verdadera política de clase.

Esto es el programa de la Oposición Obrera. Esta es su misión histórica. Aunque la cumbre de nuestro partido la haga de lado desdeñosamente, la Oposición Obrera es la única fuerza viva y activa con la que nuestro partido debe contar y contará.

La pregunta que se plantea ahora es la siguiente; ¿Es necesaria una oposición? Desde el punto de vista de los intereses de la emancipación del

proletariado mundial, ¿hay que felicitarse de su aparición, o es acaso un fenómeno indeseable que hace bajar la energía combativa del partido y disgrega sus filas?

Cualquier camarada sin prejuicio» contra la Oposición y que desee abordar la cuestión con imparcialidad, razonando por sí mismo, y no de acuerdo con lo que quiere tal o cual autoridad consagrada, analizará está cuestión, y quedará convencido por lo que antecede de que la Oposición es útil y necesaria. Es útil ante todo porque desentumece las ideas. En el curso de estos años de revolución nos ha distraído tanto la acción, el trabajo práctico, que hemos dejado por completo de juzgar nuestro comportamiento a partir de los principios de la teoría. Hemos olvidado que no es sólo durante el período de lucha por la conquista del poder cuando el proletariado puede come ter grandes errores y extraviarse en la ciénaga del oportunismo. Estos errores son también posibles en la época de la dictadura, sobre todo cuando, por todos lados, ruge La furia imperialista y La República soviética se ve obligada a actuar dentro del cerco capitalista. Eta momentos así no basta con ser un político o un estadista sensato, hay que saber también guiar al partido y, con él, a toda la clase obrera, por el camino de la intransigencia y de la acción proletaria; no debe dejarse nunca de preparar a esta clase para una larga lucha contra las nuevas formas de influencia burguesa a las que recurre el capitalismo universal para dominar a la República soviética. La consigna de nuestro partido debe ser, hoy más que nunca, estar en guardia, aguzar la atención.

La Oposición Obrera ha puesto estas cuestiones a la orden del día; este es su mérito ante La historia. Las ideas se han puesto en movimiento. Se ha iniciado el análisis de lo realizado. Se ha empezado a criticar. Ahora bien: allí donde hay crítica, análisis, trabajo, agitación y búsqueda de ideas, hay creación, vida, y por lo tanto un movimiento hacia adelante, hacia el futuro. No hay nada tan horrible y pernicioso como el estancamiento de las ideas, los moldes, la rutina… Nosotros empezábamos ya a caer en la rutina y, si no fuera por la Oposición, aunque se haya manifestado de manera muy imperfecta, podríamos apartarnos del buen camino hacia el comunismo sin ni tan sólo damos cuenta. Y entonces nuestros enemigos se frotarían las

manos, los mencheviques se reirían señalando con el dedo nuestros extravíos cada vez más acusados.

Hoy, esto es imposible porque el congreso, y por lo tanto nuestro partido, se verán obligados a contar con la existencia de la Oposición Obrera y, aun en el caso de que no lleguen a un compromiso con ella, tendrán que hacer de todos modos una serie de concesiones muy importantes bajo su presión y su influencia.

El segundo mérito de la Oposición Obrera consiste en haber abierto la discusión sobre la cuestión siguiente: ¿Quién debe, en último término, crear las nuevas formas de vida económica? ¿Los técnicos, los hombres de negocios atados al pasado por toda su mentalidad, los funcionarios soviéticos, que cuentan con algunos comunistas verdaderos perdidos dentro del conjunto, o la colectividad de la clase obrera personificada por los sindicatos?

La Oposición Obrera repite lo que ya escribieron Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista*, que sirve de base a nuestro programa: el comunismo puede ser y será obra de las masas obreras por sí solas. Corresponde a los obreros crear el comunismo.

Por último, la Oposición Obrera ha alzado la voz contra la burocracia. Se ha atrevido a decir que la burocracia corta las alas a la iniciativa y al espíritu creador de la clase obrera, ahoga las ideas, frena la iniciativa económica y los intentos de descubrir nuevos métodos de producción: en una palabra, seca la fuente creadora de las nuevas formas de producción y de vida. Reemplazar el método burocrático erigido en sistema por el sistema de la iniciativa de las masas trabajadoras. En este punto, nuestros dirigentes han hecho ya concesiones y tienden a admitir la desviación del partido, con detrimento del comunismo y de los intereses de la clase obrera (condena del sistema de Trotsky en los transportes). No hay duda de que el congreso hará muchas más concesiones a la Oposición Obrera en este terreno. De modo que, aunque la Oposición Obrera no haya aparecido sino hasta hace pocos meses como grupo constituido dentro del partido, ha cumplido ya su misión, ha agitado las ideas, las ha sacado del estancamiento, ha obligado a los centros dirigentes del partido a escuchar la voz saludable de los obreros y de las colectividades proletarias.

La cumbre del partido puede tronar contra la Oposición Obrera; la Oposición tiene el futuro a su favor. Como tenemos fe en la fuerza vital de nuestro partido, sabemos que después de un momento de tozudez, de vacilación, de zig-zags y de rodeos políticos, nuestro partido acabará por entrar en el camino que le señalan espontáneamente, con su instinto de clase, los proletarios estrechamente unidos y organizados. No habrá escisión. Si acaso hay grupos que se desvinculen del partido, en todo caso no serán los de la Oposición Obrera. Serán tan sólo aquellos que, ante la acuidad de la guerra civil, quieren erigir como principio ciertas infracciones momentáneas del espíritu general del programa comunista, y que quisieran aferrarse a ellas como si fueran lo esencial de nuestra línea de conducta política.

Pero todos aquellos que, en nuestro partido, están acostumbrados a reflejar el pensamiento del proletariado gigante, en ascenso y con las alas desplegadas, almacenarán y asimilarán todo lo que la Oposición Obrera aporta de sólido, de realmente sano y de vital a la estructura de nuestro partido. El obrero de la masa tiene sus razones para decir en tono confiado y conciliador: «Ilitch reflexionará, dará vueltas a todo esto, nos escuchará y dará un golpe de timón hacia el lado de la Oposición. Ilitch seguirá estando con nosotros». Cuanto más se apresure la cumbre del partido a tomar en cuenta el trabajo de la Oposición y en andar en la dirección señalada por las masas, antes saldremos de la crisis de las dificultades actuales, antes cruzaremos el límite anhelado en que la humanidad, liberada de leyes económicas que le son extrañas, empezará a crear conscientemente la historia de la humanidad, en la era del comunismo, gracias a una voluntad colectiva enriquecida por los frutos de la ciencia.

Febrero, 1922.



ALEKSANDRA MIJAÏLOVNA KOLLONTAI (San Petersburgo, 1872 - Moscú, 1952) Política soviética. Hija de un general ayudante del Zar, al terminar sus estudios en Suiza se adhirió al movimiento socialista e ingresó en el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, dentro del cual militó, en primer lugar, en la corriente bolchevique, para pasar en seguida a la tendencia menchevique.

Al estallar la Primera Guerra Mundial se hizo colaboradora de la revista de Trotski, *Nase Slovo*: fueron los años de la teorización sobre una alianza con los bolcheviques. En 1915 abrazó de nuevo la ideología de estos últimos y, dos años más tarde, después de la revolución de febrero, expresó su coincidencia con las *Tesis de abril* de Lenin, y formó parte del grupo de dirigentes de la insurrección armada.

Tras el VIII Congreso del Partido, se alineó con la izquierda de Bujarin, que se negaba a aceptar las condiciones de paz impuestas por Alemania. A

partir de los años veinte, se convirtió en uno de los representantes más convencidos de la llamada “oposición obrera”.

En 1921, las diferentes tendencias que caracterizaban el debate interno del Partido fueron disueltas. Se adhirió a la “Declaración del 22”, que retomaba algunas ideas de la “oposición obrera”. Se le acusó de sectarismo y fue amenazada con la expulsión del partido. Tras ello se le alejaría del país enviándola en misión diplomática a Noruega, México y Suecia. Fue la primera mujer que ocupó el cargo de embajadora.

Su contribución teórica más original, tiene que ver con la idea de la libertad sexual. Afirmaba que en la sociedad comunista, la igualdad, el reconocimiento recíproco de los derechos y la comprensión fraternal debían constituirse en principios rectores de las relaciones entre hombres y mujeres. Sostuvo, pues, el derecho de la mujer a una total paridad con el hombre en la vida social, familiar y sexual.

El conjunto de su obra, sus numerosos artículos y discursos, con su lucidez y coherencia, representa aún hoy en día un manifiesto original para una historia de la liberación femenina. Entre sus trabajos destacan: *La mujer ante el desarrollo social* (1909); *Sociedad y maternidad*, de 1916; *La nueva moral y la clase obrera*, de 1918; y *Autobiografía de una comunista sexualmente emancipada* (1926).

Notas

[1] La *obschina*, o *mir* era el nombre de la comuna agraria rusa. Sus características fundamentales eran las siguientes: usufructo colectivo de la tierra y distribución periódica, entre los miembros de la comuna, de parcelas para su cultivo individual; propiedad privada de los instrumentos de trabajo, al igual que de la casa y el ganado.

Los *narodnikis* la consideraron el ideal de la futura sociedad socialista rusa. Pensaron que Marx participaba de esta opinión, basándose en algunos párrafos de la carta que en 1881 dirigiera a Vera Zasulich: «…pero el estudio especial que le he dedicado (a la obschina), y cuyos materiales he buscado en las fuentes originales, me han convencido de que esta comuna es el punto de apoyo de la regeneración social de Rusia» (Marx y Engels. *Cartas sobre el Capital*. Editorial Laia. Barcelona, 1974, pág. 234). Pero algunas frases más adelante el propio Marx condicionaba su primera afirmación: «…pero para que pueda funcionar como tal, habrá que eliminar primero las influencias deletéreas que la asaltan por todas partes y asegurarle después las condiciones normales para un desarrollo espontáneo» (*Opus cit.*, página 235), Según Marx, «el dualismo existente en su interior da lugar a una alternativa: o bien el elemento de la propiedad se impondrá al elemento colectivo o bien sucederá lo contrarío. *Todo depende del contexto histórico en que se produzca»*. (El subrayado es nuestro. Marx. *Formaciones económicas precapitalistas*, Editorial Ciencia Nueva. Madrid. 1967, pág. 119). Ya Engels, algunos años antes, había clarificado taxativamente el *contexto histórico* al que Marx se refería: «Sin embargo, esta revolución no desembocará en el socialismo más que si antes de la completa dislocación de la propiedad comunal, triunfa en Europa occidental una revolución proletaria, que cree para el campesinado ruso las condiciones previas, particularmente de orden material, para pasar de la propiedad comunal en descomposición acelerada a una forma superior de propiedad colectiva, sin que sea necesario pasar por el estadio intermedio de la pequeña propiedad burguesa)» (Citado por Maurice Codelier, en

Teoría Marxista de las Sociedades Precapitalistas. Editorial Estela, Barcelona, 1971, págs. 85-86). <<

[*] Narodnikis = populistas. <<

[2] En la década de 1860, Herzen publica en su revista «Kolokol» (Campana) su traducción del Manifiesto Comunista. En 1872, Nikolai F. Danielson tradujo y publicó la primera traducción rusa (que fue la primera en lengua extranjera) del primer tomo de *El Capital*. <<

[3] Según Víctor Serge: *El año I de la Revolución rusa*, Editorial S. XXI, Segunda edición. Madrid, 1971, pág. 9. <<

[4] Ver Victor Serge. *Op. cit*. Página 14. <<

[5] Presentación a *Escritos económicos (1893-1899) 1. Contenido económico del populismo*, V. I. Lenin, Ed. S. XXI, Madrid, 1974. Pág. 5. <<

[6] *Les bolchéviks par eux-mémes*, Georges Haupt y J. J. Marie, Bibliothèque Socialiste. Ed Maspéro, París, 1969, pág. 311. <<

[7] Ver su *Autobiografía* (pág. 76). <<

[8] Ver su *Autobiografía* (pág. 76). <<

[9] Haupt y Marie, *opus cit.*, pág. 312. <<

[10] Ver su *Autobiografía* (pág. 77). <<

[11] Ver su *Autobiografía* (pág. 77) <<

[12] Ver *La juventud y la moral sexual* (págs. 136) <<

[13] Ver *La juventud y la moral sexual* (pág. 136). <<

[14] Ver *La juventud y la moral sexual* (pág. 136). <<

[15] Cit. en: *Mujer y Sociedad*, de Lidia Falcón. Ed. Fontanella. Barna. 1973, pág. 146. <<

[16] Ver su *Autobiografía* (pág. 78). <<

[17] Las bases ideológicas del populismo fueron sentadas por Mikhailovski, el principal representame de la «sociología subjetiva».

«Sociología subjetiva» fue el nombre que se dio a una corriente del pensamiento que tuvo su máximo representante en Nikoiai Konstantinovieh Mikhailovski (1842-1904). Atribuía la influencia determinante del desarrollo social no a las fuerzas objetivas, tal como hace el marxismo (fuerzas productivas), sino a las ideas subjetivas de pensadores individuales. Negaba que los grupos sociales tuviesen una realidad objetiva aparte de la de los individuos que los componen, y, como consecuencia, negaba la realidad de las clases sociales como factores objetivos en el desarrollo histórico. Según esta ideología, la voluntad creadora de una élite de individuos rige el desarrollo social. Además, su idea de progreso, de desarrollo, se fundamentaba en una valoración ética. Aquellas formas de vida social y de organización que hayan logrado armonizar las demandas del todo, y de los grupos que integran el todo, con las necesidades de cada individuo, tienen que haber sido elaboradas en la mente de seres individuales, inspiradas por sus concretos valores morales <<

[18] Haupt y Marie, *op. cit.*, pág. 312. <<

[19] Haupi y Marie, *op. cit.*, pág. 312. <<

[20] Haupt y Marie, *op. cit.*, pág. 312. <<

[21] E. Remstein, *Socialismo evolucionista. Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*. Ed. Fontamara. Barcelona. 1975. <<

[22] Karl Kautsky. *La doctrina socialista*. Bernstein y la socialdemocracia alemana. Ed. Fontamara. Barcelona. 1975. <<

[23] Rosa Luxemburg. *Reforma o Revolución y otros escritos contra los revisionistas*. Ed. Fontamara. Barcelona. 1975. <<

[24] Sidney y Beatrice Webb, fueron las dos personalidades más destacadas del socialismo Fabiano en los años últimos del siglo pasado y los primeros del presente. Ambos creían que el propio desarrollo del capitalismo desembocaría en el socialismo; por ello consideraban que no había por qué oponerse revolucionariamente al curso de los acontecimientos. Consideraban que su misión consistía en acelerar esta tendencia que consideraban irresistible, encontrando los mejores mecanismos para encauzarla. No se entretenían en profundizaciones filosóficas. Beatrice Webb insistía mucho más que su marido en cuestiones de tipo sociológico. Su obra Industrial Democracy fue un importante estudio sobre los sindicatos obreros, aun que estudiados más desde el punto de vista del consumidor que del productor. Se preocuparon del cooperativismo, sintiendo más simpatía por las cooperativas de consumo que por las de producción. <<

[25] *Marxistas legales* fueron los integrantes de una tendencia revisionista que se implantó en Rusia a finales del s. XIX. Creían que Rusia necesitaba terminar completamente su proceso de industrialización y entrar de lleno en el capitalismo, antes de poder pensar siquiera en el socialismo. En consecuencia, apoyaban plenamente a la burguesía, para que ésta realizara cuanto antes su revolución. <<

[26] El economismo fue una tendencia reformista de inspiración bernsteiniana, que se desarrolló en Rusia a principios del siglo. Para los economistas, el interés de los obreros radicaba en las reivindicaciones puramente económicas. Creían en la «evolución» del capitalismo hacia formas socialistas. <<

[27] Los socialrevolucionarios formaban un partido inspirado en las teorías de los viejos narodnikis. Este partido se creó a principios del s. XX. Ocupaban un primer plano, para ellos, las particularidades nacionales, las tradiciones, es decir, todo aquello que consideraban el *espíritu popular ruso*, a partir del cual deseaban crear un mundo más justo. Su programa distinguía una reivindicaciones mínimas (la constitución de una república democrática) y unas reivindicaciones máximas (el socialismo agrario); ambas estaban claramente diferenciadas, de tal forma que en su primera etapa no tenían diferencias lácticas esenciales con la burguesía liberal. <<

[28] Lenin, V. I. *¿Qué hacer? Contra el ala derecha del partido y por un partido unido y centralizado*. <<

[29] Haupt y Marie, *op. cit.*, pág. 514. <<

[30] Haupt y Marie, *op. cit.*, pág 315. <<

[31] Rosa Luxemburg: «Leninism or Marxism» (Cuestiones organizativas de la socialdemocracia rusa) y «Neue Zeit», N.º 22. 1904. Citado por Pierre Broué en *El Partido Bolchevique*, Edil Ayuso. Madrid, 1973, pág. 54. <<

[32] Haupt y Marie, *op. cit.*, pág. 315. <<

[33] Victor Serge, *op. cit.*, pág. 25. <<

[34] Ver; *Las Internacionales Obreras*, de Annie Kriegel, Ed-Martínez Roca, S. A., Barna. 1968, págs. 55-56. <<

[35] León Trotsky, *La Revolución Permanente*. Existen varias ediciones castellanas, una de ellas con traducción de Andrés Nin (Editorial Cénit. Madrid. 1930). <<

[36] Ver su *Autobiografía* (pág. 80). <<

[37] Citado por E. H. Carr en *Historia de la Rusia Soviética*, Alianza Editorial, Madrid. 1973, vol. I, pág. 94. <<

[38] La total coincidencia entre la perspectiva política de Kollontai y la de Lenin en estos momentos, se reflejó a nivel popular en una coplilla que circulaba por Petrogrado: «Aunque Lenin píe, la Kollontai todavía le imita». Citado por J. J. Marie, *op. cit.*, pág. 318. <<

[39] Ver su *Autobiografía* (pág. 17). <<

[40] Las condiciones que exigía Alemania para firmar la paz con el gobierno soviético eran: evacuación de Ucrania, Livonia y Estonia, con lo cual se privaba a Rusia del 27% de su superficie cultivable, del 26% de sus vías férreas y del 75% de su producción de hierro y acero. <<

[41] Haupt y Mane, *op. cit.*, pág. 319. <<

[42] Pierre Broué, *op. cit.*, pág. 160. <<

[43] Ver su *Autobiografía* (pág. 109). <<

[44] Efectivamente, una de las primeras medidas tomadas por el Congreso de Soviets Panruso, después de la insurrección de 1917, fue la abolición de la pena de muerte, que ya en febrero había sido abolida por el gobierno de Kerenski, pero instaurada de nuevo antes de la Revolución de Octubre. <<

[45] Pierre Broué (*op. cit.*, pág. 170), cita a este respecto la opinión de Isaac Deutscher sobre el significado del comunismo de guerra. Dice Deutscher: «esta situación refleja una amarga ironía: el control gubernamental total, la supresión del mercado, la desaparición de la moneda, y la igualdad en las condiciones de vida se asemejan a la realización de un programa comunista cuando en realidad se trata de su triste caricatura; en efecto, este comunismo no ha surgido del desarrollo de las fuerzas productivas sino de su desplome» (Isaac Deutscher, *El profeta armado*, pág. 404). <<

[46] Ver: *Teoría económica y Economía política en la construcción del socialismo*, de V I. Lenin. L. Trotsky, E. Probrazhenski, N. Bujarin. Edit. Roca. México. 1974. Págs. 9 a 25 («Del informe al IX Congreso del Partido Comunista Ruso», por V. I. Lenin). <<

[47] Humbert Droz. *De Lénine à Staline*. Éditions La Baconnière Neuchátel, pág. 48. <<

[48] Pierre Broué, *op. cit.*, pág. 231. <<

[49] Ver su *Autobiografía* (pág. 23). <<

[50] Ver su *Autobiografía* (pág. 21). <<

[1] Corrección de la autora: «realizado algo que ha sido reconocido por la sociedad» <<

[2] Corrección de la autora: «poner de relieve aquello que tiene una importancia para la solución de los problemas sociales de nuestro tiempo, que comprende también el gran problema de la completa emancipación de la mujer». <<

[3] Corrección de la autora: «yo presentía». <<

[4] Corrección de la autora: «como trabajador productivo». <<

[5] Corrección de la autora: «que luchaban para la consecución de nuestras ideas sociales». <<

[6] Corrección de la autora: «Socialistas— ahora comunistas». <<

[7] Tachado por la autora. <<

[8] Corrección de la autora: «Cuando el amor llegaba, no tenía inconveniente en mantener relaciones con el hombre». <<

[9] Corrección de la autora: «Como se ha demostrado después, mi vida privada, que no organicé según el modelo tradicional, no representó para mi ninguna traba, pues siempre se trataba de aprovechar mis fuerzas para la creación de un nuevo Estado (la República Soviética) y de trabajar, primero, como miembro del primer Gabinete Soviético, y después como representante diplomática. <<

[10] Corrección de la autora: «en silencio».. <<

[11] Observación de la autora para el pasaje, que fue completamente suprimido; la nueva explicación en lugar de lo suprimido es:

«Pues no es el hecho de ser mujeres lo que nos otorga un puesto de honor en la sociedad humana, sino el valor del trabajo útil para la sociedad, el valor de la personalidad como ser humano, tomo trabajador productivo, como ciudadano, pensador o luchador Inconscientemente, el motivo que constituyó la fuerza directora de toda mi vida y mi trabajo fue seguir mi camino, trabajar, organizar, luchar codo a codo con los hombres para la realización de nuestra^ ideas sociales (yo soy comunista desde hace casi 50 años) y además organizar mi vida personal, como mujer, según mi propia voluntad. Pero sobre todo, jamás permití que mis sentimientos, amor o dolor, ocuparan el primer puesto en mi vida, pues, ante todo, contaban la organización, el trabajo y la lucha». <<

[12] Corrección de la autora: «de modo que el amor ocupe únicamente una posición subordinada». <<

[13] Corrección de la autora: «a los antiguos latifundistas rusos». <<

[14] Corrección de la autora: «sentía». <<

[15] Corrección de la autora: «sufriendo». <<

[16] Corrección de la autora: «que ya era suficientemente rebelde». <<

[17] Corrección de la autora: «en San Petersburgo». <<

[18] Corrección de la autora «liberales». <<

[19] Corrección de la autora: «sesenta». <<

[20] Corrección de la autora: «Tomé conciencia de que en Rusia se había hecho muy poco para atraer a la trabajadora a la lucha por la emancipación. Ex cierto que ya había en Rusia por este tiempo un movimiento femenino burgués bastante fuerte, pero, como marxista, estaba claro para mi que el movimiento…». <<

[21] Corrección de la autora: «contra las feministas burguesas». <<

[22] Corrección de la autora: «camaradas». <<

[23] Corrección de la autora: «y mi trabajo propagandístico entre las masas trabajadoras». <<

[24] Corrección de la autora: «contra el zarismo». <<

[25] Nota de la autora: ser suprimido. <<

[26] Corrección de la autora: en lugar de «nuestras» trabajadoras, «las» trabajadoras. <<

[27] Corrección de la autora: «los mencheviques». <<

[28] Corrección de la autora: «suficientemente». <<

[29] Corrección de la autora: «socialistas». <<

[30] Corrección de la autora: «trabajo». <<

[31] Corrección de la autora: «en este tiempo no tenía ningún…». <<

[32] Nota de la autora: para ser tachado. <<

[33] Corrección de la autora; «los mencheviques». <<

[34] Nota de la autora: para suprimir. <<

[35] Nota de la autora: ser tachado. <<

[36] Corrección de la autora: «de la mujer trabajadora». <<

[37] Corrección de la autora: «una intensa acción». <<

[38] Nota de la autora: ser tachado. <<

[39] Corrección de la autora: «en Suecia». <<

[40] Nota de la autora: ser tachado. <<

[41] Nota de la autora: para suprimir. <<

[42] Nota de la autora: para suprimir. <<

[43] Nota de la autora: ser tachado. <<

[44] Nota de la autora: ser tachado. <<

[45] Nota de la autora: ser tachado. <<

[46] Nota de la autora: ser tachado. <<

[47] Nota de la autora: ser tachado. <<

[48] Nota de la autora: ser tachado. <<

[49] Corrección de la autora: «de nuestro Partido». <<

[50] Nota de la autora: ser tachado. <<

[51] Nota de la autora: ser tachado. <<

[52] Corrección de la autora: «Tuve que recorrer lodos los Estados Unidos, desde el Octano Atlántico al Pacífico, y pronunciar discursos en todas las lenguas en defensa de los internacionalistas». <<

[53] Nota de la autora: suprimir. <<

[54] Nota de la autora: suprimir. <<

[55] Nota de la autora: suprimir. <<

[56] Corrección de la autora: «tan pronto como fue declarada la amnistía política por la nueva República me apresuré a volver a Rusia». <<

[57] Corrección de la autora: «que tuvo la suerte». <<

[58] Nota de la autora: tachado. <<

[59] Nota de la autora: suprimir. <<

[60] Corrección de la autora: añadir: «entre los trabajadores, los soldados, las trabajadoras y mujeres de soldados». <<

[61] Corrección de la autora: «creció en aquellos sectores que no eran auténticamente soviéticos». <<

[62] Corrección de la autora: «Esto le dio ocasión a nuestro Partido de iniciar el Trabajo político y de clarificación con las trabajadoras y para las trabajadoras». <<

[63] Corrección de la autora: tachado. <<

[64] Corrección de la autora: para añadir: «Bajo la consigna de solidaridad internacional y contra la guerra». <<

[65] Nota de la autora: para suprimir. <<

[66] Nota de la autora: para suprimir. <<

[67] Nota de la autora: tachado «que eran completamente solidarios conmigo» <<

[68] Corrección de la autora sustituir «nuestros partidarios» por «bolcheviques». <<

[69] Nota de la autora: tachado «camaradas». <<

[70] Nota de la autora: tachado. <<

[71] Nota de la autora: tachado. <<

[72] Corrección de la autora: sustituye «profundo» por «extraño». <<

[73] Corrección de la autora: tachado. <<

[74] Corrección de la autora: «hermosas ilusiones» sustituido por «grandes objetivos» <<

[75] Corrección de la autora: «colonias de leprosos» <<

[76] Corrección de la autora: «formamos» en lugar de «formé». <<

[77] Corrección de la autora: «Las conquistas más importantes de nuestro Comisariado del Pueblo en los primeros meses después de la Reducción de Octubre fueron las siguientes.» <<

[78] Nota de la autora: tachado. <<

[79] Nota de la autora: tachado. <<

[80] Nota de la autora: tachado. <<

[81] Corrección de la autora: «transformamos». <<

[82] Nota de la autora: tachado. <<

[83] Corrección de la autora: «nuestra acción». <<

[84] Nota de la autora: suprimir. <<

[85] Nota de la autora: tachado. <<

[86] Corrección de la autora: «un joven finlandés “rojo”». <<

[87] Corrección de la autora: para añadir «periodo». <<

[88] Nota de la autora: tachado. <<

[89] Nota de la autora: tachado y corregido por «yo». <<

[90] Nota de la autora: suprimir. <<

[91] Nota de la autora: tachado. <<

[92] Colección de la autora; «el cual reconoció, como objetivo importante del Partido, la tarea de educar políticamente a las mujeres trabajadoras y nos ayudó en nuestro trabajo». <<

[93] Corrección de la autora: «liberación de la esclavitud». <<

[94] Corrección de la autora: «ganarlas para el nuevo gobierno y educarlas políticamente». <<

[95] Nota de la autora: tachado. <<

[96] Nota de la autora: suprimir. <<

[97] Nota de la aurora: tachado. <<

[98] Corrección de la autora: «Inessa Armand y Samojlova». <<

[99] Nota de la autora: tachado. <<

[100] Corrección de la autora: «logramos». <<

[101] Nota de la autora: tachado. <<

[102] Corrección de la autora: «En la Unión Soviética». <<

[103] Nota de la autora: «en el campo de la moral sexual» y después tachado.
<<

[104] Nota de la autora: tachado. <<

[105] Nota de la autora: tachado. <<

[106] Corrección de la autora: «escribí poco: tres relatos “Weg der Liebe” (Camino del amor), mi primer ensayo, escrito en forma de cuento, un articulo sociológico, (El Eros alado) y otros artículos sin importancia» <<

[107] Corrección de la autora: «tres años y medio». <<

[108] Corrección de la autora: «actividad diplomática». <<

[109] Corrección de la autora; «de la República Soviética». <<

[110] Corrección de la autora: «esta tarea reclamó todas mis fuerzas». <<

[111] Corrección de la autora: «cargado de trabajo». <<

[112] Corrección de la autora: «tuvimos que». <<

[113] Corrección de la autora: «fue ratificado el tratado comercial». <<

[114] Nota de la autora: tachado. <<

[115] Corrección de la autora: «para ser enviada a México como representante diplomática de la Unión Soviética». <<

[116] Nota de la autora: suprimir. <<

[*] *Oposición Obrera*: traducción de Emilio Oleina Aya. <<